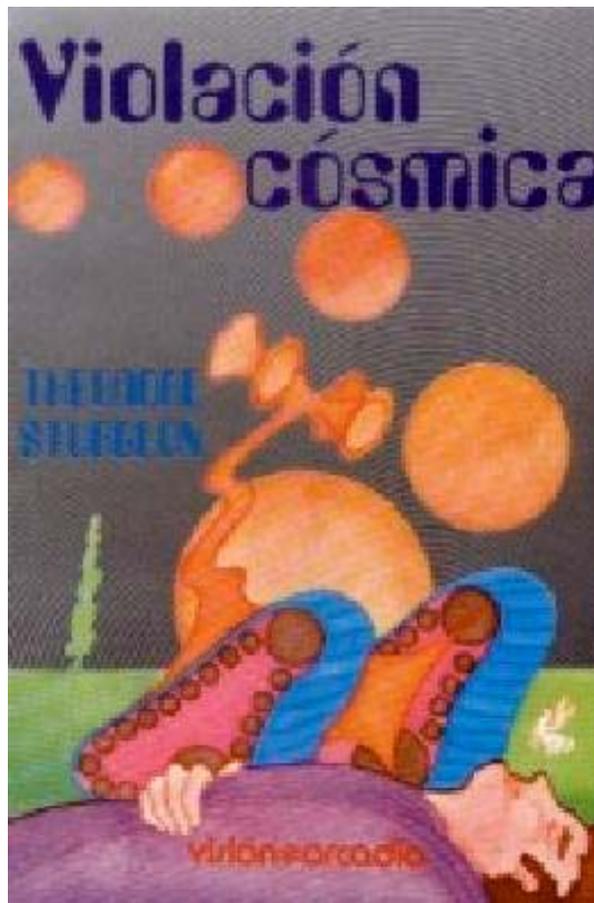


VIOLACIÓN CÓSMICA



Theodore Sturgeon

Título del original inglés: The Cosmic Rape

Traducción de Jorge A. Sánchez

© 1958 by Theodore Sturgeon

© 1983 Ediciones Teorema

Av. República Argentina 248 - Barcelona

I.S.B.N.: 84-85958-83-78

Scan: Elfowar

Revisión: Melusina

R6 02/03

*a Hal Spier,
quien estaba allí*

CAPITULO 1

Voy a romperte la cara, Al —dijo Gurlick. Te voy a quebrar las costillas. Voy a hacer saltar este lugar por los aires, junto contigo y tus apestosas bebidas. ¿Alguien las quiere acaso? ¿Me oyes, Al?

Al no lo escuchaba. Al estaba tras la barra de su establecimiento, a tres calles de distancia, probablemente aún rojo de indignación, aún sacudiendo su gran cabeza calva en dirección al portal por donde Gurlick se había largado, todavía repitiendo lo que sus clientes acababan de presenciar: Gurlick emergiendo de la noche húmeda y oleosa, zalamero con Al; forzando una sonrisa que casi era una mueca en su irregular y morena barba rala, ladeando la cabeza, entrecerrando sus ojos de un verde enfermizo, turbias las pupilas.

—Se metió aquí —estaría contando Al por cuarta vez en nueve minutos— con el cuento de mi buen Al aquí está tu compinche, y ya me conoces Al, que tal un trago de lo que tú sabes; y todo lo que dije fue sé que estás bien, Gurlick, lárgate de aquí, no te daría arena ni en una playa: y entonces escupió así, justo sobre la barra, salió corriendo, asomó la cabeza a través de la puerta y me dijo que soy un...

El santurrón de Al no mancilló sus labios con la palabra. Y el tipo del gin tonic de junto a la puerta estaría sacudiendo la cabeza como buen entendedor y diciendo: "Un hombre no debe mencionar a la madre de un tío, pase lo que pase", mientras el tipo de la cerveza ya tibia desde hace rato apretaría la mano sobre su copa, caliente como sopa y descabezada como Ana Bolena, y salmodiaría al decir "Tienes razón, Al, toda la razón".

Gurlick, ahora cuatro calles más abajo, echó un vistazo sobre el hombro y vio que nadie lo perseguía. Redujo su desgarrada carrera a un trote y luego a un pesado arrastrar de pies, encorvando los hombros y haciendo presión contra la niebla arrastrada por el viento. Seguía maldiciendo a Al, y al tipo de la cerveza, y al del gin tonic, anunciando que los cogería a uño por uno o a todos con una sola mano.

No haría nada por el estilo, por supuesto. No era su estilo. Hubiera sido una muestra de éxito, y era demasiado tarde en su vida para que Gurlick, sin ayuda, comenzara algo nuevo y diferente con éxito. Su primer aliento había sido inoportuno y a destiempo, y desde entonces nada le había salido bien. Mendigaba con torpeza y robaba cuando no corría ningún peligro, lo que no sucedía a menudo, y desplumaba a los borrachos cuando estaban sin conocimiento, solos y ocultos. Dormía en depósitos, vagones de carga, camiones aparcados. Trabajaba sólo en circunstancias extremas, y nunca había llegado a durar más de dos semanas.

—Los tajearé —musitó—. Les romperé la cara, les....

Entró furtivamente en un callejón y tanteó a lo largo de la pared hasta un tacho de basura que conocía. Era el tacho de basuras de un restaurante y a veces... Alzó la tapa y al hacerlo vio algo pálido que se deslizaba y caía al suelo. Parecía un bollo y trató de pescarlo al vuelo, pero falló. Se detuvo a buscarlo y parte de la pared brumosa junto a la que se hallaba pareció despegarse y volverse sólida y peluda; con un rascar de uñas pasó entre sus piernas. Gurlick tragó saliva y con un espasmo histérico, casi como una rata, lanzó una patada rencorosa.

Su pie encontró algo sólido y el animalito voló por el aire y cayó pesadamente junto al seto, bajo la húmeda y mortecina luz de la calle. Era un perrito blanco, casi muerto de hambre. Aulló dos veces, débilmente, trató de incorporarse y no pudo.

Cuando Gurlick vio que estaba indefenso se rió con fuerza, corrió hacia él y lo pateó y pisoteó hasta que estuvo muerto, y con cada golpe su sed de venganza aumentaba. Este es para Al, y este otro para los dos moscardones del bar y uno para los polis y otro para todos los jueces y carceleros, y uno bien fuerte para cualquiera que fuera dueño de algo, y como remate, uno para la lluvia. Cuando acabó era un hombre bastante importante.

Sin aliento, regresó jadeante al tacho de basura y buscó hasta que encontró el bollo. Estaba empapado y escurridizo, pero era media hamburguesa que algún derrochador había arrojado en el callejón, y eso era todo lo que importaba. La restregó con la manga, sin que la manga o el bollo cambiaran apreciablemente, y se embutió la pastosa y grasienta masa en la boca.

Emergió a la luz y levantó la vista a través de la niebla hasta los cuadrados salientes de los edificios que se erguían a su alrededor para vigilarlo. Era un hombre que había luchado y matado por lo que era legítimamente suyo.

—No te metas conmigo —gruñó a la ciudad.

Una especie de intoxicación lo inundó. Se sintió igual que en el comienzo de ese sueño que siempre retornaba, donde caminaría por un polvoriento sendero junto a un lago, sintiéndose bien, sintiéndose fuerte y a la expectativa, sabiendo que estaba por toparse con el montón de ropa sobre la orilla. No estaba soñando en ese momento, lo sabía; había demasiado frío y humedad, pero enderezó los hombros de todas maneras. Comenzó a caminar, mirando hacia arriba. Desafió al mundo a contemplarlo. Dijo que lo iba a sacudir y a derribarlo y a pisotear su gorda cara.

—Sabréis que Dan Gurlick pasó por aquí —dijo.

Esta vez tenía toda la razón, ya que algo estaba dentro de él. Había estado en la hamburguesa y antes en el caballo con el cual la mayoría de las hamburguesas habían sido hechas, y antes de eso en dos pájaros, uno después del otro, que lo habían contundido con un grano. Antes de eso... es difícil saberlo. Había caído en un campo, eso es todo. Era paciente y se contentaba con sólo esperar. Cuando el primer pájaro lo comió, advirtió que estaba en el sitio equivocado, y no hizo nada, y lo mismo ocurrió con el segundo. Cuando la contundente lengua del caballo lo recogió junto con un manojito de heno, tuvo algunas esperanzas. Se enderezó después de que los dientes del caballo lo aplastaran y dejó el tracto digestivo prontamente, para abrirse paso entre células y fibras hasta descansar en un ganglio. Allí sufrió una nueva desilusión, y muy a tiempo también... una vez penetrado en las cadenas de neuronas su naturaleza hubiera cambiado irreversiblemente, y tenido que permanecer con el caballo el resto de su vida. Tal como, de hecho, sucedió. Pero luego de que la cuchilla del carnicero lo rozara, y la picadora de carne lo retorciera, lo estrujara y lo estirara (pero sin separar ninguna de sus partes), pudo aún retomar su misión llegado el momento. Ocho meses en un freezer no lo afectaron en lo más mínimo, ni tampoco la grasa caliente. Fue vendido en un carro ambulante dentro de una caja llena de otras hamburguesas, y se enroscó en el fondo. El muchacho que mordió esta hamburguesa particular fue el único ser humano que alguna vez habría de verlo. Parecía una pasa de uva hervida o algo peor. El muchacho había tenido suficiente por entonces, de cualquier forma. Lo arrojó en el callejón.

La lluvia comenzó a caer con fuerza. La exaltación de Gurlick se desvaneció, sus hombros se encorvaron, la cabeza cayó sobre su pecho. Se arrastró pesadamente a través de la lluvia, y pronto se hundió en su nivel habitual de feroz desdicha. Y así permaneció por un rato.

CAPITULO 2

La chica se llamaba Charlotte Dunsay y trabajaba en la Contaduría. Era franca, risueña y muy atractiva. Tenía un soberbio pelo castaño con tonalidades rojizas y esa clase de ojos de topacio que generalmente pertenecen a un tipo muy especial de rubias. Tenía una figura que Paul Sanders, que era farmacéutico, consideraba como un desperdicio para el trabajo de oficina, y una auténtica privación cuando averiguó que su marido era un oficial de la Marina Mercante en viaje a Australia. En cuestión de horas, luego de haber llamado

la atención de toda la oficina (lo que ocurrió en cuestión de minutos después de haber llegado) corrió la noticia de su encantador pero firme "Gracias, no pero gracias".

Paul lo consideró un desafío directo, pero conservó la distancia y esperó el momento propicio. Decidió que éste había llegado cuando el proveedor de los botellones de agua fría le informó que el barco del marido de la chica había llevado la peor parte en su encontronazo con la Gran Barrera de Arrecifes, y había tenido que dirigirse con averías a Hobart, Tasmania. Paul anunció sus intenciones en el vestuario y se hicieron apuestas — 11 a 2 a su favor—, guardando alguien el dinero. Era, de hecho, uno de esos incautos el que le había dado la pista del único detalle estratégico que se le había escapado. Tenía la ocasión (sábado a la noche), el lugar (obviamente el departamento de Charlotte, ya que ella no saldría) y la chica. Lo único que le faltaba era decidir cómo aparecer en escena él mismo, y no fue hasta que uno de los incautos dijo "Nadie entra allí si no es su esposo legítimo o un gatito enfermo" que obtuvo la respuesta. La chica había llorado cuando uno de los peces tropicales del jefe apareció una mañana flotando con el vientre para arriba. Había rescatado una mantis religiosa de manos de un contable que la estaba golpeando contra la ventana con la edición matutina del Times, y luego de dejar ir al pequeño monstruo verde, había salvado el amor propio del contable con unas palabras reconfortantes y una sonrisa que lo deslumbró por el resto de la tarde. Deja que ella tenga pena por ti y...

Así que el sábado a la noche, lo suficientemente tarde como para encontrar poca gente en los pasillos, pero lo suficientemente temprano como para que ella no estuviera ya en la cama, Paul Sanders se detuvo un momento frente al espejo del vestíbulo del edificio, observó con aprobación su aspecto un tanto llamativo, guiñó un ojo y se dirigió a la puerta de ella, golpeando suave e insistentemente. Escuchó pasos suaves y presurosos tras la puerta y comenzó a respirar ruidosamente, como alguien que contiene un sollozo.

—¿Quiénes? ¿Qué ocurre?

—¡Por favor —gimió contra el panel—, por favor, por favor, señora Dunsay, ayúdeme!

De inmediato ella abrió la puerta una pulgada para echar un vistazo. "Gracias a Dios", suspiró él y empujó con fuerza. La chica saltó hacia atrás con las manos sobre la boca y él se escurrió dentro y cerró la puerta con la espalda. Estaba lista para ir a la cama, cosa que él apenas se había atrevido a esperar. La bata no era muy atractiva, pero lo que pudo ver del camisón estaba bien, muy bien.

—¡No. deje que me cojan! ¡No deje que me cojan! —dijo con voz ronca.

—¡Señor Sanders! —Se acercó reconfortante, animosa.— Nadie lo va a coger. Entre y siéntese hasta que pase el peligro.

—¡Oh! —gritó al ver el desgarrón irregular y la mancha de sangre que apareció al dejar él que su chaqueta se entreabriera— ¡está usted herido!

El miró inexpresivamente la mancha escarlata. Luego alzó la cabeza e imprimió a sus facciones un gesto similar al de aquel muchacho espartano que niega saber algo de un zorro robado, mientras éste —oculto bajo su toga— le devora las entrañas hasta que se desploma muerto. Se alisó la chaqueta y la abotonó y sonrió y dijo:

—Es sólo un rasguño —después su cuerpo se aflojó, cogió el picaporte detrás de él, se enderezó y volvió a sonreír. Fue devastador.

—Oh, oh, venga y siéntese —gimió ella.

Se apoyó pesadamente sobre ella, pero cuidando donde colocaba las manos, y se dejó conducir al sofá. Lo ayudó a quitarse la chaqueta y la camisa. Era en efecto sólo un rasguño, laboriosamente realizado con las puntas de su tijera de uñas, pero era real, y ella no pareció encontrar sorprendente la cantidad de sangre. Un par de centímetros cúbicos sustraídos del laboratorio de plasma pueden hacer mucho en una camisa blanca deportiva.

Se recostó blandamente, respirando con lentitud, mientras ella volaba en pos de tijeras y vendajes y una jofaina con agua caliente, y le apartó el rostro de la luz hasta que optó

por apagarla y reemplazarla por la débil luz de una lámpara de mesa, y entonces él comenzó la rutina de decirle que no contaría su historia porque era demasiado mala... que él no debería estar allí... que ella no debía saber de esas cosas, ya que él había sido un tonto... y así hasta que ella insistió que podía contarle lo que fuera, cualquier cosa, si es que eso lo hacía sentirse mejor. De modo que él le pidió que lo acompañara con un trago antes de empezar, ya que con seguridad no querría hacerlo después, y no había otra cosa que jerez, y él le dijo que eso estaba muy bien. Vació un frasquito que tenía en el bolsillo en su vaso y logró cambiarlo con el de ella, que cuando lo probó frunció levemente el entrecejo y observó el contenido del vaso, pero en ese momento él estaba hablando hasta por los codos en un reprimido, oscuro e intrincado tono que debía esforzarse por oír y descifrar para entender. En veinte minutos su charla fue menguando hasta el silencio. Ella no dijo nada, pero permaneció sentada con los ojos ligeramente vidriosos fijos en su vaso, que sostenía con ambas manos como un niño que teme volcarlo. El se lo quitó, lo colocó sobre el extremo de la mesa y le tornó el pulso. Era más lento que lo normal y bastante más acentuado. Contempló el vaso. No estaba vacío, pero había bebido lo suficiente. Se acercó a ella.

—¿Cómo te sientes?

Tardó unos segundos en responder, y luego dijo con lentitud.

—Me siento —Sus labios se abrieron y cerraron dos veces, sacudió la cabeza ligeramente y se quedó callada, mirándolo con fijeza con sus ojos de topacio ahora ensombrecidos.

—Charlotte... Lotie... pequeña y solitaria Lottie. Estás sola, has estado tan sola. Me necesitas, pequeña Lottie —canturreaba, observándola con cuidado. Cuando no se movió ni habló, cogió la manga de su bata con una mano y, moviéndose con seguridad y lentitud, tironeó hasta que la mano de ella se deslizó hacia adentro. Desató el cinturón con su mano libre, cogió su brazo y lo sacó de la bata—. No necesitas esto ahora —murmuró—. Eres tan cálida, tan cálida... —Arrojó la bata tras ella y liberó su otra mano. Ella no parecía entender lo que él estaba haciendo. El camión era de trama de nylon, tan ligero como suelen serlo.

La atrajo lentamente hacia sus brazos. Ella levantó sus manos contra el pecho de él como para resistirse, pero no parecía haber fuerza en ellas. Su cabeza cayó hacia adelante hasta que la mejilla descansó blandamente contra la de él. Le habló al oído en voz baja, carente de énfasis o expresión.

—No debo hacer esto contigo, Paul. No me dejes hacerlo. Harry es el... nunca ha habido nadie excepto él, nunca debe haberlo. Estoy... algo me ha sucedido. Ayúdame, Paul. Ayúdame. Si lo hago contigo no podré seguir viviendo; me voy a morir si no me ayudas ahora.

Ella no le hizo ninguna acusación. Ni una sola vez.

Paul Sanders se sentó muy quieto y silencioso. No fue fácil. Pero a veces, cuando precipitas las cosas, éstas se salen de lugar, mareadas, aún enfermas, pero de cualquier modo fuera de lugar, y entonces eso es todo, hermano... Después de un tiempo en silencio sintió aquello que había estado esperando, el lento y sereno estremecimiento, y el suspiro. Esperó volverlo a sentir y llegó.

La sangre le latía en las sienes. Bien, muchacho, si no es ahora no será nunca.

CAPITULO 3

La carcasa del viejo camión yacía olvidada en la parte de atrás de un desguace que jamás nadie visitaba. Gurlick no lo visitaba; vivía en él la mayor parte del tiempo. A veces, el tiempo era tan rencorosamente frío que no le servía, y en la época más calurosa del verano se alejaba de allí por semanas enteras. Pero por lo general le servía muy bien. Lo

protegía del viento y no dejaba entrar a la mayor parte de la lluvia; era sucio, oscuro y gratuito, tres elementos que eran puro Gurlick.

Fue en este camión, dos días más tarde de su encuentro con el perro y la hamburguesa, que fue despertado de un profundo sueño por... digámoslo así, la Medusa.

No había estado soñando esta vez con el montón de ropas en la orilla del estanque, y de cómo él se sentaría a esperar, y de cómo entonces aparecería ella fuera del agua, salpicando ruidosamente y no sabiendo que él estaba allí. Esta mañana no parecía haber lugar en su cabeza para el sueño ni para ninguna otra cosa, incluyendo su contenido habitual. Lanzó unos gruñidos y gimió, e hizo rechinar sus romos y amarillos dientes, y rodó por el suelo hasta sentarse, tratando de devolver la forma a su cabeza comprimida apretándola desde afuera. No pareció dar resultado. Se dobló sobre sí mismo y apoyó las rodillas contra las sienes para hacer aún más presión, pero eso tampoco dio resultado.

No es que la cabeza le doliera exactamente. Y tampoco era lo que Gurlick solía llamar una cabeza "loca". Por el contrario, parecía tener un equilibrio amplio, frígido y metódico: algo yacía como una lesión métrica en la superficie interna de su mente. Se sentía capaz de contemplarla, pero —a pesar de estar dentro de su cabeza- la cosa existía en una dirección aterradora, y al principio él no se atrevía a mirar en esa dirección. Pero entonces comenzó a expandirse y a crecer, y en unos pocos minutos estremecedores y quejumbrosos no hubo en su cabeza nada excepto la nueva iluminación, esa ventana que se abría sobre dos galaxias y parte de una tercera, a través de los ojos y mentes de incontables miles de millones de individuos, culturas, enjambres, bandadas, tropillas, rebaños, parejas, hatos, razas, tropes y otros tipos y cantidades de comunidades y grupos, complejos, sistemas y apareamientos para los cuales el idioma no ha encontrado aún términos: viviendo en estado líquido, sólido, gaseoso y en otra buena cantidad de combinaciones y permutaciones entre ellos, nadadores, voladores, reptantes, excavadores, pelágicos, roedores, flotadores y diversos tipos de piernas, cilia y alas con conciencias que podrían ser llamadas la mente furtiva, la mente de emergencia, la de hélice, exaltada, a resorte o murmuradora, y otras mentes demasiado numerosas, demasiado difíciles o demasiado extravagantes para mencionarlas. Y sobre todo eso, la conciencia central de la criatura misma (aunque "central" es un término erróneo; la mente colmenar es engañosa)... la Medusa, el hombre galáctico progresivo, la superconciencia del animal ilimitado, del cual los habitantes de un planeta eran aquí un nervio y allí un órgano, donde culturas enteras eran ganglios especializados; la criatura de la cual Gurlick era ahora miembro y parte, aunque fuera un átomo menor de una molécula simple de una célula primitiva... esa poderosa conciencia se percató de Gurlick y él de ella. Se permitió contemplarla el tiempo suficiente como para saber que estaba allí, y luego bloqueó diecinueve vigésimos de su mente a la misma idea. Si uno colocara frente a Gurlick una página de los escritos de Immanuel Kant, él la vería; podría inclusive leer un cierto número de palabras, pero no le dedicaría ningún tiempo o esfuerzo. La vería y la desearía, apartando su atención, y si uno la dejara delante de él, o la mantuviese allí, la seguiría mirando sin ver y esperaría a que la quitaran.

Ahora bien, en sus cultivos, la Medusa había dejado caer sus rugosas huevas en muchas fantásticas oquedades. Y si una de esas esporas esparcidas lograba sobrevivir, sobreviviría dentro y enlazada con la persona y la especie con la que se encontraba. Si la entidad receptora era un pez, entonces seguiría siendo un pez; actuaría como un pez, pensaría como un pez; y cuando se trataba de una "persona" (que es como los biólogos llaman a los pólipos que forman las increíbles colonias que llamamos hidromedusas). no hacía a un lado sus elementos de pez. Por el contrario, la Medusa estaba interesada en que mantuviera sus múltiples partes especializadas en el medio en el cual había evolucionado: el pez no sólo no dejaba de serlo, sino que en muchos casos lo era aún más. Por tanto, al instalar a Gurlick dentro de sí misma, él permaneció siendo... sólo Gurlick. Lo que Gurlick vio del (los) medio (s) ambiente(s) de la Medusa no llegó a

interesarle. Lo que la Medusa percibía era sólo lo que Gurlick podía percibir, y (desgraciadamente para el orgullo de nuestra especie) a Gurlick mismo. No podía, como es posible suponer, recoger cada partícula de la información y experiencia de Gurlick, ni podía observar el mundo de Gurlick más que a través de los propios ojos y mente del hombre. Las respuestas a las preguntas que la Medusa formulaba debían estar allí, en ese depósito desagradable, pero eran inobtenibles hasta tanto Gurlick mismo las formulara. Esto siempre había sido un proceso lento para él. Pensaba verbalmente y sus concepciones se hilaban a una velocidad que era aproximada a la oral.

El efecto final era extraordinario; las irresistibles demandas lo asaeteaban desde la inmensidad, atravesando años luz con considerable menos dificultad que la encontrada en atravesar la delgada y resistente capa de poca concentración subjetiva de Gurlick, su no me importa, no entiendo, no quiero entender. Pero la poderosa armonía de voces con que la supercriatura transmitía ideas "lo alcanzaba... y eran contestadas en el tiempo que le era propio a Gurlick, a su manera y en voz alta, con sus propias palabras.

Y así fue como ese miserable, grasiento, casi analfabeto de dientes cariados y sucias ropas, elevó su rostro a la mortecina luz y respondió a la pregunta-para-la-audiencia del más majestático, complejo, diestro y potente intelecto de todo el universo conocido.

—Bien, bien. ¿Qué diablos quieres?

No estaba asustado. Aunque parezca increíble, debe comprenderse que ahora era un miembro, una persona de la criatura, una parte de ella misma. No se le ocurrió tener miedo de la misma forma que un dedo no puede tener miedo de una costilla. Pero al mismo tiempo su gurlicknesa esencial estaba intacta... o, como se ha señalado, posiblemente más aún. Así que advertía que algo que no podía comprender quería hacer algo a través de él, algo para lo que era incapaz, y por lo que incuestionablemente sería regañado si no era hecho...

¡Pero éste era Gurlick! Este tipo de cosas no podía asustar ni sorprender a Gurlick. ¡Patrones, polis, borrachos más jóvenes y taberneros le habían hecho esto a Gurlick toda su vida! Y el "¡Bien, bien! ¿Qué demonios quieres?" era su respuesta invariable, no sólo a una simple indicación, sino también, lo que era exasperante, a órdenes más detalladas. Entonces se veían obligados a repetir las órdenes, o a levantar las manos con desesperación e irse, o darle un puntapié e irse. Por lo general, el pedido, sea cual fuere, era a esta altura suprimido y reemplazado, de todas formas, por un puntapié.

La Medusa no se daría por vencida. Gurlick no escucharía, y no escucharía... y... tuvo que escuchar, tomando el camino más fácil y sumergiéndose en la resentida indignación de siempre, tal como era costumbre en él. Es dudoso que alguna otra persona sobre la tierra se hubiera habituado tan rápidamente a su invasor. En ese preciso momento de contacto inicial, advirtió la vieja reacción familiar que tenía cualquier persona en un primer encuentro con él: un asombro disgustado, una oleada de descreimiento, enojo y paulatina frustración.

—Bien, ¿qué diablos quieres?

La Medusa le explicó lo que quería, incrédula, como quien explica algo total y absolutamente obvio, y recibió un vacío de Gurlick. Hubo un momento de incertidumbre y luego una imperativa repetición de la demanda.

Y Gurlick seguía sin comprender.

CAPITULO 4

Soy Guido, tengo diecisiete... al menos eso creo; casi diecisiete. Siempre hay dudas sobre nosotros, los que salimos arrastrándonos de entre los esqueletos de Anzio y Cassino cuando niños, como... gusanos que surgen de los huesos cuando ya no hay carne. Nunca miro atrás, nunca miro atrás. Hoy la barriga está llena, mañana puede estar

vacía. La barriga vacía de ayer no es de temer, la barriga llena de ayer no tiene sentido hoy; de modo que nunca miro atrás, nunca miro atrás...

Y estoy mirando atrás por culpa de Massoni, por lo que ha hecho. Massoni, que nunca me atrapará, me ha encerrado en su casa, sin saber que yo estoy aquí. Mientras él va a todos los lugares en que vivo, a todos los lugares a donde me escondo, yo llego directamente aquí, a su propia casa, pues él no es tan listo como yo y nunca imaginará que estoy aquí. Quizá le robe y quizá lo mate. La casa de Massoni era parte de una fortificación durante la guerra, por lo menos eso dicen, con paredes de concreto y puerta de hierro y pequeñas rendijas por ventanas sobre dos lados de un único cuarto. Pero en la parte trasera, donde la casa está enterrada en la colina, la pared es de madera terciada y un panel está suelto. Detrás hay espacio para trepar. Sobre el cuarto hay un cielorraso plano, sobre éste un techo inclinado, determinando así un pequeño espacio que yo, Guido, supongo que (el no suficientemente listo) Massoni podría vivir aquí años sin sospechar su existencia. Llego aquí. Encuentro la puerta de hierro sin llave. Me deslizo adentro. Encuentro el panel suelto, el lugar para trepar, el oscuro y alto agujero donde ocultarme, la grieta para espiar el cuarto de Massoni. Hay tiempo. Soy yo, Guido, el que está al acecho y él buscará en muchos lugares antes de volver cansado.

Y él vuelve, y está sin duda cansado; se desploma en su cama con el abrigo puesto. Está casi oscuro y puedo verlo mirar hacia arriba con fijeza y sé que está pensando ¿Donde estará Guido? Y sé que también está pensando (porque él habla de esta forma), Si pudiera comprender a Guido podría estar allí antes de que le rompa la pierna a otro vagabundo, haga trizas el vitral de otra iglesia, prenda fuego a otra imprenta... Si Massoni dice esto en voz alta me reiré en voz alta, porque Massoni no comprende a Guido y nunca lo hará; porque lo que Guido hace una vez, Guido nunca volverá a hacerlo, así que nadie sabe donde Guido golpeará de nuevo.

El suspira, aprieta los labios y sacude con fuerza la cabeza en la penumbra. Está pensando: Y a pesar de que pueda cometer un error algún día, eso no ayuda demasiado. Si uno supiera, si uno pudiera comprender porqué, podría anticiparse, podría estar allí a tiempo... antes de que suceda, esperándolo.

Nunca lo comprenderá, nunca podrá predecirlo, y nunca, nunca estará allí donde Guido golpee. Porque Massoni no puede comprender nada tan simple como esto: que yo soy Guido, y que odio porque soy Guido, y rompo y mutilo y destruyo porque soy Guido... porque esa es razón suficiente. Massoni teme porque Massoni es un policía. Su vida es estudiar las cosas como son, y hacer que sean lo que debería ser. Pero... él no es como los otros policías. Es un detective, sin botones brillantes y sin bastón. Los otros policías atrapan a los que violan la ley para que sean castigados. Algunos los atrapan y los castigan también. A Massoni le gusta decir que detiene al criminal antes de que haya crimen. Massoni no es entonces como los otros policías. Ellos no comprenden, como yo comprendo, que un crimen sin pruebas y sin pistas no es asunto para la policía, y es por eso que se encogen de hombros y olvidan los hechos tal como Guido lo hace. Massoni no olvida. Peor, Massoni sabe cuáles son las cosas que Guido hace y las que no. Cuando se echó ácido en el tanque compresor del garage y causó la ruina de sesenta y un autobuses, todos pensaron que era un trabajo de Guido. Massoni sabía que no; cuatro personas diferentes me dijeron que él lo dijo. Dijo que no era la clase de maldad que Guido haría. Por eso me escondo. Nunca lo hice antes. Fui arrestado nueve veces y dejado libre, pues no había pistas, ni pruebas. Caminaba a la luz del día y reía. Pero ahora Massoni sabe qué cosas hago y cuáles no. No sé cómo lo sabe, así que me escondo. Todos son enemigos, cada uno de ellos, pero este Massoni, él es mi principal y más grande enemigo. Todos quieren atraparme, después; Massoni quiere detenerme, antes. Los demás me consideran una plaga, una leyenda, capaz de todo; Massoni me acredita sólo lo que yo hago, y dice —y dice— que yo no hice eso, que no pude hacer eso. Massoni me empuja. Massoni me sigue por todos lados, está detrás de mí;

está comenzando a estar a mi lado con demasiada frecuencia; estará delante, esperándome, muy pronto, si no me cuido... él mismo me rodeará. Yo soy Guido y no subestimo el peligro real. Soy Guido, que tiene el aspecto y habla y se comporta como cualquier otro chico de diecisiete (creo), que se llena la barriga ayer y hoy, y posiblemente mañana, como puede, tal como los otros... pero que sabe que la vida es algo más que la barriga; hay que estar al día con el odio, y la vida es demasiado corta para ello, aunque viviera hasta los ciento diez; hay daños que hacer, hay que estar al día con la destrucción, con la eliminación, con el silenciamiento, sobre todo con el silenciamiento... acallando bocinas, arrastrar de pies e interminables cantos.

Massoni, echado sobre la cama con su abrigo, suspira y da vueltas y se sienta. Desde allí puede alcanzar una estufa de kerosene y encenderla.

Cuando la llama está azul, suspira, bosteza, levanta la tetera, la sacude y la vuelve al fuego. Se levanta lentamente, camina como si sus zapatos fueran demasiado pesados, abre el armario, levanta un...

¡No! ¡Oh... no!

...levanta un fonógrafo portátil, lo coloca sobre la mesa, lo acaricia como a un gato, lo abre, extrae la manivela, la coloca, la hace girar. Vuelve al armario, coge un disco, lo mira, otro, otro, encuentra uno y lo lleva al aparato...

No ahora, no ahora, Massoni, o morirás de la forma lenta que Guido planeará para ti.

...lo coloca, baja la aguja, y comienza otra vez, oh ¿por qué, por qué, por qué cualquiera en este maldito país siempre hace música, escucha música, va de una música a otra y silba música mientras camina? ¿Por qué Massoni no puede hacer una taza de café sin ella? Es algo que yo, Guido, no puedo soportar... y debo soportar ahora... y no puedo... Ah, mirad al tonto, agitando la mano, sacudiendo la cabeza, estaba demasiado cansado para moverse no hace noventa segundos; es como si extrajera de la música un sustituto para el sueño, y creo que todos estos tontos pueden hacerlo, bailando la mitad de la noche y cantando la otra restante... ¿Por qué, por qué tiene que haber música? ¿Por qué Massoni lo hace ahora, cuando estoy atrapado y oculto aquí y no puedo detenerlo y no puedo evitarlo...

Oh mirad, mirad lo que está sacando ahora de abajo de la cama... seguro que no es... Oh, es, es, es un violín, ese horror de madera y tripa de gato y pelo de cola de caballo, y él, y él...

No escucharé, envolveré mi cabeza con los brazos, yo... Lo hace ahora, rascando la cosa, y el maullido comienza y ¡no puedo mantenerlo fuera de mi cabeza!

Toca muchas notas, ese policía. Muchas notas. Toca con el disco, nota por nota con el rápido desgranar de notas del aparato.

Por último lo contemplo. Sus pies apartados, la barbilla apoyada sobre el ébano, los ojos entrecerrados, el rostro quieto, deja que sus dedos corran como insectos. Todo su cuerpo... no se balancea... gira un poco, vuelve la espalda, retorna a la música. Su mano derecha con el arco es muy... amplia y libre. Todo su cuerpo es... libre de una forma, como si... volara... Pero ¡no puedo evitar eso! Lo...

Se ha detenido.

El disco ha terminado. Lo vuelve, pone el violín sobre la mesa, hace girar la manivela, coloca la aguja de nuevo. Contengo el aliento, rugiré, gritaré si... Pero está mirando hacia la tetera, está junto al armario, busca algo para cocinar, una lata grande con una tapa. La abre. Vacía. Suspira. Va hacia el fonógrafo (Detenía, detenía), lo detiene... sólo para comenzar todo de nuevo. Coge la lata grande, la...

Sale.

Cierra la puerta con llave.

Estoy solo con este aullido de música, el violín sube hacia mí a través de sus dos retorcidas hendeduras.

Puedo salir corriendo ahora. ¿Puedo...?

Ha cerrado la puerta con llave. Puerta de hierro en pared de concreto.

Y ha dejado su abrigo. Ha dejado el disco girando. Ha dejado el fuego en la estufa, el agua hirviendo.

Volverá en seguida. No hay tiempo para romper esa cerradura e irme. Debo quedarme aquí escondido y oír ese graznido musical y contemplar ese violín, y esperar, oh Dios mío, y esperar.

Este país tiene música en la sangre y en los huesos, como una enfermedad, y un hombre no puede dar un respiro que no esté acompañado de un rasguído. Puedes romperle las piernas a un pordiosero que canta y detener su música, puedes quemar la imprenta y los depósitos de papel con las cagadas de mosca y las huellas de gallinas con que los hombres leen música, y a pesar de todo no se detienen; puedes arrojar un ladrillo a través de la ventana brillante de un templo y el coro que practica dentro se detendrá, pero cuando te alejas en la oscuridad oyes a una mujer cantando a un rapaz, y a la vuelta de la esquina algún chapucero idiota toca una mandolina...

¡Ah, Dios maldiga ese disco estridente! ¿Qué tipo de locura puede tener un lunático farfullante para emitir esa serie de chillidos y tartamudeos? No lo sé. (No lo sabré.) Una vez hecha esa mescolanza de ruidos, debieron haberlo matado; pero claro, los franceses están locos, todos lunáticos, y se puede disculpar por haberle dado a ese ruido un nombre italiano aceptable. ¡Massoni, Massoni, retorna y vuelve y aquieta tu bienamado aparato o seguramente bajaré a pesar de todas las precauciones y el buen sentido y lo aplastaré con ese violín agobiante! Cogerlo, cogerlo por último... podría ser peor, por un momento de paz y un soplo de aire descontaminado del Rondó Capriccioso.

Me muerdo la lengua hasta que gruño de dolor.

No sé cómo llaman a eso, a esa música; no puedo, ¡no lo sabré!

Alguien ríe.

Abro la garganta, hacer silencio, respiro así, respiro como si hubiera recorrido kilómetros a pie... la puerta se abre. Es Massoni. Lo mataré muy pronto ahora. Vaciar de música este país es como vaciar el río Po con una cuchara, pero oh, pero esa dosis de música, ese Massoni, lo vaciaré por completo y lo derramaré en la ribera; porque si yo odio (y lo hago), y si yo odio eso que los gorgojeantes llaman música (y lo hago), y si odio a los policías (y por Dios que lo hago), lo que más odio en el mundo es a este maestro detective, dejando a un lado y aparte a todo lo demás. Ahora sé que he sido un niño, con mi rotura aquí, con mi grieta allí. Guido será Guido después de esta muerte, así que ahora...

Pero la puerta se abre con ímpetu y veo que Massoni no está solo, y me vuelvo a sentar, otra vez quieto, y observo.

Trae consigo un chico, un muchacho de unos ocho años con un rostro sucio y pálido y brillantes ojos negros como ese maldito disco. Se detienen cuando la puerta se cierra de golpe y escuchan, boquiabiertos, como si cada uno tratara de tener un oído más para poder oír mejor. Y ahora Massoni elimina la lata tapada y agarra el violín; de nuevo hace que las rechinantes y plañideras notas del violín suban hasta mí, junto con la música del disco, y el muchacho observa, juntando lentamente sus manos hasta que se entrelazan, haciendo girar lentamente los ojos en las órbitas. El rostro de Massoni duerme mientras una mano se arrebata y la otra se arrastra, luego contempla por un momento al muchacho y le hace un guiño y sonrío un poco y deja que el rostro dormite de nuevo, haciendo brotar las notas como el agua de una manguera.

Luego, cómo el deslizarse al calor desde la nieve, cómo el súbito gusto del pan fresco luego de la hambruna, un silencio cae sobre el cuarto y yo me desplomo, débil y empapado de sudor.

—Ah-h-h, Signor Massoni, ah-h-h —susurra el muchacho.

Massoni deposita el violín y lo toca con la punta de los dedos, como si fueran los cabellos de un amante en lugar de ese estuche retorcido con una gran manija sobre él.

—Pero, Vicente, tú sabes que es fácil.

—Fácil para usted, Signor ...

Massoni ríe. Coge la lata cerrada, la abre. Pone café molido en un jarro, vierte dentro el agua caliente, coloca la tetera a un lado, coloca el jarro sobre la estufa, baja la llama, remueve con una cuchara larga, habla.

Me inclino en la oscuridad, sudoroso, oliendo el café, observándolos.

—Sí, si eso te apetece es fácil para mí —dice Massoni, sonriendo— e imposible para ti. Pero será fácil para ti, Vicente. Tienes dos lecciones ahora... esta noche, tres, y además lo que haces es fácil para ti. Cuando hayas tocado tantos años como yo, no tocarás tan bien como yo; tocarás mejor; no serás bueno, serás grande.

—No, Signor, nunca podría...

Massoni ríe y deshace las negras burbujas de su café con la cuchara. Retira el café del quemador y apaga la llama, y coloca el jarro sobre la mesa para que repose.

—Te digo, pequeño —dice—, que sé lo que es bueno y lo que es grande y lo que no tiene esperanzas. Lo sé mejor que nadie. Soy un policía, feliz de serlo, y no un buen violinista devorando mi corazón en busca de grandeza, porque sé lo que es la grandeza. Levanta el violín, Vicente. Vamos, cógelo.

El muchacho levanta el violín de la mesa y coloca el ébano bajo su barbilla. Tiene miedo del violín y de las palabras de Massoni, y para él el instrumento tiene el tamaño de un chello.

—Ahí —dice Massoni—, ahí, antes de que toques una nota, déjame verlo. Los pies colocados así, para balancearte cuando tu música vuelque al mundo. El pecho lleno de aire como al comenzar un gran grito que deberá oírse en toda la tierra. Garganta, barbilla, pertenecen al violín y crecerán para tí... Levanta el arco, Vicente, pero no toques aún. ¡Ah... eso es lo que el violinista denomina brazo Auer, y a los ocho años, con tu tercera lección! Ahora deja el violín de nuevo, muchacho, y siéntate, y hablaremos mientras tomo el café. Te he contundido.

Yo, Guido, miro desde arriba con el amargo y maravilloso sabor del café apretándome con fuerza la nariz, mirando al muchacho dejar el violín primorosamente, como algo delicado y de sueño ligero. Se sienta ante Massoni, quien ha vertido un chorro de café y mucha leche en una tazona, y la atiborra de azúcar como un norteamericano.

Massoni bebe su café y contempla al muchacho a través del humo que brota de la taza.

—Vicente —dice—, un talento como el tuyo es una cosa natural, y nunca debes sentirte diferente porque... hay algunos que tratan de hacer eso; apénate de ellos si te place, pero no los escuches. Un hombre con talento come, transpira y cuida a sus hijos como cualquier otro. Y si el talento es una cosa natural, recuerda que el agua también lo es, y el fuego, y el viento; también la inundación y el holocausto y el huracán son tan naturales como el talento, y pueden consumirte y destruirte... ¿No me comprendes, Vicente? Entonces... te contaré una historia.

"Había una vez un muchacho que tenía un talento como el tuyo, o quizá más grande... oh, por cierto que casi tan grande. Pero no tenía una madre y un padre como los tuyos, Vicente, ni hogar, ni hermanos. Era uno de esos salvajes que acostumbraban a vagar como perros por las colinas, después de la guerra. No puedo decirte dónde había nacido, cómo llegó a sobrevivir; quizás alguna muchacha cuidó de él cuando era un bebé. Tenía un año y medio cuando fue llevado a uno de los centros UNRRA*, muerto de hambre, harapiento, sucio.

"¿Pero sabes lo que ese niño podía hacer, al año y inédito? Podía silbar. Sí, podía. Podía echarse sobre su hato de mantas y silbar, y la gente se detenía y se apiñaba alrededor de él.

"Quizá si esto hubiera sucedido hoy se habrían ocupado de él tan sólo por esta única cosa. Pero entonces todo era confusión; fue colocado con una familia donde el hombre murió, y luego en un orfanato que se quemó: eran accidentes desgraciados, pero simples

accidentes. No pudieron apagar lo que tenía dentro. Antes de los tres años sabía unas mil melodías; podía cantar en idiomas que no comprendía antes de poder hablar; podía silbar el tema de cualquier canción con sólo oírla una vez. Estaba lleno de música ese* chico, lleno hasta estallar.

(Arriba, escuchando, yo, Guido, pienso, Massoni, ¿a quién estás llenando tú con cuentos de hadas como éste?)

Massoni puso las manos alrededor de la tazona como para calentarlas, como buscando encontrar en el negro líquido la continuación-de su historia.

—Ahora que si uno posee un talento natural --dice —, como agua pura y fresca de manantial, y lo guarda en un lugar cerrado, lo cubre herméticamente, y pone fuego bajo él. no sucede nada, nada sucede, nada... hasta que ¡blam! rompe su prisión y sale fuera. Pero lo que sale ya no es pura agua fresca y bondadosa, sino un demonio ardiente pronto a escaldar, empapar y aniquilar todo lo que esté junto a él. Uno lo ha cambiado, ya ves, con lo que se le ha hecho. "Bien, allí estaba ese niñito de tres o cuatro años con más música que sangre en el cuerpo. Y luego algo sucede. Es entregado a la familia de un pastor de Corfú y desaparece por seis años. Cuando volvemos a oír hablar de él es un demonio, justo como ese demonio ardiente que surge de aquella torturada gota del agua de la montaña. Pero no es un chorro de agua, es un ser humano; su explosión no duró un segundo, sino que ha continuado durante años.

"Algo le sucedió en la casa del pastor en esos seis años, algo que lo cubrió herméticamente, y que lo hizo hervir. — ¿Qué fue? —preguntó Vicente.

Massoni no dice nada durante un largo tiempo, y luego habla:

—Espero descubrirlo algún día... si puedo El pastor está muerto, su esposa desapareció, los otros hijos se han ido, quizá también han muerto. Vivían solitarios en una planicie rocosa, sin vecinos, pescando y criando ovejas y quizás otras cosas... de cualquier forma, se han ido. Todos excepto ese infeliz demonio de muchacho.

(Yo, Guido, siento un ramalazo de odio. ¿Quién es infeliz?)

—Así que has visto lo que puede suceder si un talento suficientemente grande es apartado con tuerza suficiente —dice Massoni.

--¿Quiere decir que vivir apartado de la música produjo eso en el niño?

Massoni sacudió la cabeza.

—No, no hubiera sido suficiente por sí mismo. Debe haber sido algo más... algo que le hicieron, y hecho con mucho cuidado, eso es lo que sucedió.

¿Qué es lo que él hace?

—Cosas crueles, depravadas. Dicen que sin sentido; pero no son sin sentido. Golpeó a un viejo pordiosero una noche y le rompió una pierna. Incendió una imprenta. Cortó el tubo del freno hidráulico de un autobús aparcado. Arrojó una piedra grande a través del vitral de San Antonio. Destruyó un gran altavoz sobre la puerta de un negocio fonográfico con el mango de una escoba. Y hay docenas de otras cosas menores, sin sentido hasta que se advierte el único hilo que corre a través de todas ellas. Sabiendo eso, se puede comprender porque hace esas cosas (no creo que quiera hacerlas). Uno también puede saber, en la larga lista de pequeños crímenes, crueldades y daños a una ciudad que debe cometer cada día, cada semana, los que son realizados por este infortunado muchacho y los que no.

—¿Alguien lo ha visto? —preguntó Vicente.

—Muy poco. Quitó un juguete a un niño y lo aplastó con el pie, luego tenemos su descripción; pero era un niño de cinco años, estaba oscuro y todo sucedió con mucha rapidez; no había evidencia suficiente para cogerlo. Hubo un testigo cuando destrozó el altavoz, y otro cuando empujó a un mozo de cuerda de camiones en la estación de ferrocarril, pero también estaba oscuro, todo fue muy rápido y confuso; los testigos se contradijeron uno con el otro y él quedó libre. Se mueve como el viento nocturno, aparece en cualquier lado, golpea cuando está seguro y el acto queda impune.

(Ah, Massoni, ahora comienzas a decir la verdad.)

Vicente quiere saber cómo se podía estar seguro que todos esos hechos eran el trabajo de un solo muchacho.

—Debido al hilo que corre a través de todas sus acciones —dice Massoni—. En el templo de San Antonio había un coro ensayando. El juguete aplastado era una armónica. El transporte del camión estaba compuesto por cajas de instrumentos, un trombón y un corno. El autobús dañado transportaba a los miembros de una orquesta y a sus instrumentos (y un conductor que tuvo sus dudas sobre él, probó los frenos antes de salir, sino se hubiera matado). La destrucción del altavoz habla por sí misma. Siempre algo acerca de la música, algo contra la música.

—¿Y el pordiosero?

—Un viejo loco que cantaba todo el tiempo. ¿Lo ves?

—Ah —dijo Vicente con tristeza.

—Sí, es algo triste. Si la música lo enfurece sus días y noches deben ser un infierno de furia, viviendo como vive en el país más musical de la tierra, con cada voz, silbato, campanilla, todos zumbando, cantando, punteando cuerdas, tintineando, hombres, mujeres y niños alcanzándolo con su música... la música lo alcanza, como nada en el mundo puede alcanzarnos a ti y a mí, Vicente; lo alcanza más que la lluvia; le salpica el corazón y los huesos... Ah, olvídate, olvídate, muchacho; estoy usando el tiempo de tus lecciones con un tema de interés policial. Sin embargo... no es tiempo malgastado, si aprendes algo sobre la naturaleza del talento, y de cómo algo tan natural como una brizna de hierba puede quebrar un bloque de piedra para recibir el suave rayo del sol. Y recuerda, también, que un gran talento no es un sustituto para el trabajo. Un hombre de pobre habilidad o hasta de alguna habilidad como yo, debe practicar hasta que los dedos le sangren para que su talento aflore; pero si tu talento es grande, entonces debes trabajar más duramente aún. Más fuerte se crece, más confusión se puede llegar a tener; queremos que tú te transformes en un árbol enhiesto y no en un grande y amplio sembradío de zarzas. Bueno, basta de charla. Manos al violín.

...Y de nuevo yo, Guido, desciendo al infierno, mientras Massoni engatusa y estimula al muchacho y estimula al instrumento para que éste chirrié, grazne, rechine y gima. Entre los ruidos, los consejos y enseñanzas:

—Un poco más alto el brazo con el arco, Vicente... así; ahora si hubiera una madera apoyada sobre la muñeca, el codo y el hombro, se podría colocar allí un Vaso lleno y no se derramaría. Y ese es el nivel al que siempre debes retornar... Na, na, deja que el codo se aleje del cuerpo, Vicente. Nadie aprieta el brazo y los dedos de esa forma para tocar... excepto Joseph Szigeti, por supuesto, y tú no vas a ser el segundo Szigeti sino el primer Vicente Pandori.

Desde mi agujero en el cielorraso, yo, Guido, miro, y luego extrañamente dejo de mirar... como si mirar fuera una faena, algo para hacer, una cosa que se pudiera o no hacer... y como si dejara de intentar hacer esta cosa y en su lugar me convirtiera en algo no vivo, como una honda alcantarilla, dejando que todo se vierta dentro de mí. Hace unos pocos minutos estaba listo para gritar, salir de aquí, asesinar... cualquier cosa para detener esa agonía. Ahora paso de ella. He sido golpeado hasta la inconsciencia... no; un sueño de la voluntad; la consciencia está abierta y despierta como nunca antes. Es una especie de ceguera que los ojos pueden ver. Veo, pero estoy más allá de la visión, más allá de la comprensión de lo que veo. No veo cuando acaban. No veo cuando se van. Soy, después de un largo tiempo, consciente de lo que parece ser el sonido del violín, cuando la gran cuerda sol menor es tocada por el delicado filo del arco, apenas apretada por los inexpertos dedos del muchacho. Al oír esto, una y otra vez, comienzo a ver con normalidad de nuevo, y veo la habitación a oscuras gracias a un solitario rayo luminoso que llega desde el farol de la calle a través de la amplia rendija de la ventana. Massoni se

ha ido. Vicente se ha ido. El violín se ha ido. A pesar de todo lo escucho, ese suave staccato rasgado, una y otra vez.

Me duele la garganta.

Cofff... cofff.

El callado sonido me duele cada vez más, como si yo fuera el violín rasgado con suavidad: y soy tan tierno, me hace doler con tanta facilidad, mis lágrimas caen tan blandamente...

Y entonces comprendo que no es un violín lo que oigo; soy yo mismo llorando en la oscuridad. Enfurecido, me trago un puñado de pena y detengo el ruido.

CAPITULO 5

—Bien... ¿qué diablos quieres?

La Medusa le explicó lo que quería, incrédula, como quien explica algo total y absolutamente obvio, y recibió un vacío de Gurlick. Hubo un momento de incertidumbre, y luego una imperativa repetición de la demanda.

Y Gurlick seguía sin comprender. Pocos humanos podrían hacerlo, no muchos han hecho el esfuerzo de comprender la naturaleza de una mente colmenar... ya que eso sería igual que poseer ese tipo de mente o, por lo menos, ignorar que pueda existir otro tipo de mente.

Pues en todos sus eones de existencia, avanzando y retrocediendo una y otra vez a través de las inmensidades del espacio que ocupaba, la Medusa jamás se había topado con la inteligencia más que como fenómeno grupal. Tenía conocimiento de las casi infinitas variedades en tipo y calidad de la psiquis gestalt, pero tan fusionadas estaban su experiencia y comprensión con los conceptos de "inteligencia" y "grupo", que era realmente incapaz de considerarlos como entes separados. Estaba fuera de su experiencia, y más allá de su por otra parte casi omnisciencia, el que una entidad aislada de cualquier especie fuera capaz de, por lo menos, un solo pensamiento lúcido fuera de los procesos del mecanismo grupal. Contactar con cualquier individuo de una especie era —o había sido siempre hasta ahora— tomar contacto con toda la especie. Ahora, presionaba a Gurlick, cambiaba de ángulo y volvía a presionar de nuevo, deteniéndose para reflexionar, y retornando una vez más, sorprendiéndose de nuevo con los exploratorios y confundidos actos que realiza un hombre al encararse con la apertura de, y la penetración hacia, de artefactos que no comprende. Hubo golpeteos y escuchas, y (análogamente) presiones aquí y allí, como para descubrir si una rosca giraba en dirección contraria. Hubo raspaduras como buscando muestras para analizar, punzadas y pinchazos como para tests de resistencia, rayos polarizados para determinar estructuras reticulares. Y para terminar, hubo un... llamémoslo así, un test de presión, el procedimiento que se aplica a una tubería obturada o un cortocircuito en un cable aislado: se hace saltarla obstrucción. Se toma lo que se supone corre por dentro y se lo embute con exceso, haciendo presión.

Gurlick estaba sentado en el suelo del camión abandonado, desinteresadamente consciente de la distante cerebración, computación, discusión y conjetura. Escuchaba el parloteo de alguien que sabía más que él de cosas que no comprendía. Como siempre.

¡Ay!

Había sido algo sin vista ni oído ni tacto, pero repercutió como las tres cosas juntas, lo sofocó por un instante con una tensión insoportable y luego se retiró, dejándolo laxo y abatido. Algún generador poderoso se había desviado y volcado en él su producto, y de alguna forma hizo un gran número de cosas dentro de él; y todas dolían y ninguna obtuvo lo que buscaba.

No era sencillamente el conductor adecuado para una fuerza así. Era una barra sólida adosada a un sistema de plomería, una ráfaga de aire conectada a un sistema eléctrico; era el material erróneo en un lugar equivocado y el canal de salida no estaba acoplado absolutamente a nada.

El grado de perplejidad que ahora sofocaba a la Medusa era espectacular. Durante eras incontables había siempre encontrado un segmento en alguna parte que había podido producir una respuesta a cualquier cosa; ahora no lo había. Ese impacto particular de esa especie particular debería haber explotado en la psiquis de todos y cada uno de los seres racionales de la tierra, formando una red intangible e irrompible que condujera a Gurlick y a través de él a la Medusa misma. Siempre había sucedido de ese modo... no casi siempre, sino siempre. Así era como el ser se expandía, no con campañas, ataques, sitios, consolidaciones, conquistas, sino por contacto e influencia. Sus "esporas", si se encontraban con una forma de vida que la Medusa no podía controlar, simplemente no funcionaban. Si funcionaban, la Medusa se deslizaba dentro. Siempre.

Desde las ciénagas de metano hasta las rocas sin aire, de sol a sol a través de dos galaxias y parte de una tercera, parpadeaban los mensajes, clasificando, combinando, comprobando hipótesis, calculando, extrapolando. Y estos parpadeos comenzaban a tomar el matiz del miedo. La Medusa nunca antes había conocido el miedo.

Ser contenida así significaba que la fuerza irresistible era resistida, que lo indefendible estaba a salvo. La tierra tenía un escudo, y un escudo es lo más parecido a un arma. Era un arma, en el léxico de la Medusa; porque la expansión era un factor básico a su existencia como Deidad para los creyentes, como la respiración o los latidos del corazón en un animal individual; ese factor no podía, no debía ser contenido.

La tierra se convirtió súbitamente en algo de bastante más importancia que sólo otra baya para devorar por el mamut. La humanidad ahora tenía que ser absorbida, desde todo punto de vista, de principios, de ética total, de vida.

Y debía ser hecho a través de Gurlick, pues la acción de la "espora" dentro de él era irreversible, y ningún otro ser humano podía ser afectado por ella. Las posibilidades de que hubiera otro ser en la misma zona al mismo tiempo eran demasiado remotas para justificar una espera, y la Tierra estaba físicamente demasiado lejos del planeta más cercano dominado por la Medusa como para considerar un ataque por la fuerza, o al menos una expedición exploratoria para que mentes expertas pudieran poner expertas manos (o palpos o garras o tentáculos o ciliias o mandíbulas) a trabajar en el asunto. No, tenía que hacerse a través de Gurlick, quien podía ser —debía ser— manipulado por emanaciones mentales, que no son tísicas y que, por lo tanto, están fuera de las leyes físicas y son capaces de brincar de una punta a otra de la galaxia en el tiempo en que un rayo de luz recorre cien metros.

Así que, después de esa eclosión de fuerza, mientras Gurlick aún se desplomaba y arrastraba aturdidamente detrás de su conciencia vacilante, y mientras rodaba con lentitud buscando arrodillarse, gruñendo y apretándose la cabeza, la Medusa estaba realizando un millar de computaciones simultáneas y preparando diez mil más. De las consideraciones de una cultura viajera en el espacio, desde las profundidades de la nebulosa, llegó un pensamiento en forma de analogía: como defensa contra densas concentraciones de polvo cósmico, estos seres habían diseñado naves espaciales que, al aproximarse a una nube, se fragmentaban en cientos de pequeñas partes aerodinámicas que volvían a juntarse y reunirse una vez pasado el peligro. ¿Podría ser esto lo que la humanidad había hecho? ¿Tendrían acaso un mecanismo incorporado, como la cola de la ardilla listada, los intestinos expulsables del cohombre de mar, que fuera capaz de fragmentar la mente colmenar ante el contacto exterior y desmenuzarla en dos mil millones y medio de especímenes como este Gurlick?

Parecía razonable. Era la única hipótesis lógica que podía concebir la Medusa desde su aislación, y parecía tan razonable que casi llegaba a ser una certeza.

¿Cómo podría entonces ser revertido este proceso para restaurar la mente total de la humanidad? A esto debería responder la Medusa. Una vez unificada la humanidad (reunificando la humanidad, pensó) el único problema restante sería el de la influencia. Si esa influencia no podía ser ejercida a través de Gurlick en forma directa, se encontrarían otros medios: nunca se había topado con una mente colmenar que no pudiera penetrar.

—Intenta eso de nuevo y me matarás, ¿oyes? —dijo Gurlick rechinando los dientes en un jadeo.

Al examinar con frialdad lo que se podía a través de la niebla de la mente de Gurlick, la Medusa sopesó esta afirmación. Dudó de ella. Por otra parte, el individuo era, de momento, infinitamente valioso. Ahora sabía que Gurlick podía ser lastimado, y los organismos que pueden ser lastimados pueden ser manejados. Advirtió también, no obstante, que sería de mayor utilidad si se lo podía incorporar.

Para incorporar un organismo, se averigua lo que desea y se le da sólo un poco, de forma que quede implícita la promesa de algo más. Entonces preguntó qué era lo que Gurlick deseaba.

—Déjame solo —dijo Gurlick.

La respuesta fue una rotunda negativa, con una leve incitación de esa fuerza desgarradora y explosiva que ya había usado. Gurlick gimoteó y la Medusa volvió a preguntar qué era lo que deseaba.

—¿Qué quiero? —susurró Gurlick. Dejó por un momento de utilizar palabras, pero los conceptos permanecían allí. Había odio y rostros destrozados, y el gusto de la buena bebida y un montón de ropas en la orilla de un estanque: ella lo veía allí sentado y se sorprendía por un momento; luego sonreía y decía "Hola, cariño". ¿Qué quería él?... Los pensamientos de Gurlick corrieron por las calles, con la gente apartándose de él con terror y los cantineros de pie en las puertas abiertas de las tabernas, sosteniendo copas rebosantes en sus manos tendidas hacia él, llamando, rogando. Y todo a lo largo de la South Main Street, donde estaban los restaurantes y los clubs de lujo, con sus ricachones de mano suave y ojo severo que nunca-en su vida tuvieron la barriga vacía, y sus limpias mujeres que olían tan bien. Gurlick los quería ver a todos alineados e iría a lo largo de la fila y les cortarían sus barrigas y les arrebataría de un manotón sus comidas y se las arrojaría a la cara.

A esta altura la Medusa tuvo bastante dificultad en interrumpirlo. Una vez que Gurlick abordaba el tema de sus preferencias, podía continuar con una fuerza sorprendente durante mucho tiempo. La Medusa creyó posible comprender ese resentimiento, casi seguramente el tropismo de algo amputado, algo privado de función adecuada, robado, negado. Y, por supuesto, desequilibrado.

La Medusa comenzó a hacer promesas con habilidad. Las recompensas fueron descritas vividamente y con un lujo de detalles que encantó a Gurlick. Fue deslumbrado por sutiles circuitos de realimentación implantados en su propia imaginación. Y de vez en cuando había una leve presión de aquello que lo había lastimado, sólo para recordarle que aún seguía allí.

—Oh, seguro, seguro —dijo Gurlick, por último—. Averiguaré ese asunto, como la gente puede ser juntada de nuevo. Y entonces, chico, les voy a pisar la cara a todos.

Así fue como, riendo entre dientes, Daniel Gurlick abandonó su camión en ruinas para conquistar el mundo.

CAPITULO 6

Prudencia Carmichael se reclinó y sonrió a la joven que sollozaba.

—El sexo —le dijo a Carolina— es, después de todo, tan innecesario.

Carolina se arrodilló sobre la alfombra con el rostro hundido en el almohadón del sofá, la nuca congestionada por el llanto, las puntas de los cabellos humedecidas por las lágrimas.

Había llegado inesperadamente, durante la tarde, y Prudencia Carmichael casi lanza un grito cuando le abrió la puerta. Había cogido a la joven cuando se desplomaba y la llevó hasta el sillón. Cuando Carolina pudo hablar, murmuró algo acerca de un dentista, cómo le había dolido, cómo había estado segura de poder volver a casa, pero luego se sintió mal y, encontrándose cerca de allí, había confiado en que Prudencia la dejara recostarse unos minutos... Prudencia la había puesto cómoda y entonces, con algunas preguntas incuestionablemente cortantes (¿Qué dentista? ¿Cómo se llama? ¿No has podido recostarte en su consultorio? Quería que te largaras de allí tan pronto como terminó, ¿no es así? En verdad no era dentista y no hizo el tipo de operación que suelen hacer los dentistas, ¿no es así?) había reducido a la pálida joven a esa cosa húmeda y gimoteante que se acurrucaba contra el sillón.

—Hace ya bastante tiempo que sé en qué andabas. Y al final te has pillado los dedos.

Fue a esta altura, después de pensarlo en un inflexible y autosatisfecho silencio, que Prudencia Carmichael dijo aquello de que el sexo era tan innecesario. —Y por cierto que no te ha hecho nada bien. ¿Por qué cediste, Carolina? No tenías que hacerlo.

—Tenía que hacerlo, tenía que hacerlo —dijo la apagada voz de la muchacha.

—Tonterías. Dime que querías hacer y estarás más cerca de la verdad. Nadie tiene que hacerlo.

Carolina dijo algo como Lo amo (o Lo amaba), o algo por el estilo. Prudencia aspiró profundamente.

—El amor, Carolina, no es... eso. El amor es todo lo demás que puede haber entre un hombre y una mujer, sin eso.

Carolina sollozó.

—Ahí tienes la prueba, ¿ves? -explicó Prudencia Carmichael—. Somos seres humanos porque hay cierta comunión entre nosotros que no puede ser compartida por... por los conejos, por ejemplo. Si un hombre está dispuesto a hacer un gran sacrificio por una mujer, eso podría ser una prueba de amor. Consideración, caballerosidad, amabilidad, paciencia, compartir grandes libros y buena música... esas son las cosas que prueban a un hombre. Difícilmente se puede considerar una demostración de hombría el que un hombre desee como un conejo desea, tan mal como un conejo desea.

Carolina se estremeció. Prudencia Carmichael sonrió apretadamente. Carolina habló.

—¿Qué? ¿Qué dijiste?

Carolina volvió a apoyar la mejilla en su puño. Tenía los ojos fuertemente cerrados.

—Dije... que no puedo considerar las cosas de la forma que tú lo haces. No puedo.

—Serías más feliz si lo hubieras hecho.

—Lo sé, lo sé —gimoteó Carolina. Prudencia Carmichael se inclinó hacia adelante.

—Puedes, si es que quieres. A pesar de la vida que has llevado... oh, sé que has estado jugando con los muchachos desde los doce años... pero todo se puede borrar, y eso nunca volverá a preocuparte. Si me dejas ayudarte.

Carolina sacudió la cabeza exhausta. No era una negativa, sino más bien duda, desesperación.

—Claro que puedo —dijo Prudencia, como si Carolina hubiera expresado sus dudas en voz alta—. Sólo tienes que hacer lo que yo diga.

Esperó a que los hombros de la joven se aquietaran, y hasta que levantó la cabeza del sillón, giró para sentarse sobre las pantorrillas, mirando de soslayo a Prudencia con sus grandes ojos.

—¿Hacer qué?

—Dime lo que pasó... todo.

—Ya sabes!o que pasó.

—No me comprendes. No quiero decir esta tarde... que fue una consecuencia, y no necesitamos extendernos en ella. Quiero la causa. Quiero saber con exactitud qué sucedió hasta que te metieras en esto.

—No te diré su nombre —dijo ella con hosquedad.

—Su nombre —dijo Prudencia Carmichael— es legión, por lo que he oído. No me importa eso. Lo que quiero es que me describas exactamente qué sucedió, hasta el último detalle, que te llevó a esto —e hizo un gesto con la mano abarcando a la joven, su "dentista" y todas las partes de su apuro.

—Oh —dijo Carolina débilmente. De repente se sonrojó—. N... no puedo estar segura de cu... cuál de las veces fue —susurró.

—Eso tampoco importa —dijo Prudencia secamente—.

Elige por ti misma. Por ejemplo la primera vez con este último. ¿De acuerdo? Ahora dime qué te sucedió... hasta el último detalle, segundo a segundo.

Carolina volvió otra vez su rostro hacia el tapizado.

—Oh... ¿por qué?

—Verás —esperó un rato y luego dijo—: ¿Y? —y de nuevo—: Mira, Carolina, despojémonos del sentimiento, el poco discernimiento, las ilusiones y desilusiones y te dejaremos libre. Así como soy libre yo. Verás por ti misma lo que es gozar de esa libertad.

Carolina cerró los ojos, dejando dos ribetes rojos donde los párpados se tocaban.

—No sé por dónde empezar...

—Por el principio. ¿Has estado en... un baile, un club...?

—En... un autocine.

—Y luego te llevó...

—A casa. A su casa.

—Adelante.

—Llegamos allí y tomamos otro trago, y... y sucedió, eso es todo.

—¿Que sucedió?

—¡Oh, no puedo, no puedo hablar de eso! ¡No contigo!

—¿No lo ves?

—No, no lo veo. Esta es una emergencia, Carolina. Haz lo que yo te diga. Olvida que estoy aquí. Sigue hablando —hizo una pausa y luego dijo rápidamente—: Llegaron a su casa.

La joven alzó la vista con una mirada inquisitiva, suplicante, y, clavando los ojos en las manos, comenzó a hablar con rapidez. Prudencia Carmichael se inclinó hacia adelante para escuchar, y la dejó hablar durante un minuto, luego la detuvo.

—Tienes que decir exactamente cómo fue. Ahora bien... fue en el vestíbulo.

—En la sa... sala de estar.

—La sala de estar. Tienes que volver a ver todo de nuevo... cortinas, cuadros, todo. El sofá estaba enfrente de la chimenea, ¿no es cierto?

Carolina describió la habitación con vacilación, mientras Prudencia repetía, ampliaba, insistía. El sofá aquí, la chimenea allá, la mesa con las bebidas, la ventana, la puerta, la poltrona. ¿Qué temperatura? ¿qué tamaño? ¿de qué tono de rojo eran las cortinas? Comienza de nuevo para que yo pueda verlo.

La charla continuó más rápida y tranquila, con más interrupciones.

—¿Qué es lo que usabas?

—El vestido de faya negra, con guarda de terciopelo y ese escote, tú sabes...

—El que tiene el cierre...

—En la espalda.

—Adelante.

Ella continuó. Después de un rato Prudencia la detuvo poniéndole una mano en la espalda.

—Levántate del suelo. No puedo escucharte. Arriba, chica. —Carolina se irguió y se sentó en el diván.— No, no; échate, échate —susurró Prudencia.

Carolina se acostó y se tapó los ojos con los brazos. Tardó algún tiempo en seguir, pero al final lo hizo. Prudencia acercó una otomana y se sentó en ella, muy cerca, observando la boca de la chica.

—No digas eso —dijo en una ocasión—. Esas cosas tienen nombres. Úsalos.

—Oh, yo... es que no podría.

—Úsalos.

Carolina los usó. Prudencia escuchaba.

—¿Pero qué sentías todo el tiempo?

—¿Qué... sentía?

—Exactamente.

Carolina lo intentó.

¿Y dijiste algo mientras todo eso sucedía?

—No, nada. Salvo...

—¿Sí?

—Sólo al principio —murmuró la chica. Se atacó y volvió a quedarse quieta, y los brazos defensivos se apretaron visiblemente más fuerte contra los ojos—. Creo que hice... —y juntó los dientes, frunció los labios, aspirando profundamente con un siseo.

Los labios de Prudencia Carmichael se fruncieron, apretó los dientes e inhaló bruscamente.

—¿De esta forma?

—Sí.

—Continúa. ¿El dijo algo?

—No. Sí. Sí, él dijo "Carolina, Carolina, Carolina" - canturreó en voz baja.

—Continúa.

Continuo. Prudencia escuchaba, observando. Vio que la chica sonreía y las lágrimas se escurrían entre el brazo y la mejilla. Observó el débil temblor de las pálidas aletas de la nariz. Observó el rápido movimiento del pecho, no exactamente igual al jadeo del que corre escaleras arriba, sino los escalofríos superficiales que acompañan cada aspiración, el instante de aliento atrapado y contenido, la jadeante exhalación.

—Ahhh... —Carolina chilló súbita, blandamente.— Ahhh... ¡creí que me amaba, pensé que me amaba! —se echó a llorar, y luego dijo —: Eso es todo.

—No, no lo es. Tuviste que irte, disponerte a partir.

—¿Hmm? ¿Qué dijo él? ¿Qué dijiste tú?

Finalmente, cuando Carolina dijo "... y eso es todo", ya no hubo más preguntas que hacer. Prudencia Carmichael se incorporó y levantó la otomana y la colocó cuidadosamente en su lugar al lado de la poltrona, y se sentó. La chica no se movió.

—¿Cómo te sientes?

La chica bajó lentamente los brazos y se quedó mirando el cielorraso. Se humedeció los labios y dejó que su cabeza rodara a un costado de manera de poder mirar a Prudencia Carmichael, muy tranquila en la poltrona... no demasiado amplia, pero confortable para quien gusta de un asiento chato y un respaldo recto. La joven exploró el rostro de Prudencia Carmichael. buscando alguna huella aparente de shock, confusión, enojo o disgusto. No encontró nada de esto, nada excepto labios delgados, piel seca, ojos calmos.

—Me siento... horrible —respondió por último. Esperó, pero Prudencia Carmichael no tenía nada que decir. Se levantó con dificultad y se cubrió el rostro con las manos. Dijo —: Contar lo que sucedió fue como volver a vivirla, casi tan real. Pero...

Otra vez el silencio.

—... pero fue como... hacerlo en frente de otra persona. En frente de...

—¿En frente de mí?

—Sí, pero no exactamente.

—Puedo explicar eso —dijo Prudencia—. Lo hiciste en frente de alguien... de ti misma. Tú estabas mirando. Después de esto, Carolina, siempre te estarás mirando. Nunca volverás a estar en una situación así —entonó ella, su voz volviendo y volviendo a la misma nota como sutil e insistente zumbido — sin escucharte a ti misma contándolo, con cada-detalle, cada gesto y sonido de todo eso, a otra persona. Sólo que el hecho y el relato no estarán esta vez distanciados por varias semanas. Serán simultáneos.

—Pero e! contarlo lo hace todo tan,, burdo, casi... ¡gracioso!

—No es el contarlo lo que lo hace así. El acto es en sí mismo ridículo, torpe y también demasiado trivial para el terrible precio que hay que pagar por él. Ahora lo puedes ver como yo lo veo; ahora serás incapaz de verlo de otro modo. Ve a lavarte la cara.

Así lo hizo y volvió con mucho mejor aspecto, con el cabello peinado y sin las huellas del llanto en el entrecejo y los costados de sus ojos rasgados. Con la desaparición del maquillaje parecía aún más joven que de costumbre; pensar que en realidad tenía dos años más que Prudencia Carmichael era increíble, increíble... Se introdujo en su chaqueta y levantó su abrigo y su cartera.

—Me voy. Me... siento mucho mejor. Quiero decir con... respecto a aquello.

—Es que empiezas a sentirte como yo con respecto a... aquello.

—¡Oh! —exclamó Carolina desde la puerta, un grito que surgió de las profundidades de sus problemas, sus agonías físicas y mentales, de la complejidad desesperada de tratar de vivir lo que la vida ofrece—. ¡Oh! —exclamó—, me gustaría ser como tú. ¡Cómo quisiera haber sido siempre como tú! —y salió.

Prudencia Carmichael se quedó sentada largo tiempo en la no tan cómoda poltrona con los ojos cerrados. Luego se levantó y fue al dormitorio y comenzó a quitarse la ropa. Necesitaba un baño; se sentía orgullosa. Tuvo un recuerdo repentino del rostro de su padre con una expresión de orgullo similar. Se había metido en un pozo negro para quitar una obstrucción cuando nadie quería hacerlo. Había sentido náuseas, pero cuando salió, indescriptiblemente sucio y con cada nervio pidiendo a gritos un baño muy caliente, lo había hecho con ese mismo tipo de orgullo. Mamá no lo comprendió ni le gustó. Hubiera preterido soportar las innumerables molestias de la cloaca obstruida en forma indefinida antes de que nadie de la familia supiera que papá se había ensuciado de esa forma. Bueno, así era papá. Así era mamá. El episodio había cristalizado de alguna manera la gran diferencia entre ellos, y el porqué mamá se había sentido tan contenta cuando él murió, y porqué Prudencia vio cambiado su nombre original —que le había puesto el padre— por uno que reflejaba toda la luz de la maldad y el pecado, y porqué Salomé Carmichael fue conocida como Prudencia desde el día en que él murió. Nada de pozos negros para ella. Limpia, encantadora y frágil era la pequeña Prudy, decente, planchada, plegada y guardada para toda la vida.

Para ir desde el dormitorio hasta el cuarto de baño contiguo —siete pasos— se envolvió en una larga bata. Una vez que el agua de la ducha estuvo a la temperatura adecuada, colgó la bata y se introdujo bajo la cascada purificadora. Mantuvo la mirada, así como sus pensamientos, dirigidos hacia arriba mientras se enjabonaba. La detallada revelación que le había extraído a Carolina relampagueó por su mente, toda ella, en un segundo, sin perder un solo detalle. Sonrió a todo el desagradable asunto con frío desinterés. Vio aparecer el fantasmal reflejo de su rostro en la puerta de vidrio de la mampara, la ancha y vulgar nariz, el grueso mentón con sus rizados vellos esparcidos al azar, los dientes fuertes, cuadrados, limpios y amarillos. /Me gustaría ser como tú, cómo quisiera haber sido siempre como tú! Carolina había dicho eso, la Carolina de cintura estrecha y pechos amplios, la Carolina con labios que, al relajarse, se fruncían para besarme, la Carolina de piel de melocotón, con esos ojos como gemas de rara talla, con ese cabello tan bonito y terso y reluciente, con ese brillo interno y propio. Me gustaría ser como tú... ¿Sabría Carolina que Prudencia Carmichael había añorado toda su vida

escuchar esas palabras pronunciadas por ese tipo de mujer que era Carolina? ¿No eran acaso las palabras que Prudencia misma reprimía mientras hojeaba las páginas de las revistas, miraba los fantasmas de la amplia e insoportable pantalla en technicolor y sonido estereofónico?

Había llegado la mejor parte de la ducha, la que Prudencia aguardaba con ansias. Colocó la mano sobre el regulador y la dejó descansar allí, demorando estáticamente el momento trascendental.

...ser como tú... quizá Carolina llegaría a serlo, algún día, con suerte. ¡Qué bueno era no necesitar todo eso, qué hermoso y claro era todo sin eso! Qué risible rebelión hacer que un hombre pruebe el poder de las preocupaciones de un conejo, con los forcejeos animales y los canturreos jadeantes del nombre de una: "Salomé, Salomé, Salomé..." (Quiero decir, se corrigió a sí misma súbitamente, con una sombra de pánico, "Carolina, Carolina, Carolina".)

En parte porque ya era tiempo y en parte por la repentina sospecha de que sus pensamientos estaban tomando un ritmo que escapaba a su control y en una dirección no elegida, giró el regulador con fuerza a Frío, y abrazó todo su cuerpo y mente para ese limpio (y asexuado) momento de sensación total que realzaba toda su existencia interior.

A medida que el helado fuego líquido la envolvía, los labios de Prudencia Carmichael se fruncieron, los dientes se encontraron, el aliento penetró con un silbido áspero, explosivo.

CAPITULO 7

Gurlick hundió el mentón entre las clavículas, encorvó los hombros y arrastró los pies.

—Te lo averiguaré —prometió, musitando entre dientes—. Dime qué quieres saber y te lo averiguaré. Luego, mi viejo, es asunto tuyo.

En la esquina, desparramado en las escaleras de una pastelería abandonada, encontró lo que a primera vista parecía ser un maloliente bulto de trapos sucios. Estaba por pasar de largo cuando se detuvo. O fue detenido.

—Es Freddy —dijo con disgusto—. No sabe nada de nada.

—Una moneda ¿eh, patrón? —preguntó el bulto, moviéndose débilmente y estirando una sucia mano que florecía en el tallo de una muñeca imposiblemente delgada.

—Bueno, seguro que dije que alguien lo debe saber —gruñó Gurlick—, pero no él, por Dios.

—Una moneda ¿eh, patrón? Oh... Danny. ¿Tienes una moneda, Danny?

—¡Bien, bien, preguntaré! —dijo Gurlick con enojo, y por último se volvió hacia Freddy—. Cierra la boca, Freddy. Ya sabes que no tengo ni una moneda. Escucha, quiero preguntarte algo. ¿Cómo podemos juntarnos todos de nuevo?

Freddy hizo un esfuerzo que aparentemente no había considerado importante hasta ahora: enfocó los ojos.

—¿Quién... tú y yo? ¿Qué quieres decir conjuntarnos?

—¡Te lo dije! —dijo Gurlick, no hablando con Freddy:

luego, ante la presión combinada de amenaza y promesa, gimió exasperado y dijo—: Sólo dime si lo podemos hacer o no, Freddy.

—¿Qué pasa contigo, Danny?

—¿Me lo dirás o no?

Freddy parpadeó pálidamente y pareció a punto de hacer un esfuerzo mental. Finalmente dijo:

—Tengo frío. Tengo frío desde hace tres años. ¿No tienes un trago, Danny?

No había nadie a la vista, de modo que Gurlick lo pateó.

—Estúpido —le dijo, hundiendo el mentón y alejándose con su arrastrar de pies. Freddy lo miró por un rato, hasta que sus arenosos párpados se hicieron demasiado pesados para mantenerlos abiertos.

Dos calles más adelante, Gurlick vio a alguien más y de inmediato trató de cruzar la calzada. No le fue permitido hacerlo.

—¡No! —suplicó—. ¡No, no, no! No puedes ir preguntándole a todo el que veas. — Fuera cual fuese la respuesta recibida, los términos no eran dudosos, ya que gimió.— Me vas a meter en un lío, ya lo verás.

Debía preguntar: preguntó. La mujer del plomero, que le llevaba una cabeza de altura y que pesaba más o menos el doble, dejó de barrer los escalones de piedra cuando él avanzó arrastrando los pies, la cabeza aún baja pero alzando los ojos, y obviamente sin la intención de escabullirse como todos los de su calaña lo hacían.

Se detuvo ante ella, levantando la vista. Aunque él estuviera de pie sobre un cajón ella lo miraría igual desde arriba; tal como se encontraban, él estaba en la acera y ella en el segundo escalón. La contempló igual que un tipo de campo examina un monumento. Ella lo escudriñaba con la avidez nauseabunda de un testigo de un accidente automovilístico.

El humedeció sus labios, y por un momento los sujetó. Luego se colocó una mano en el costado de la cabeza y entornó los ojos. Alejó la mano, contempló a la mujer con fijeza y habló con voz ronca:

—¿Cómo podemos juntarnos de nuevo?

Ella se quedó mirándolo, inexpresiva, inmóvil. Luego, con un movimiento y una emisión de sonido abrupto como un empalme fílmico, echó la cabeza atrás y rió. Un largo rato ruidoso pareció transcurrir antes de que la inmensa capacidad de sus pulmones se agotara con esa primera onda de carcajada, pero cuando hubo terminado volvió a bajar la cabeza, lo que le sirvió sólo para echar otro vistazo a la ansiosa y sucia cara de Gurlick, lo cual le causó otro paroxismo.

Gurlick la dejó riéndose y se dirigió al parque. Un poco aturdido, maldijo a aquella mujer y a todas las mujeres, y a todos sus esposos, y a todos sus descendientes.

La primavera reciente había traído al parque delicadas briznas de hierba, brotes en los árboles, perros, niños, ancianos y un aspirante a vendedor de helados. La paz de estos seres era interrumpida por un puñado de adolescentes que habían descubierto que ese día el parque era más atractivo que un colegio, y fueron tres de éstos quienes revolotearon alrededor de la indecisión de Gurlick, mientras se encontraba parado justo a la entrada del parque, tratando de encontrar una forma fácil de resolver lo que aún se le exigía desde dentro de su cabeza.

“A por él”, dijo uno con la palabra Héroe sobre la espalda de su chaqueta, y otro exclamó “En ór-bita”, y los tres comenzaron a rodear a Gurlick, brincando como indios de película, sosteniendo los dedos y dejándolos sobresalir sobre las cabezas y chillando “ ¡Bip-bip! ¡Bip-bip!” como las señales de satélite.

Gurlick giró en todas direcciones, como una veleta en medio de un vendaval, tratando de apartarlos.

—Fuera —gruñó.

—¡Bip-bip! —gritó uno de los satélites—. ¡Listos para re-entrar en atmósfera! —Los brincos se convirtieron en galope a medida que las órbitas se cerraban, arremolinándose a su alrededor en confuso griterío, y a la señal de “se quemó” se detuvieron abruptamente y el que estaba tras Gurlick se puso en cuatro patas mientras los otros dos le daban un empujón. Gurlick dio con su humanidad contra el suelo con un “ussss”, quedando de espaldas con brazos y piernas en el aire. Alrededor de la escena, una mujer gritó con indignación, un viejo quedó boquiabierto de la impresión y todos los otros, todos los otros rieron y rieron.

—Fuera —boqueó Gurlick, tratando de incorporarse sobre sus rodillas.

Uno de los muchachos, solícitamente, lo ayudó a ponerse de pie, diciendo a otro:

—Ya, Rocky, basta ya, basta ya.

Cuando el tembloroso Gurlick hubo recuperado la vertical, el segundo del trío —el "Héroe"— se puso en cuatro patas detrás de él otra vez y el solícito volvió a darle un empujón. Y allí dio Gurlick por tierra otra vez, ahora abandonando sus embozadas pretensiones de amenaza y contraataque, quedando postrado sin intentar levantarse. Todo el mundo reía a carcajadas, todos excepto dos, y éstos no hicieron nada; salvo aproximarse más, lo que provocó más risas.

—¡Patrulla Espacial! ¡Patrulla Espacial! —chillaba Rocky, señalando al uniforme azul que se aproximaba—, ¡A las cuatro!

—¡Velocidad de esss-cape! —aulló uno de ellos; y con los dedos pegados a la cabeza como si fueran antenas y un coro de estridentes bip-bip se deslizaron entre la muchedumbre y desaparecieron.

—Joputas, sucios joputas. Los voy a matar, sucios joputas.

—Bueno. ¡Bueno! Tranquilidad. Circulen. Muy bien —dijo el policía. La muchedumbre se replegaba a medida que avanzaba y se volvía a cerrar detrás de él, estirando el cuello con la boca abierta, como anticipando una nueva carcajada... esa carcajada que hace sentir tan bien a la gente.

El policía encontró a Gurlick en cuclillas y lo hizo incorporar de un tirón, bastante más bruscamente de lo que lo había hecho Rocky.

—Bueno, ¿qué sucede con usted?

La señora indignada se abrió paso y dijo algo acerca de unos gamberros.

—¡Aja! —dijo el policía— ¿con qué gamberro?

—Sucios joputas —gimió Gurlick.

El policía calmó a la señora indignada con un imperturbable.

—Está bien, señora, no se excite; yo me hago cargo de todo. ¿Qué tienes que decir al respecto? —ordenó a Gurlick.

Gurlick, medio suspendido de la fuerte mano del policía, llorisqueó y se llevó las manos a la cabeza. De repente nada de lo que había a su alrededor, ruidos, rostros, lo presionaban más que esa insistencia interior.

—No me importa si hay mucha gente, no me hagas preguntar ahora.

—¿Qué es lo que dices? —preguntó el policía con ferocidad.

—¡Está bien! ¡Está bien! —gritó Gurlick a la Medusa, y dijo al policía—: Todo lo que quiero que me diga es ¿Cómo podemos juntarnos de nuevo?

—¿Qué?

—Todos nosotros —dijo Gurlick—. Todos en el mundo.

—Está hablando de la paz mundial —dijo la señora indignada. Hubo risas. Alguien explicó a otro alguien que el vagabundo tenía miedo de los comunistas. Otro alguien lo oyó y le explicó al hombre que estaba detrás de él que Gurlick era un comunista. El policía oyó algo de eso y sacudió a Gurlick.

—No quiero oírte abrir la boca por aquí nunca más, o te voy a poner a la sombra. ¿Entiendes?

—Sí, ssseñor, sí —masculló gimoteante y servil, apartándose con frustración.

—Bien. Circulen. Se acabó la función. Bien, hay...

En cuanto pudo Gurlick echó a correr. Ya estaba sin aliento antes de empezar a correr, de modo que el resuello sólo le permitió llegar hasta el límite del parque, donde se tambaleó contra las vallas y se apoyó en ellas para recuperar el aliento. Estaba de pie con las manos sobre la cara, tratando de mantener a raya con los dedos a esa cosa que había dentro de él, la boca abierta exhalando ruidosamente la autocompasión y la anoxia. Una mano cayó sobre su hombro y dio un respingo asustado.

—Todo está bien —dijo la señora indignada—. Sólo quería que supiese que no todos en el mundo son tan crueles y miserables... y... miserables y crueles.

Gurlick la contempló, moviendo los labios. Tenía unos cincuenta años, de hombros redondos, con lentes y aspecto serio.

—Está en lo correcto al pensar en la paz mundial. Y en predicarla, también.

El no era aún capaz de hablar. Tragó aire; fue casi como un llanto.

—Pobre hombre. —Buscó con torpeza en el borde abierto y desprendido de un monedero de cuero y encontró una moneda. La sostuvo y suspiró como si fuera una reliquia de familia y se la entregó. Gurlick la cogió sin mirarla y la guardó. No le dio las gracias.

—¿Usted lo sabe? —preguntó. Se presionó las sienes con ese nuevo gesto compulsivo que había adoptado—. Tengo que averiguarlo, ¿entiende? Tengo que hacerlo.

—¿Averiguar qué?

—Cómo la gente puede volver a juntarse.

—Oh —dijo ella—. Oh, mi querido. —Meditó el asunto.— Me temo que no comprendo exactamente lo que quiere decir.

—¿Lo ves? —le informó con desesperación a su atormentador interno—. Nadie lo sabe... ¡nadie!

—Explíquese un poco, por favor —suplicó la mujer—. Quizá haya alguien que pueda ayudarlo, alguien que no sea yo.

—Es un asunto sobre el cerebro de la gente —dijo Gurlick sin esperanzas—, qué le puedo decir, como lograr que todos los cerebros se vuelvan a juntar.

—Oh, mi pobrecito... —Lo miró con piedad, claramente segura de que lo que necesitaban juntarse eran los fragmentos del cerebro disperso de Gurlick, y Bueno, al menos se da cuenta de ello, que es lo que muchos de nosotros no hacemos.— ¡Ya sé! —exclamó—. Usted necesita al Dr. Langley. Le hago la limpieza una vez por semana y, créame, si desea conocer a alguien que sepa sobre el cerebro, él es esa persona. Tiene una máquina que garrapatea y luego él puede leer las líneas que hace y decir lo que uno piensa.

La vaga visualización de tal aparato voló a las estrellas, donde produjo un efecto electrificante.

¿Dónde está?

¿La máquina? En su mismo consultorio. El le contará todo acerca de ella; es un hombre muy bueno y comprensivo.

A mí me contó algo de ella, aunque me temo que no llegué a...

—¿Dónde está? —vociferó Gurlick.

—Pues, en su oficina. Oh, usted quiere saber dónde. Bien, es el 13 de la calle Deak, en el segundo piso; mire, casi puede verse desde aquí. Allí derecho, donde esta la casa con el...

Sin decir otra palabra, Gurlick bajó el mentón, encorvó los hombros y se largó con su arrastrar de pies.

—Oh, mi Dios —murmuró la mujer, preocupada—. Espero que no moleste demasiado al Dr. Langley. Pero no lo hará: es un hombre que cree en la paz. —No pensó más en su buena acción y emprendió el camino a casa.

Gurlick no molestó demasiado al Dr. Langley, porque en verdad éste le trajo la paz.

CAPITULO 8

Mbala se deslizaba en la noche, aterrorizado. La noche era para dormir, para dormitar en el kraal con una de las esposas roncando en el suelo y las cabras que se mueven y mascan en la puerta. Dejad que la jungla murmure y chille, aülle y parlotee y que todo esté tranquilo, susurre y gorgotee y ruja: es natural que haga estas cosas. Está llena de

demonios, como todo el mundo sabe, y es natural también. Ellos nunca penetran en el kraal y Mbala nunca va a la oscuridad. No hasta ahora.

Estoy caminando al revés, pensaba. Los demonios lo hacen. Su parte superior había olvidado cómo ver, y sus ojos se estiraban, redondos y protuberantes, en la oscuridad. Pero sus pies conocían el sendero, cada raíz y cada roca de él. Se movía furtivamente porque, de alguna manera, sus pies veían mejor ese camino, y su assegai, envenenado contra — ¿qué?— estaba más dispuesto.

Su assegai, de la mejor casta, honorable, hendido ahora hasta la mitad de su largo... le recordaba el día en que se había convertido en hombre y erguido rígidamente para recibirlo, sangrando de las heridas de la ceremonia, enfermo de las pociones que habían sido vertidas dentro de él, y que a pesar de hinchar su estómago no mataron las ígneas hormigas del hambre que mordían su interior. No había dormido durante dos noches y un día, y no había comido en casi una semana, y sin embargo no podía recordar ninguno de estos sentimientos salvo como hechos separados, como partes de una historia contada por algún otro. Lo único que llegaba a él nítido y claro era su orgullo cuando le presionaron el assegai en su mano y lo llamaron hombre. Su esbelto y pequeño assegai, con su diminuta y aguzada punta, su largo fuste sin marcas. Pensó en esto con el mismo desvaído latido de gloria que siempre le producía, pero ahora había tristeza mezclada con ella, y un matiz de horror primitivo; pues a pesar de que el arma que se inclinaba sobre su cuello era ahora de fuerte metal, adornada con tallas, era inútil... inútil... y él era menos hombre que ese joven guerrero con su pulido y aguzado palo, era menos hombre que cuando era un muchacho. En el mundo masculino el assegai nunca es inútil. Puede ser usado para bien o para mal, eso es todo. Pero este era el mundo demoníaco, y el assegai no tenía lugar o propósito aquí, salvo para confortar su diestra mano y los tirantes nudos de los músculos de sus hombros y espalda. Fue un pequeño alivio, pero en ese mismo instante advirtió su inutilidad. Su misma virilidad se transformaba en una tontería como la del viejo Nugubwa, cuyo antebrazo había sido seccionado en una correría, y que al sobrevivir y ser curado, llevó el miembro perdido con él hasta que ya no quedó nada, salvo un retorcido manojo de algo parecido a varas blancas.

Un demonio emitió un chillido carcajeante en su mismo oído y luego correteó hacia la oscuridad; el miedo fue como una llamarada de luz blanca en pleno rostro, de modo que por un largo instante la noche fue un completo haz de destellos flotando dentro de sus retinas. Durante el día, aquel sonido y correteo tan sólo indicaban el paso veloz de un mono; pero aquí, en la oscuridad, parecía que un demonio actuaba a guisa de mono. Y esto lo destrozó.

Mbala quedó helado en el sitio, en la postura de su horror, apoyado en una rodilla, la espalda arqueada hacia atrás y un costado, la cabeza hacia arriba, el assegai puesto hacia atrás, listo para ser arrojado a la fuente de su terror. Y entonces...

Se desplomó, sacudió su cabeza tontamente, y se alzó sobre sus pies como un viejo muy viejo, ambas manos sobre el asta de su lanza y su trasero sobre el suelo. Comenzó a avanzar trabajosamente, no balanceándose ya sobre los muelles de los dedos de los pies, ni vigilando alerta sus costados, pero caminaba con determinación y arrastraba su assegai tras él como un chico con un palo. Los ojos habían dejado de servirle, de modo que los cerró. Sus pies conocían el camino. A su lado había seres que gritaban y morían, y él se arrastraba como si no oyera nada. Advirtió vagamente que estaba de alguna forma más allá del miedo. En verdad, la estupidez marchaba junto a él como un círculo de hombres, una guardia y una barrera contra todo. En realidad era una guardia contra nada, y un mosquito o un cienpiés podían penetrarla tan rápido como un león. Pero, a través de ese cordón de estupidez. Mbala no podía saberlo, y se encontró débilmente contento. Caminaba hacia su sembradío de ñames.

Para el pueblo de Mbala, el sembradío de ñames era una fortuna superior a un huerto. Era su tesoro, su honor. Lo trabajaban las mujeres; y cuando producía bien y las barrigas

de sus familiares estaban llenas, un hombre podía apilar el sobrante junto a la puerta y sentarse a contemplarlo, y aceptar la compañía de los menos afortunados, que vendrían a charlar, y a hablar de cualquier cosa menos de los ñames, mientras la saliva les correría por las mejillas; hasta que por último él se decidía a darles uno o dos ñames y luego ellos se despedían agradeciéndole; o quizá no les daría nada y por último deberían irse, y él podría escuchar las amargas maldiciones que corrían bajo los sombríos pliegues de sus rostros impasibles, sabiendo que ellos sentían a su vez su propia risa sorda.

La ley tribal que protegía un sembradío de ñames era específica y terrible en sus castigos, y los tabúes eran poderosos. Se creía que si un hombre limpiaba un terreno y lo cultivaba y lo legaba a su hijo, el espíritu del padre permanecía vigilante y cuidaba el sembradío. Pero si un hombre rompía algún tabú, aún desconociéndolo, un demonio conduciría lejos al espíritu guardián y tomaría su lugar. Era entonces cuando el sembradío no podía producir, cuando los gusanos y larvas atacaban, cuando el elefante derribaba los árboles espino... y cuando los ñames crecidos comenzaban a desaparecer durante la noche. Obviamente nadie, salvo un demonio, podría robar ñames de noche.

De modo que si esa desventura aumentaba, podría subirse sobre los hombros de la desventura. Un hombre que perdía ñames debía ser evitado hasta que se hubiera limpiado a sí mismo y aplacado a los seres ofendidos. De modo que cuando Mbala comenzó a perder ñames por la noche, consultó con el doctor, quien por un precio considerable —tres eslabones de una cadena de latón y dos cabras—, mató a un pájaro y un cabrito y masculló cosas con humos apestosos y pociones amargas y escupió a los siete vientos, y empacó su armamentario y se puso de cuclillas a meditar y por último informó a Mbala que ningún demonio estaba ofendido, excepto posiblemente la sombra de su padre, quien debía estar furioso de su impotencia por proteger los ñames de, no un demonio, sino un hombre. Y este hombre debía ser exorcizado con armas humanas, no demoníacas. Al recibir estas noticias, Mbala sufrió las burlas de Nuyu, el segundo hijo de su tío. Nuyu había viajado muy lejos hacia el este y se había sentado en el recinto de un mercader árabe, y había visto muchas maravillas y había retornado con mucho menos respeto que lo que un hombre debería tener por las viejas costumbres. Y Nuyu le dijo, entre estallidos de carcajadas, que un hombre era un tonto al pagar por la opinión de un doctor, que un doctor no podría ayudarlo; dijo que él, Nuyu, podría haberle dicho lo mismo por la tercera parte del precio, que cualquier muchacho común podría habérselo dicho por nada. Los otros no —no se atrevían— rieron en voz alta como Nuyu, pero Mbala sabía que lo hacían a sus espaldas.

Bueno, si un hombre robaba sus ñames de noche, él debía cazar al hombre de noche. Falló por completo al intentar reunir un. partida, pues si bien todos creían en el diagnóstico del doctor, el asunto aún tenía que ver con marchar de noche y trabajos de demonios —por lo menos de hombres haciendo el trabajo de demonios— y no era una tontería. Se decidió, después de mucho hablar, que su exorcismo traería grandes honores a quien fuera tan bravo como para acometerlo, de modo que cada uno de los hombres de la partida en perspectiva rehusaba graciosa y generosamente el logro de tales honores al miembro perjudicado, Mbala. De modo que Mbala fue presionado no sólo a ir, sino también a agradecer a cada uno de los guerreros amigos y parientes por la oportunidad que se le otorgaba. Hizo todo esto con alguna dificultad, se aprestó para la batalla, y fue escoltado al anochecer, hasta el margen de la jungla, por todos los guerreros del kraal, mientras sus esposas se mantenían aparte y llorisqueaban. Las tres primeras noches las pasó acurrucado de terror en una de las más grandes y sólidas horcaduras que pudo encontrar en el árbol más cercano fuera de la vista del kraal, retornando cada día de la rama con el ceño tan fiero que nadie osaba preguntarle nada. Dejó que pensarán que todas las noches iba al sembradío. O esperaba que pensarán eso. En la cuarta mañana descendió del árbol y se alejaba de él cuando fue sorprendido por la cara risueña del primo Nuyu, que agitó su assegai y se alejó riendo. Y fue así que por último Mbala

emprendió la búsqueda en serio. Y fue esa noche cuando los demonios lo espantaron, precipitándolo en aquel aturdimiento de estupidez impenetrable.

Llegó a su sembradío en el momento más oscuro de la noche, y se deslizó a través de los espinos con los pasos prácticos e irregulares de un bailarín moderno. Bien metido en lo más tupido de los arbustos que rodeaban sus ñames —un arbusto que su pueblo llamaba makuyu y otros tragacanto—, acurrucado, descansando las manos sobre el erguido mango de la lanza y su mejilla sobre los antebrazos. De modo que estaba allí... espléndido. Mala suerte, robo, vergüenza y estupidez lo habían conducido hasta este pináculo, ¿y ahora qué? Hombre o demonio, si ahora llegaba el ladrón no lo vería.

Dormitó, esperando que alguna luminosidad del cielo plomizo, un ruido sospechoso, o algo le diera una sugerencia de lo que hacer a continuación. Esperaba que los demonios no lo vieran allí, agazapado en el tragacanto, sabiendo perfectamente que ellos podían hacerlo. Estaba despojado de su fe y coraje; estaba indefenso y no le importaba. Su falta de defensa comandó esa nueva tanda de estupidez. Se ocultó dentro de ella, vulnerable a todo, pero felizmente incapaz de ver fuera. Se durmió.

Sus dedos se deslizaron sobre el mango del asagai. Se despertó con un sobresalto, espío con torpeza a su alrededor, bostezó y apoyó el mango de su arma sobre los pies. Acomodó su amplia mejilla sobre las huesudas rodillas alzadas y se volvió a dormir.

CAPITULO 9

—¿Usted es el doctor Langley?

—Por Dios —dijo el doctor.

Para la mujer de la limpieza podía ser un hombre amable, pero para Gurlick sólo era otro hombre pulcro lleno de conocimientos y asuntos que Gurlick no podía entender, más el usual y previsible disgusto que provocaba dondequiera que fuera. En resumen, otro de esos bastardos que odiaba.

—¿Qué sabe de cerebros? —dijo Gurlick.

—¿Quién lo envió aquí? —dijo el doctor.

—¿Sabe usted qué hacer para volver a juntar los cerebros de la gente?

—¿Qué? ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere, en resumidas cuentas?

—Mire —dijo Gurlick—. Tengo que averiguarlo, ¿comprende? ¿Sabe cómo hacerlo o no?

—Me temo —dijo el doctor gélidamente— que no puedo responder a una pregunta que no entiendo.

—Ya, conque no sabe nada de cerebros.

El doctor estaba sentado bien erguido tras su amplia mesa de despacho. Su rostro era lampiño y estrecho, y en reposo asumía naturalmente una expresión de arrogancia. No se podía encontrar en el mundo un ejemplar más adecuado del compendio de todo aquello que Gurlick odiaba en sus congéneres. El doctor era arquetipo, coda, esencia; y en su presencia Gurlick estaba tan irrazonablemente enojado como para olvidarse de ser servil.

—Yo no dije eso —dijo Langley. Miró a Gurlick fijamente por un momento., eligiendo sin duda el procedimiento a seguir: ¿Echarlo? ¿Seguirle el juego? ¿O estudiarlo? Observó los ojos vidriosos, la boca temblorosa, la postura de agresividad provocada por el miedo —. Aclaremos algo —dijo—: no soy psiquiatra. —Advirtiendo que esta-criatura no distinguía un psiquiatra de un contable, explicó:— Quiero decir que yo no trato personas con problemas. Soy un fisiólogo especializado en el cerebro. Sólo me interesa saber cómo los cerebros hacen lo que hacen. Si el cerebro fuese un motor, podría decirse que soy el hombre que escribe el manual que el mecánico estudia antes de empezar a trabajar. Eso es lo que soy, así que antes de perder su tiempo y el mío, dejemos eso aclarado. Si quiere que le recomiende alguien que pueda ayudarlo con cualq...

—Dígame —vociferó Gurlick—, sólo dígame esa cosa; eso es todo lo que tiene que hacer.

—¿Qué cosa?

Exasperado, sumando su impaciencia por todos los fracasos anteriores con su profunda aversión por este nuevo enemigo, Gurlick gruñó:

—Ya se lo dije. —Cuando no obtuvo respuesta, y cuando comprendió por la expresión del doctor que no la obtendría, resopló enojado y explicó:— Hubo una época en la que toda la gente del mundo tenía solamente un cerebro, ¿me comprende? Ahora todos se han separado. Lo único que tiene que decirme es cómo volver a pegarlos.

—Parece estar bastante seguro de que todos —¿cómo era eso?— tuvieron un mismo cerebro alguna vez.

Gurlick escuchó una voz interna.

—Tuvo que ser así —dijo.

—¿Por qué tuvo que ser así?

Gurlick alzó vagamente una mano.

—Todo esto: estos edificios. Coches, relojes, herramientas, electricidad y cosas como esto. No pudo haber sido hecho sin que todos pensarán con una sola cabeza.

—Sin embargo se hizo así. La gente puede trabajar junta sin... pensar junta. ¿Es eso lo que quiere decir, no... pensar juntos, como una colmena de abejas?

—Abejas, sí.

—No fue así como sucedió con la gente, créame. ¿Qué le hizo pensar eso?

—Bueno, fue así. Eso es todo.

Una sorprendida computación se realizó entre las estrellas y, dado el axioma que había probado ser indefectible e invariablemente verdadero hasta entonces, es decir, que una especie no alcanzaba ese elevado nivel de tecnología sin la organización de una mente colmenar, había sólo una forma de justificar la increíble aseveración del doctor —suponiendo que no mentía— y Gurlick, al tanto de esta conclusión, hizo cuanto pudo por expresarla.

—Supongo que lo que ocurrió fue que todos se escindieron, que ahora están librados a sí mismos y que no recuerdan lo que pasó. Yo no recuerdo, usted no recuerda que en algún momento usted y yo fuimos parte de un cerebro gigantesco.

—Yo no creería eso —dijo el doctor—, ni aunque fuera cierto.

—Claro que no —estuvo de acuerdo Gurlick, obvia e irritablemente, considerando el comentario del doctor como una prueba del suyo—. Bueno... igual tengo que averiguar cómo pegarlos de nuevo.

—No lo hará conmigo. Yo no lo sé. De modo que porqué no se va y...

—Usted tiene una máquina que sabe lo que uno piensa —dijo Gurlick de repente.

—Tengo una máquina que no hace nada por el estilo. ¿Quién le habló de mí, de todas maneras?

—Usted muéstreme esa máquina.

—Por cierto que no. Mire, todo esto ha sido muy interesante, pero estoy muy ocupado y no puedo seguir conversando con usted. Ahora sea bueno y...

—Tiene que mostrármela —dijo Gurlick con un susurro aterrador: pues a través de su mente brumosa había cruzado un destello de su visión (ella está en el agua hasta el cuello, diciéndole, Hola, cariño, y él hace una mueca que quiere ser sonrisa, y ella dice, Ya salgo, y él dice, Ven entonces, y ella comienza a acercarse a él con lentitud, el agua descendiendo de su cuello, hasta el pecho, hasta...) junto con la humeante espiral de su nuevo tormento; tenía que conseguir la información, debía hacerlo.

El doctor, alarmado, hizo presión con las manos sobre la mesa del despacho y alejó la silla unos centímetros.

—Es esa máquina de allí. No significará absolutamente nada para usted. No estoy tratando de ocultarle nada... es que no va a entender nada.

Gurlick se aproximó con cautela al equipo que el doctor le había señalado. Se quedó contemplándolo por un rato, echando sigilosas miradas ratoniles al doctor de tiempo en tiempo, y haciendo muecas con la boca.

—¿Cómo llama a esto?

—Encefalógrafo. ¿Satisfecho?

—¿Cómo sabe lo que uno piensa?

—No lo sabe. Recoge impulsos eléctricos de un cerebro y los convierte en líneas onduladas sobre una cinta de papel.

Al observar a Gurlick, el doctor vio con claridad que su visitante no estaba pensando la próxima pregunta: la estaba esperando. Casi la podía ver llegar.

—Ábrala —dijo Gurlick.

—¿Qué?

—Que la abra. Tengo que ver los componentes internos.

—Escúcheme, yo...

—Tengo que verlos —repitió con un siseo atemorizador.

El doctor suspiró con exasperación y abrió el fichero de su mesa de despacho. Localizó un manual, lo golpeó contra la mesa, buscó en él y lo abrió.

—Aquí tiene un dibujo: es un diagrama de los cables. Si tiene algún sentido para usted, le dirá mucho más que mirando dentro. Espero que se dé cuenta de que el aparato es demasiado complicado para un hombre sin conoc...

Gurlick le arrebató el manual y lo miró con atención. Sus ojos se pusieron vidriosos y luego se aclararon. Depositó el manual y señaló con el dedo.

—¿Estas líneas son cables?

—Sí.

—¿Y esto de aquí?

—Un rectificador. Es una lámpara. Ya sabe lo que es una lámpara.

—Como las lámparas de radio. ¿Hay electricidad en estos cables de aquí?

—Eso no puede decirle na...

—¿Qué es esto de aquí?

—¿Estas líneas más pequeñas? Tierra. Aquí, y allí y también allí la corriente va a tierra. Gurlick colocó un dedo mugriento sobre el símbolo del transformador.

—Esto cambia la electricidad, ¿no?

Atónito, Langley asintió con la cabeza.

Gurlick prosiguió:

—La corriente de línea entra por aquí. La de otro tipo por aquí. ¿Qué es?

—Es el rectificador. La entrada. Los electrodos. Quiero decir que cualquiera sea el cerebro conectado a la máquina, la alimentación se realiza por allí.

—No es mucho.

—No es —lo remedó el doctor débilmente— mucho.

—¿Tiene alguna de esas cintas con líneas onduladas?

Sin una palabra, el doctor abrió el cajón, encontró un trozo y lo arrojó sobre el diagrama. Gurlick lo examinó un largo rato, consultando un par de veces el diagrama de cables. De pronto lo arrojó sobre la mesa. —Muy bien. Ya lo encontré.

—¿Qué cosa encontró?

—Lo que quería.

—¿Sería tan amable de decirme exactamente qué encontró?

—Dios —dijo Gurlick con disgusto— ¿cómo podría saberlo yo?

Langley sacudió la cabeza, repentinamente dispuesto a reírse de esta visita desconcertante que lo irritaba.

—Bueno, si lo encontró ya no necesita andar hurgando por aquí, ¿no es cierto?

—Cállese —dijo Gurlick, ladeando la cabeza y cerrando los ojos. Langley esperó.

Era como escuchar un solo lado de una conversación telefónica, pero no había teléfono.

—¿Cómo diablos voy a hacer eso? —protestó Gurlick un momento, y de inmediato—: Voy a necesitar dinero para algo como eso. No, no puedo. No puedo, te lo digo; me vas a meter en chirona... ¿Qué te crees que él va hacer mientras me lo llevo?

—¿Con quién había? —exigió saber Langley.

—No lo sé —dijo Gurlick—. Cállese ahora. -Fijó la mirada en el rostro del doctor, y por un momento pareció no ver. Luego, repentinamente, el efecto pasó y Gurlick se dirigió a él:— Necesito dinero.

—Esta temporada no doy limosna. Lárguese de aquí.

Gurlick, mostrando todos los signos de un indeseable estímulo interno, rodeó la mesa de despacho y repitió su demanda. Al hacerlo, advirtió por primera vez que el doctor Langley estaba sentado en una silla de ruedas.

Eso cambió absolutamente todo para Gurlick.

CAPITULO 10

Henry era espigado. Alto de pie y sentado, con un rostro sorprendentemente adulto, lo que lo hacía parecer más ridículo, lloriqueando en el pupitre de la escuela día tras día. No lloraba lastimosamente ni con bufidos de ira e indignación, sino casi en silencio, con una serie de sollozos espaciados, suaves, que le dificultaban la respiración. Hacía lo que le ordenaban (Formen fila... muevan las sillas, es la hora de los cuentos... vayan a buscar los puzzles... Guarden las pinturas) pero no hablaba ni quería jugar o bailar o cantar o reír. Sólo permanecía sentado, duro como una tabla, y sollozando. Henry tenía cinco años y el parvulario era duro para él. La vida era dura para él.

—La vida es dura —acostumbraba a decir su padre— y es mejor que el pequeño cobarde lo aprenda cuanto antes.

La madre de Henry no estaba de acuerdo, pero no lo hacía abiertamente. Mentía a todo el mundo interesado: a su esposo, al maestro de Henry, al psicólogo y al director de la escuela, y a Henry mismo. Le decía a su marido que iba de compras por la mañana, pero en lugar de eso se sentaba en un rincón de la clase del parvulario y observaba a Henry llorar. Después de dos semanas de esta conducta, el psicólogo y el director la acorralaron y le explicaron que la realidad del hogar exigía que ella estuviera en el hogar, la realidad de la escuela exigía que ella no estuviera en la escuela, y que Henry no se enfrentaría con la realidad de la escuela hasta que pudiera experimentarla sin su madre. Ella estuvo de acuerdo de inmediato, porque siempre estaba de acuerdo con cualquiera que tuviera una opinión definida sobre algo, volvió a clase, le dijo al apenado Henry que lo esperaría afuera y se marchó. Pasó por alto completamente el hecho de que Henry podía verla por la ventana, verla caminar por el sendero e introducirse en su coche y partir. Si le quedaba algo de serenidad después de eso, ésta fue destrozada unos pocos minutos después cuando al doblar la esquina y ocultar el vehículo, ella se deslizó tras el cartel de No pisar el césped y pasó el resto de la mañana espiándolo por la ventana. Henry la vio de inmediato, pero el maestro y el director no la descubrieron hasta algunas semanas después. Henry continuaba sentado erguido y de vez en cuando dejaba oír un sollozo, preguntándose vagamente qué tendría la escuela de terrible para justificar que su madre se esforzara tanto en protegerlo; y, fuera lo que fuese, sentía un terror inenarrable por ese lugar.

El padre de Henry hacía lo que podía con la cobardía de Henry. Le dolía porque, a pesar de estar seguro de que no la heredaba de él, los demás podían no saberlo. Le contó historias de horror con fantasmas de sudario blanco que devoraban a los niñitos y luego lo envió a la cama en la oscuridad, en una habitación donde había un regulador de

ventilación que se abría directamente en el cielorraso del cuarto de abajo. Antes se había preocupado de colocar una sábana sobre el regulador, y cuando oyó abrir y cerrarse la puerta del muchacho, introdujo un palo a través del aparato y lanzó gemidos. La silueta blanca surgió del suelo sin provocar ningún sonido o movimiento de parte de Henry, así que el padre subió las escaleras riéndose para ver el efecto que no había oído. Henry, tieso como siempre, estaba de pie en la oscuridad, alto y derecho, inmóvil. Así que el padre encendió la luz, lo contempló y luego le dio una buena tunda.

—Tiene cinco años —le dijo a la madre cuando volvió a bajar— y todavía se moja los pantalones.

Se escondía en los rincones y saltaba de improviso sobre Henry, gritándole, y se ocultaba en los armarios y emitía sonidos guturales y le daba órdenes terminantes de ir y golpear en las narices a muchachos de ocho y diez años y le calentaba los fundillos cuando rehusaba, pero no parecía capaz de convertir a la mariquita en algo diferente.

—La sangre hablará —acostumbraba a decir sabiamente a la madre que jamás le había hecho frente a nadie en su vida y en consecuencia había manifiestamente contagiado al muchacho. Pero él se aferraba a la esperanza de poder hacer algo al respecto y seguía intentándolo.

Henry tenía miedo cuando sus padres disputaban, porque su padre gritaba y su madre lloraba; pero también tenía miedo cuando no disputaban. Este era su miedo principal, sobre todo cuando el padre le hablaba con suavidad, sonriendo. Era indudable que éste no lo advertía, pero su norma de castigo con el muchacho era invariablemente un acercamiento suave y sonriente y un súbito estallido de brutalidad, y Henry se había vuelto incapaz de discriminar entre una auténtica amabilidad y una de esas alegrías precursoras de castigo. En tanto, su madre lo mimaba y abrazaba secreta e inconstantemente, violando a escondidas las privaciones impuestas por el padre al pasarle de contrabando demasiados pasteles y caramelos, a pesar de volverle la espalda con frialdad en presencia de aquél, no atendiendo a ninguna real o tácita súplica de auxilio. La curiosidad natural de Henry, junto con su rebeldía normal, habían sido efectivamente eliminadas en el momento de la aparición en su segundo y tercer año de vida, y a los cinco estaba enseñado de tal modo que no aceptaba nada que no proviniera directamente de una autoridad reconocida, no iba a ningún lado y no hacía nada hasta que se le dieran precisas instrucciones al respecto.

—¿Por qué no le has pegado a ese niño? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Papá, yo...

—Cállate, cobarde. No quiero oír excusas.

Y así, el pequeño Henry, espigado y triste, se sentaba sollozando en el parvulario, y permanecía callado y ausente en cualquier otro lugar.

CAPITULO 11

Después de atizar al doctor Langley con la lámpara de pie, Gurlick revolvió todo tal como se le ordenaba y, llevándose una buena suma salió de compras. La Medusa le permitió que primero comprara para él, dispuesta a conceder que él conocía las sutilezas de su propia matriz mucho mejor que ella. Se consiguió un traje usado en una casa de empeños de los suburbios, luego se hizo afeitar y recortar el pelo en una escuela de barbería. Estéticamente, el cambio era insignificante; socialmente, era enorme. Pudo obtener lo que quería, aunque nada le fue fácil, ya que personalmente no conocía el nombre de ninguna de las cosas que estaba obligado a comprar. Probablemente las muestras de metal fueron lo más dificultoso de adquirir; fue sometido a una interminable sucesión de silenciosas miradas vacuas antes de que un perplejo vendedor de material de laboratorio se ocupara de mostrarle una tabla periódica de elementos. Una vez que tuvo

eso, las cosas se movieron con mucha mayor rapidez. Mediante señas y medias palabras y preguntas y descripciones, adquirió muestras de laboratorio de níquel, aluminio, hierro, cobre, selenio, carbono y algunas más. Pidió, aunque no le alcanzaba el dinero, deuterio, tantalio al 49 por ciento y plata al 69 por ciento. Las casas de artículos eléctricos lo frustraron profundamente con un alambre de pequeño calibre con una sección transversal cuadrada, pero alguien lo envió por último a una joyería y allí obtuvo lo que precisaba.

A esta altura de las cosas, Gurlick cargaba con una caja de embalaje de madera que un empleado servicial transformó en algo aproximado en tamaño y forma a un pequeño armario de unos treinta centímetros. Su destino fue decidido después de una dolorosa sesión de estímulos por parte de la Medusa, que desenterró un recuerdo del renuente cerebro de Gurlick, algo que él mismo había dejado desaparecer hacía tiempo: una breve e infructuosa tentativa de buscar oro, o mejor dicho de acarrear los bultos de un amigo que intentaba hacerlo, años atrás. La faceta importante del recuerdo era una choza abandonada a millas de distancia de cualquier parte, junto con la idea aproximada de cómo llegar allí.

Así que tomó un autocar, y luego otro más, y robó un jeep y lo dejó abandonado, y por último, maldiciendo a sus atormentadores, esclavizado por su visión y lamentándose de sus penurias, se echó a caminar.

Bosques espesos, una altiplanicie de pinos achaparrados y arces enanos, luego unos riscos desiguales... y allí estaba; los restos de una choza sin techo como una carie entre y contra los dientes sucios del risco quebrado.

Gurlick deseaba, más que agua, más que comida o que lo dejaran en paz, deseaba poder descansar, pero no le fue concedido. En medio de jadeos y resoplidos, cayó sobre sus rodillas y comenzó a desatar torpemente las cuerdas de su equipaje. Sacó las ampollas de mercurio y los lingotes de metal y los cables y los portaválvulas, y comenzó a reunirlos sin ningún orden. No sabía lo que estaba haciendo y no era necesario. El trabajo era realizado por un conjunto de voluntades procesadas y esparcidas a través de los cielos, en parte por órdenes directas, en parte por control semidirecto, de cerebro a neurona, evitando ese pantano nebuloso que comprendía la conciencia de Gurlick, A éste le disgustaba enormemente todo el asunto, pero fuera de un quejido lastimero, no le era posible otra protesta. Así que lloriqueó y sudó, pero no dejó, no pudo dejar de trabajar hasta que hubo terminado.

Cuando concluyó, Gurlick fue liberado. Se alejó trastabillando, como si la soga en tensión que lo tenía atado hubiera sido cortada de repente. Se desplomó pesadamente, se levantó sobre los codos, parpadeando hacia el aparato, y luego el cansancio cayó sobre él y se durmió.

Cuando quedó dormido la cosa era una maraña de cables y componentes, un conjunto de metales disímiles extrañamente ensamblados, y con... capacidades. Mientras dormía, las mentes de las estrellas operaron sobre ella, dirigiéndola por último, no necesitando ya más los torpes y lerdos dedos de Gurlick. Dentro de un anillo de cables de sección cuadrada, un pequeño montículo de arena comenzó a humear. El humo se elevó súbitamente y luego cayó, volvió a elevarse y caer, y por último yació allí, liso y chato. Una depresión de forma inusual apareció en él. Un bloque de invar cayó por fin de la pequeña pila de metales sobre la arena. Se hundió, se fundió, corrió por la arena y fue moldeado. Otra pieza fue formada, luego otra, y con un remolino similar al impredecible inicio de un tornado diabólico, las piezas giraron y cayeron juntas, ensambladas. Un rollo de alambre de metal esmaltado rodó al lecho de arena y allí se detuvo... pero continuó rotando, mientras su extremo libre reptaba hacia el montaje, serpenteaba allí, alrededor de un pitón. Hubo un ligero olor a quemado, y el alambre fue soldado en siete lugares, y quemado allí donde no era necesario.

Ahora la conglomeración original de Gurlick comenzó a esparcir sus partes, algunas fueron invisiblemente hechas a un lado, otras fueron atraídas para unirse al conjunto en

crecimiento. Algunas veces había una larga pausa, como si algún proceso digestivo inhumano se estuviera realizando dentro de la creciente máquina; entonces ésta se estremecía como si hubiera sido sacudida con más fuerza a un tiempo, o podía arrojar un nuevo sub-ensamble a un lado, que a su turno eregía un mástil de treinta centímetros de alto y forma T que comenzaría a girar de un lado a otro como si buscara algo. O habría una ráfaga de actividad, como si probara y rechazara materiales en rápida sucesión: después de tal agitación, su mástil de cabeza T apuntó a la roca más cercana. Hubo un momento de tensión, un chasquido producto de una descarga eléctrica violenta; un gran mordisco apareció en la roca y una fría nube de polvo rocoso fue proyectada sobre la nueva máquina y absorbida dentro de ella... trazas de plata, trazas de cobre y algunos borosilicatos.

Y cuando todo estuvo acabado, ahí estaba... ahí estaba lo que Gurlick había construido. Sin embargo, guardaba la misma relación con el original que un receptor superheterodino a un receptor de cristal de un equipo casero del siglo XX. Tal como sus predecesoras, la máquina comenzó, al momento de su terminación, a construir otra y más avanzada versión de sí misma.

CAPITULO 12

Tony Brevix y su esposa y sus cuatro chicos y el gato estaban de viaje. Tony conducía el camión, un emparchado y herrumbrado camión con una tara de un cuarto de tonelada y guardabarros colgantes, con una transmisión inmensa, un transformador trasero y un diminuto motor de 42 caballos de fuerza cuando era nuevo, lo que sin duda no era hace poco. En el camión estaban casi todos sus bienes hogareños, no cuidadosamente empacados en cajas sino apilados, envueltos, apretados y pisoteados hasta que todo el cuerpo del camión era tan sólido como un ladrillo de goma. Con Tony viajaban uno y ocasionalmente dos de los hijos, que por una de esas misteriosas razones de niño consideraban un privilegio estar expuestos al frío, al gas del motor que subía por los agujeros del suelo y a la extraña marcha inclinada del vehículo, como si transportara las ocho partes de su sobrecarga sólo sobre tres de los viejos amortiguadores. El gato no viajaba en el camión, ya que no había cristales en las ventanas laterales.

Atty Brevix (su nombre, injuriosamente, era Beatitude, lo cual hacía Batty y Titty y hasta, en medio de una discusión, Attitude) conducía una larga, silenciosa y baja camioneta rural, de una potencia superior a la de la lancha de moda ese año y con líneas tan esbeltas como las de un bate de béisbol y un apetito similar a una alcantarilla de tormenta. Conducía con gran pericia y hasta sin grandes ansiedades, a pesar de que había extraviado su licencia de conducir algunas semanas antes y estaba convencida de que esa información estaba escrita a los costados de su vehículo con luces de neón.

El segundo día en la ruta se había tornado oscuro; habían cogido un desvío equivocado y estaban a millas de distancia del camino elegido, a pesar de que aún marchaban en la dirección deseada; comenzaban a arrepentirse amargamente de haber decidido realizar ochenta millas de un tirón en lugar de volverse a detener en un motel. Los nervios estaban a flor de piel, las vejigas a punto de estallar; dos de los niños estaban gimoteando, y Sharon, de cuatro años, que siempre estaba hablando o durmiendo, dormía con arrobamiento. El gato emitía una nota chirriante y reiterada, dos de ellas cada tres segundos, mientras daba vueltas alrededor de los cristales de la camioneta, que no eran pocos. Cada vez que corría sobre los hombros de Atty, ella apretaba las muelas hasta que las mandíbulas le dolían. El bebe se había escabullido de sus ataduras y estaba tratando de erguirse en la cuna del coche, de modo que Atty conducía con una mano y apoyaba la otra sobre su pecho. Cada vez que él se sentaba ella lo empujaba hacia abajo, y cada vez que ella lo empujaba él chillaba. Tony conducía sombríamente,

mirando con los ojos entrecerrados a través del parabrisas, que la telaraña de luz que llegaba de frente tornaba completamente opaco. Carol, de cinco, una de las lloronas, y Billy, de ocho, un quejoso, eran el privilegiado par que viajaba en el camión, y mientras Billy describía con detalles interesantes la comida que no tenía, Carol lloraba de firme. Era un lamento monótono, muy parecido al del gato, de quien ella probablemente lo había aprendido, y no denotaba una tristeza especial sino tan solo un estómago vacío. Que cesaría por completo al primer asomo de luz de un coche en dirección contraria, y al anuncio de lo obvio: "Allí viene otro. Hijo de puda. Hijo de puda.

Y Billy cesaría con sus enumeraciones ("¿Por qué no puedo tener un chocolate malteado? Podría beberme tres chocolates malteados. Podría beberme cuatro chocolates malteados. Podría beberme cinco...") para decir: "Carol no debe decir hijo de puda, papi. ¡Eh, papi! Carol está diciendo hijo de puda."

Y Tony diría: "No digas eso, Carol", en tanto las luces del vehículo que se aproximaba estarían ya sobre él, y en respuesta a la tensión entrecerraría los ojos, apretaría la mandíbula y diría precisamente eso que Carol estaba tratando de repetir.

Tony conducía, el coche siguió su camino, era de algún modo responsabilidad masculina encontrar la ruta correcta. (No estaban en el camino correcto.) Por algún tiempo había estado notando el guiño de las luces delanteras de la camioneta sobre su espejo retrovisor. Cada vez que lo advertía hacía guiñar alegremente sus propias luces como saludo, y continuaba la marcha. Alrededor de una hora después, la camioneta lo sobrepasó con rapidez como un insulto a media voz y se colocó en frente, con toda la ferocidad de sus luces de freno. El hizo todo lo que pudo para detenerse a tiempo, pero Atty, a pesar de ser una excelente conductora, había pasado por alto el detalle de la carga que él transportaba, y el hecho de que detener las ruedas del camión, y detener el camión mismo, eran circunstancias consecutivas y no concurrentes. En resumen, se precipitó sobre la parte trasera de la camioneta.

Hubo un momento de cacofonía total. Tony cerró los ojos, se cubrió los oídos y dejó que ésta pasara. Advirtió entonces el tironeo de urgencia en su manga, y el " ¡Papi! ¡Papi!"

—Sí, Billy. Carol, cállate por un minuto. —Carol estaba sollozando.

—Te has llevado por delante la camioneta, papi.

—Ya me di cuenta —dijo Tony con un control heroico.

—Papi...

—Sí, Billy.

—¿Por qué te llevaste por delante la camioneta?

—Para ver qué pasaba, supongo. —Cortó con el asunto.— Quédate aquí e intenta que Carol se sienta bien.

—Okay, papi. —A Carol.— Cállate, boba.

Carol comenzó un sollozo enojado. Tony suspiró y caminó hacia el frente del camión. No había roturas, sólo "torceduras", murmuró, y se dirigió hacia el costado de la camioneta. Atty estaba desatando al bebe. Golpeó con los nudillos la ventanilla y ella hizo descender el cristal. Dijo algo, pero él no pudo oírlo. Había el ruido interior acostumbrado.

—¿Qué? —gritó.

—Dije que por qué no paraste.

El echó una vaga mirada hacia atrás al frente estrujado del camión.

—Lo hice.

—Aquí, tenlo. —El sostuvo al bebe por las axilas mientras Atty le cambiaba varias mantillas mojadas.— Pudiste habernos matado a todos. Puedes creerlo, Sharon está aún dormida. ¿Por qué crees que te hacía guiños con las luces?

—Sólo pensé que querías jugar.

—Me dijiste en la gasolinera que buscaríamos algún lugar en la ruta para detenernos y poder comer. Ahora todo está frío. ¡Linda, para de chillar, ya tienes seis años!

—¿Qué quieres decir con frío?

—Nuestra cena. Eres un dulce muchachito, ahora te sientes mucho mejor. —El bebe lloró mucho más fuerte.

—Yo no sabía que teníamos cena. Has debido comprarla cuando yo estaba con Carol en el lavabo de hombres. Por otra parte, ¿por qué querías que la llevara al lavabo de hombres? Fue desagradable. Había un tipo golpeando en...

—¡Eh, mami! -Era Billy, que había aparecido corriendo por detrás de Tony.— ¿Sabes algo? ¡Papi se llevó la camioneta por delante!

—Vuelve al camión.

—Quédate aquí, Billy. De cualquier manera, es el turno de Sharon para ir en el camión. Vamos a comer aquí, ahora.

—Uff, bueno. No quiero seguir ni un solo minuto. ¿Has comprado chocolate malteado, mami? Podría beberme siete... —Dios, cariño —dijo Tony—, avancemos hasta que al menos encontremos un lugar con café caliente y...

—¿Hay un lavabo aquí? —preguntó Linda a voz en cuello—. Tengo que...

—Sí, y un lavabo —terminó Tony.

—No conduciré un solo metro más con este bebé hambriento y estos chicos llorando y con la espalda que me duele. —Bueno, dije que vayamos —dijo Tony con firmeza, y luego lisonjero—: Vamos, cariño. Sé que te sentirás mejor si lo haces.

En ese momento el gato, al completar su órbita rebotó contra el parabrisas y salió disparado por la ventanilla como si hubiera sido lanzado con un detonador.

—Tú ganas —dijo Tony—. Se necesitará al menos una hora para buscarlo. ¿Dónde está esa cena?

—Aquí mismo —dijo Atty serenamente. Estiró un brazo hacia la parte de atrás del asiento y " ¡Oh!".

Levantó cuidadosamente una caja de cartón blanco y la abrió.

—¿Qué has traído? —dijo Tony.

—Hamburguesas con queso —dijo Atty con tono cortante—, dos con ketchup y condimento. Leche. Jugo de tomate. Pepinillos en vinagre. Café y pudding de arroz. Y —espíó en la caja— tarta de arándano. Toma, querido. Yo no tengo hambre.

Tony introdujo un poco más la cabeza y, al resplandor de la luz del techo, miró dentro de la caja. Sus ojos necesitaron un momento para adaptarse, como a veces sucede con un primer plano inesperado en la pantalla de TV: ¿qué es eso? y luego se encontró contemplando lo que parecía un mapa en relieve de algún archipiélago justificadamente olvidado e indeseable. En un mar de leche fría cortada y jugo de tomate había una hilera de islas de hamburguesas sobre cuyas empapadas playas podía verse el asomar ocasional de la proa de un pickle naufragado y hundido. Los arándanos que flotaban casi bajo la superficie asomaban en su dirección como diminutas pupilas con cataratas. Hacia el noreste, una roma isla de pudding de arroz daba por perdida la batalla y, ante sus ojos, desaparecía bajo las olas.

—Yo tampoco tengo hambre —dijo Tony. Atty lo miró y las lágrimas comenzaron a humedecer sus párpados.

—La coloqué en el borde —dijo, golpeando suavemente con la mano la caja flexible—. Parece que ha estado demasiado tiempo aplastada. —Y súbitamente se echó a reír.

—¿Qué hay? ¿Qué hay? —pidió Billy, y cuando, sin hablar, su padre sacó la caja, se zambulló con alegría en ella, con las manos mugrientas—. Muchacho, oh, muchacho, pickles...

Se la dejaron y comenzaron el complejo proceso de hacer que la compañía estrujara sus vejigas en las malezas del costado de la ruta.

Sharon, la de cuatro años, despertó muy contenta en la parte trasera de la camioneta. Se quitó la manta y se estiró; había sido un sueño feliz. No podía recordarlo, pero debía

haber sido muy feliz debido a la forma en que se encontraba ahora. Yacía soñolienta, escuchando los sonidos cercanos y lejanos.

Hubo un grito salvaje, y " ¡Mami! ¡Ma-miii! ¡Billy me arrojó arena en el trasero!

—¡Billy!

—No, no lo hice —protestando—. Es una mentirosa y yo no le arrojé nada, apenas si pegué una patada en el suelo.

Papi: —Cariño, ¿dónde está ese paquetito con los Kleenex?

Mami: —Lo tiene Carol, querido. En las matas.

Papi: —¿Te has vuelto LOCA? ¡Los documentos del coche están allí!

—¡Mis-mis-mis! Aquí, michino... —Bang-bang con una cuchara sobre el plato de aluminio de la comida del gato.

Sharon advirtió el olor a aire fresco y limpio, y la abierta puerta trasera junto a ella. Se deslizó fuera tan silenciosamente que ni siquiera el viejo Billy hubiera podido verla, y agarrando con fuerza a Mary Lou (la muñeca de estopa sin ojos, desnuda y de pies rotos, que era lo que por encima de todo Sharon más amaba), se introdujo entre las matas oscuras.

—No temas —le dijo a Mary Lou—. Es una oscuridad amistosa.

Avanzó, se detuvo sólo una vez para mirar hacia atrás y sentirse reconfortada por el resplandor de algo que parecían las balizas luminosas del coche y el camión, y luego se deslizó sobre un reborde dentro de la sedosa oscuridad, tan oscura que parecía que la misma oscuridad devoraba casi todos los sonidos de la ruta.

—Ahora sí que el viejo Billy nunca nos encontrará -dijo Sharon a Mary Lou.

En tanto, en la ruta, Atty dijo a Tony:

—No me siento cansada, querido, sólo algo entumecida. Sigamos adelante hasta donde tenemos que ir.

—Sí. Quizá podamos llegar hasta un área de servicio y conseguir una taza de café caliente mientras los chicos duermen.

—Yo no me arriesgaría —dijo Atty positivamente—. Se dormirán ahora y se quedarán quietos, y por un poco de bendita tranquilidad estoy dispuesta a quedarme con el estómago vacío. Ya tengo el estómago lleno.

—Sí, querida —dijo Tony—. De modo que conduciremos todo el camino. La siguiente parada: la nueva casa.

Más tarde, en el camión, Linda dijo entre sueños:

—¿No debería Sharon haberse turnado conmigo en el camión, papi?

Y Tony, entrecerrando los ojos en el parabrisas, dijo:

—¿Hmm? ¿Sharon? Oh, ella estuvo durmiendo durante todo el lío.

Y en la camioneta, Billy preguntó:

—Eh, mami, ¿dónde está Sharon?

—Shhh. El bebé duerme —dijo Atty—. Es el turno de Sharon con papi. Duérmete.

Y en ese momento Sharon estaba de pie sobre el reborde, dando vueltas para uno y otro lado, buscando el vislumbre de guía de las luces. No había nada, nada salvo el cambiante desfilarse de las nubes del cielo, a través de las cuales asomaban las estrellas. Dando vueltas, Sharon perdió la ruta, y ella misma estuvo perdida.

—En realidad, es una oscuridad amistosa —aseguró vacilante a la muñeca. En la oscuridad amistosa (oh por favor sé amistosa), comenzó a caminar con cuidado, y después de un rato escuchó el ruido de una corriente de agua.

CAPITULO 13

Cuando Gurlick se quedó dormido, lo que había construido era una maraña de componentes que poseía (para cualquier ojo terrestre entrenado) una cierta simetría

imponente y una elaborada inutilidad (pero, ¿qué utilidad podría tener un oscilador de frecuencia variable a los ojos de un sabio bosquimano o de un salvaje de Madison Avenue?); pero cuando despertó el panorama era diferente. Muy diferente. Lo que Gurlick había construido no era, precisamente, un receptor de materia, aunque actuaba como si tal cosa fuera posible. Era más bien un receptor y amplificador de una cierta "banda" del "espectro mental"... utilizando cada uno de estos términos en un sentido análogo y general. El primer receptor, y sus accesorios a lo Gurlick, convertía la información en manipulación, y construyó de las muestras elementales que Gurlick había suministrado, una segunda y mucho más eficiente máquina de capacidad enormemente superior. Esta, a su vez, recibió y manipuló un tercer receptor y manipulador; y éste era un aparato para trabajo pesado. El proceso era, en esencia, precisamente el que realiza un marinero que coge una línea para arrastrar una cuerda, que a su vez le alcanza una guindaleza. En el breve lapso de tiempo de unas horas, las máquinas estaban construyendo otras máquinas para utilizar material disponible para hacer máquinas que podrían explorar y conseguir material localmente no disponible, que era llevado al lugar y utilizado por otras máquinas para hacer aún otras más, todas especializadas, y algunas de ellas en grandes cantidades.

Sin que se lo solicitaran, Gurlick salió de aquel sueño en el que esperaba en la orilla junto al montón de ropas, negro satinado y rojo y con una orla de encaje blanco, y ella lo saludaba (Hola, cariño) con tanto descaro y comenzaba a salir del agua (luego que él rehusaba irse), lentamente y centelleando a la luz del sol, el agua descendiendo hasta su cintura, y cuando comenzaba a sonreír... él despertó en medio de una increíble ciudad estrepitosa. A su alrededor había hilera tras hilera de gigantescas y ciegas máquinas, vomitando cada una de ellas nuevas máquinas en forma continua: gigantes que parecían tanques con largos cuellos de serpiente y cabezas rodeadas por anillos de trompetas; balones plateados de tres metros de diámetro que de vez en cuando oscilaban elevándose silenciosamente en el aire, demasiado veloces para ser verdaderos, demasiado silenciosos; macizos artefactos, chatos y anchos, que se deslizaban como caracoles por sendas hechas por ellos mismos, con proyectores en la trompa que despedían extraños rayos que podrían haber sido similares a la luz si no fuera que se cortaban en un extremo lejano, como si allí hubiera una pared invisible; y con estos rayos husmeando entre las rocas, algunas piedras temblaban y se desplomaban; y luego había un movimiento ascendente en el rayo en dirección a la máquina, y detrás de ésta los lingotes plateados eran arrojados como huevos, mientras un fino polvo frío goteaba a un costado.

Gurlick se despertó rodeado por este espectáculo, parpadeando y mirando estúpidamente. Tardó unos minutos en darse cuenta de dónde estaba: en la parte superior de una columna de tierra de unos tres metros de diámetro y quizá nueve de altura. Alrededor de él, a unos cientos de metros, el terreno había sido excavado y... utilizado. En el borde de su pequeña meseta había una menuda caja en forma de cúpula que, ni bien le puso el ojo encima, se abrió con un estallido y le acercó un chato tazón con una sustancia caliente y viscosa. La levantó y la olió. La probó, se encogió de hombros, llevó el tazón a sus labios y vertió el contenido dentro de su boca con la palma de la mano. La calidez dentro de su estómago fue aliviadora, luego desconcertante, luego alarmante, por la forma en que crecía. Se puso las manos sobre la cintura y se sentó abruptamente, contemplando sus entumecidas y desobedientes piernas. Aturdido, alzó la vista a través del activo panorama y vio aproximársele un aparato zancudo con infinidad de patas articuladas y una caparazón similar a una tortuga de unos cuatro metros de diámetro. Se esparrancó sobre la columna de tierra que aprisionaba a Gurlick, como una especie de bailarina mecánica en puntas de pie, y el caparazón comenzó a descender sobre él y toda la elevación como un inmenso y lento despabilador. Ahora ya no podía

hablar ni permanecer más sentado; cayó hacia atrás y quedó allí tendido inerte, mirando hacia arriba y gritando en silencio...

Pero a medida que el aparato, con su parte inferior hormigueante con miembros más sinuosos y funcionales que los de un cangrejo bayoneta, lo fue cubriendo lentamente, se vio inundado de garantías y promesas de especial intensidad (especialmente ésta: hacer que se sintiera fuerte pero no consciente de serlo), y se encontró más cercano a la paz que lo que alguna vez hubiera estado. Se le informó que sería sometido a una sencilla operación, y que ésta era buena, oh, muy buena.

CAPITULO 14

¿Quién me ha enviado a Massoni, y a Massoni a mí, Guido? ¿Es que toda mi vida, todo este perdido, feliz, hambriento, fatigado, furioso, esperanzado dolor... está planeado para conducirme a Massoni y a Massoni a mí? ¿Quién ha curvado el sendero que él recorre, todos los lugares en donde ha estado y las cosas que ha hecho, para encontrar el mío y recorrerlo?

¿Por qué no es un policía como los otros policías, que comienzan con un crimen y siguen al criminal, avanzando hasta su arresto, en lugar de retroceder cada vez más hasta el día en que nació? Ha preguntado y preguntado, olfateando mis huellas ya frías desde aquí hasta Ancona y desde Ancona hasta Villafresca y desde allí cada vez más atrás hasta la casa del pastor de Corfú, Pansoni. No encontrará nada porque la casa ya no existe, Pansoni está muerto, las cabras sacrificadas, la huella fría. Pero, al no encontrar nada allí, ha brincado hacia atrás en el tiempo para encontrarme llegando aquí siendo un niño, y cada vez más atrás a través del orfanato, y por todas partes, hasta encontrarme silbando al salir de las ruinas producidas por el bombardeo, cerca de Anzio.

Quizá ya no necesita encontrar nada más de mí. Ha encontrado lo que antes nadie había sabido... ni siquiera yo mismo... el rastro que corre a lo largo de todo lo que he hecho. ¿Quién podría haber sabido que cortar el duro tubo negro que iba a la rueda del autobús, apretar las piernas del viejo contra el borde de la acera, arrojar los trapos con kerosene en la imprenta... eran todos... actos de... música?

Gimo y me encorvo al bajar por el oscuro lugar tras 1; pared por donde he subido, y caigo arañando los muros hasta el nivel del suelo. Presiono la madera terciada desprendida y me incorporo, sacudiéndome dolorosamente en la habitación. Estoy cubierto de sudor seco y suciedad; helado, hambriento, asustado. Cojeo hasta la puerta, comenzando a lloriquear de nuevo, ese suave y golpeteante staccato. Esto me asusta aún más. La puerta de hierro está candada. Me siento aún mucho más asustado. Sacudo la puerta y luego me alejo de ella y me arrojo de rodillas sobre la cama, mirando hacia arriba, a derecha, a izquierda, para ver qué hay tras de mí.

¿Qué puede estar tras de mí?

Miro bajo la cama. Está allí, la negra funda de cuero del estuche del violín. El violín está tras de mí.

Mátalo, entonces.

Pongo la mano bajo la cama, toco con la yema del pulgar la parte trasera, los dedos sobre el estuche, lo suficiente como para cogerlo, como si se fuera a poner caliente. Lo arrastro afuera. No está caliente. El sonido que produce, al rozar contra el desparejo suelo de concreto, es como el vocinglero eructo del agua al salir por un sumidero, y cuando se detiene escucho el débil tañido de las cuerdas.

Abro la cremallera metálica lateral. Una vez, escapando de alguien, me oculté en una bodega oscura; rodeé una pila de maderas caídas y retrocedí hasta un oscuro rincón; detrás de mí una rata chilló y saltó hacia mí, y mientras yo encogía la cabeza, me arañó en el hombro y el cuello y oí cómo sus colmillos amarillentos se entrecrocaban uno contra

el otro al chillar de nuevo: ¡chillido-chasquido! todo al unísono. Ahora, en el oscuro silencio la cremallera de la caja del violín hace el mismo chillido-chasquido, y siento el mismo ramalazo de terror. Me arrodillo laxo sobre la cama, espero que la tormenta de mi corazón deje de resonar en mis oídos.

No quiero ver este violín; con toda mi alma no quiero, y tal como alguien observa a un camión sin control arrollar a un perro en la calle, inerte y aterrorizado, me arrodillo allí y contemplo cómo mis manos levantan el estuche y lo colocan sobre la cama, abren los otros dos broches, levantan la tapa. Tripas de oveja, crines de caballo, ramitas y cerdas. Deslizo un dedo bajo el mástil, levanto el violín lo suficiente como para que la mitad descansa fuera del estuche, aparto los dedos y lo contemplo. No pesa nada. Resuena cuando lo levanto, como la distante apertura de una puerta. Miro las clavijas, y éstas conducen mis ojos desde la voluta del clavijero hacia abajo, hacia arriba, alrededor, nuevamente alrededor, haciéndolo girar aturdidamente, como buscando algo bajo la madera lustrada. Coloco las manos sobre mi rostro y permanezco arrodillado allí, temblando.

Guido se mueve como el viento nocturno... se dice Massoni para sí. Guido es algo natural, como un holocausto, como un huracán, y nadie sabe dónde golpeará de nuevo. Guido no teme a nada.

¿Entonces por qué agazaparse allí como un pájaro fascinado ante las fauces de una serpiente? El violín no morderá. El violín no es algo de temer. Está mudo ahora; es sólo cuando hace música que...

¿Es la música algo a temer?

Sí, oh sí.

La música es una presión interior, preparada y lista para explotar y llenar la habitación, llenar el mundo; pero dejen que una nota escape y ¡blain! la dura mano de Pansoni, el pastor de Corfú, magullará la música y la hará volver a la boca, o se desplomará dura sobre la nuca, de modo que uno caiga hacia adelante y quede tendido con la boca llena de arena y chispas de dolor danzando en las pupilas. Pansoni puede oír la música antes de que ésta nazca, alimentándose aún bajo el plexo solar; y te golpeará antes siquiera que una nota escape. Tienes seis años, siete, y cuidas las ovejas en las colinas rocosas, sólo con las piedras y el viento y el suave y sucio balido de oveja; te sientas en un risco y cantas todas las notas que él ha triturado en su choza, y el pastor llegará sin ruido y se deslizará por detrás de tí y te golpeará haciéndote rodar y deslizar por la ladera.

Y con el tiempo aprendes. Aprendes que canturrear es estar listo a recibir un duro bofetón, que silbar una nota es ser expulsado a la noche helada y acurrucarse allí hasta el día sin un mendrugo que comer. Sientes que la música surge dentro de tí y antes que pueda sonar su primera sílaba miras hacia arriba y sus brillantes ojos negros están sobre tí, esperando. De modo que... aprendes que esa música es miedo, es dolor... y dentro de tí. muy dentro de tí, lo comprendes, esperando hasta que eres alto como un hombre y casi tan fuerte como un hombre; la música es venganza, la música es enojo. Comprendes a Pansoni, comprendes porqué hace esas cosas. Pansoni sabe que la música es importante para tí... es decir, notable, y es por eso que Pansoni derriba cualquier cosa notable tan pronto como ésta aparece. Pansoni no se arriesgará a que en la vecindad corran rumores sobre un muchacho pastor que puede cantar el aria de cualquier ópera o silbar un concierto de violín entero después de oírlo una sola vez. Pansoni es un contrabandista. Pansoni y sus ovejas y su muchacho Guido pasan inadvertidos contra el trasfondo oscuro de las rocas y sombras de las colinas junto al mar, y él naturalmente extinguirá, en ese mapa teñido de música en el cual se acunó, el poderoso faro de melodía que guarda en el pecho y el cerebro de su andrajoso y golpeado Guido.

Nunca mires atrás, nunca mires atrás, ¡y maldito seas, Massoni, maldito seas, violín. por hacerme mirar atrás!

Quito las manos de mi rostro y contemplo el violín. No se ha movido ni ha hablado, ni se ha desplegado la voluta, ni las cuerdas se han soltado por sí solas, como si fueran tentáculos, para alcanzarme. Sólo uno de mis dedos lo ha levantado y puesto fuera, a mitad fuera de su lecho. Sólo es obediente, y... y hermoso...

Me pongo de pie. ¿Cuánto hace que estoy arrodillado allí? Las rodillas me duelen, tengo un pie dormido. Levanto el violín. No pesa nada. Mi mano se siente como en su casa sobre el mástil; la madera lustrada se me acomoda en la palma como parte de mi carne. La aprieto; es fuerte y firme, no tan frágil como pareciera ser.

Al apretarla la caja armónica se ha acercado a mí; la dejo venir y toca mi hombro, garganta, mejilla. Alguien ha conocido íntimamente la curva de mi mejilla y mandíbula izquierdas; giro la cabeza una fracción, levanto el diapasón una fracción, y mi mejilla y el ébano que descansa sobre ella son una misma cosa. Estoy de pie sosteniendo el violín así por largo tiempo, vencido por el azoramiento, tanto que allí ya no hay lugar para el miedo. Soy consciente de mi pecho, expandiéndose como para emitir una nota que se oiga por toda la tierra, mis pies se apartan y están listos para balancearme cuando con mi música ponga patas arriba al mundo. Es como una especie de vuelo; mi peso disminuye, mis fuerzas se incrementan.

Bajo el arco, el pulgar aquí, aquí el índice y los dedos del medio, el meñique recto y rígido y en ángulo apropiado para sostener todo el peso del arco. El codo arriba, el hombro un poco más abajo... allí: de modo que una tabla apoyada sobre el hombro, el codo, la muñeca, pueda sostener sobre ella un vaso de agua sin volcar una gota.

Estoy en equilibrio allí un largo tiempo, hasta que los músculos del hombro y la espalda me comienzan a doler. Sé que este es el dolor de la fatiga y no el de la tensión, y extrañamente para mí, este conocimiento es una gloria.

Bajo el arco, bajo el violín, estoy de pie con uno en cada mano, mirándolos. No he hecho ningún sonido con ellos, pero lo haré. Una puerta se ha abierto y la música ha penetrado. Una puerta se ha abierto y dejó salir el miedo. No necesito tocar ni una nota con este instrumento para descubrir si a pesar de todo la mano muerta de Pansoni me golpeará. Si toco una nota para estar seguro, entonces, no estaría seguro; le tendría miedo todavía. He obtenido esa libertad: no necesito ponerla a prueba.

Massoni me ha dado una lección, Massoni me ha dado la libertad. Ahora siento gratitud por Massoni y le haré este servicio: debido a que la prevención de mis crímenes y la interrupción de mi terror por algo musical se deben en primer lugar a él (¿no es acaso un policía pensante primero, y sólo un violinista en segundo lugar?), le permitiré que me dé también su violín. Gracias, Massoni: gracias; es un cambio prodigioso el que has producido en Guido.

Encuentro un duro y afilado cuchillo entre las cosas de Massoni, y una pieza de alambre de acero, y al poco tiempo —más tiempo que el que usualmente me llevaba, pero ahora no soy lo que era— consigo abrir la puerta.

Coloco el violín en su estuche y éste bajo mi vieja trinchera, y dejo atrás a Massoni y a todas las cosas que él ha traído a mi vida. Por este violín, este borbotón de música que hierve dentro de mí, he cambiado todas las otras cosas que he sido y hecho.

Mataré a cualquiera que intente apartarlo de mí.

CAPITULO 15

La espora, la "pasa de uva" que Gurlick había comido, había sido la vida o su sustituto. Había atravesado el espacio física, materialmente, y sus funciones y capacidades habían terminado con su invasión de Gurlick. Pero la transferencia de la esencia de la vida de la Medusa a toda la humanidad era algo que ninguna máquina construida en la Tierra —aún construida en la tierra por otros— podía lograr. Sólo la vida puede transmitir vida. Una

diminuta alteración, sin embargo —un ajuste de isótopos de ciertos elementos en las glándulas de secreción interna de Gurlick—, podría integrar a la humanidad en el cuerpo de la Medusa. Las máquinas ahora en funcionamiento restablecerían efectivamente (la Medusa aún actuaba sin vacilaciones en la convicción de que se trataba de un restablecimiento) la unidad del género humano, su mente colmenar, de modo que cada "persona" pudiera alcanzar, y ser alcanzada por, todas las personas; pero la fusión con la Medusa sería la faena especial de Gurlick, y ocurriría en el instante en que su simiente se uniera con el óvulo de una hembra humana. En cuanto la máquina se cerró lentamente sobre él, sus insensibles miembros ya realizaban la primera de un centenar de delicadas manipulaciones, explorando su sueño y felicitándolo por él, y suministrándole detalles y una profundidad que su pobreza creativa nunca antes había hecho posible darle, de modo que lo vivió con más realismo que la realidad misma, desde el momento del acercamiento (con un grado de anticipación que podría haberlo destrozado de haberlo sentido antes) hasta el momento de la consumación, tan violenta que estremecieron la tierra y lanzaron al mismo cielo vibraciones con ondas de delicioso color. Y aún más: pues estas invenciones táctiles no tenían limitación humana, podían proceder de nuevo, y aún más todavía, sin la fatiga ni la monotonía de la familiaridad, ya fuera a través de todo el episodio o de una fracción pequeña de él, fuera la excitación de ver las ropas (negro satinado y grana, la revuelta escarcha de encaje blanco) o el climax demoledor, desfalleciente. También estaba presente, siempre, la promesa informal de que cualquier conquista de Gurlick alcanzaría esa cima, o más alta aún; se le dejó revolcarse en su sueño porque él lo amaba, pero también se le hizo comprender que ése era sólo uno de tantos, el símbolo de cualquiera, la cualidad de todos.

De modo que, mientras aquello construía sus máquinas para fusionar ("de nuevo") la psiquis dispersa de la humanidad, la Medusa tenía a Gurlick en —óptimo— estado y... preparado.

CAPITULO 16

El guerrero Mbala atrapó a su ladrón quizás una hora después de haber quedado dormido acurrucado bajo la negra oscuridad del tragacanto que cercaba su sembradío de ñames. Su assegai había caído cruzado sobre sus piernas, y él estaba inmerso en ese sopor vulnerable de miedo y fatiga, de modo que quizá fue la sombra de su padre, vigilando sobre el sembradío de ñames, la que realizó la captura, O ese poderoso fantasma llamado Justicia. Cualquiera que hubiese sido el instrumento, el ladrón salía del sembradío en medio de la impenetrable oscuridad, pasando tan cerca del guerrero dormido que su pie se deslizó bajo el mango del assegai de Mbala. Su otro pie pasó raspando el extremo del assegai, en tanto el primero se levantaba del suelo y enganchaba la lanza con el peine. El ladrón cayó de boca y su assegai le saltó de la mano y con gran entusiasmo golpeó seca y dolorosamente a Mbala en el puente de la nariz.

Los dos hombres chillaron de terror al unísono, y luego el entrenamiento dictó el resultado. El ladrón, que durante muchos años no había vivido sino de los bienes de los otros, y esto a intervalos irregulares, gateó y patinó y volvió a caer. Mbala, cuyos reflejos siempre colocaban la acción antes de la conjetura, se levantó emergiendo de un sueño sonoro y permaneciendo inmerso en la nebulosa remanente, mezcla de estupidez y arrojo, lanzó un aterrador chillido de batalla y hundió su assegai en la espalda de su enemigo postrado antes de estar plenamente consciente. El hombre caído aulló de agonía, pero fue un aullido erróneo, tanto como el impacto erróneo efectuado por las entrenadas manos de Mbala. En apariencia, había allí la suficiente estupidez —en ese instante ciego— como para hacer que Mbala cogiera su arma tal como se encontraba en

el suelo, de modo que no fue la ancha y larga hoja la que se estrelló entre los hombros del ladrón, sino el extremo romo del mango.

—¡Mbala! ¡Mbala! ¡No me mates! ¡Soy tu hermano, Mbala!

Mbala, en el momento de hacer girar su arma de extremo a extremo y entrar en materia, se detuvo y volvió a bajar la punta. Su prisionero, intentando ponerse de pie, volvió a caer.

—¡Nuyu!

—Sí, Nuyu, tu propio hermano, tu propio y querido hermano. ¡Déjame incorporarme, Mbala! ¡Yo no te he hecho nada!

—Estoy de pie sobre una bolsa de ñames —gruñó Mbala—. Morirás por esto, Nuyu.

—¡No! ¡No puedes hacerlo! ¡Soy el hijo del hermano de tu padre! ¡Tu padre quiere perdonarme! —gritó Nuyu—.

¿Acaso no hizo dar vuelta el lado malo de la lanza cuando has golpeado primero? Bueno, ¿acaso no lo hizo? —insistió Nuyu cuando Mbala pareció vacilar.

—Mi padre se ha ido de aquí —le hicieron decir a Mbala su furia y desesperación.

De pronto se movió usando su lanza como pértiga y saltando literalmente desde su lugar junto al hombre caído, se colocó a horcajadas sobre él, de cara a sus pies, manteniéndolo inmóvil contra el suelo, con los talones sobre la parte carnosa de las axilas. Todo fue hecho con sorprendente precisión en medio de la más absoluta oscuridad. En el momento en que el peso del guerrero estaba sobre la lanza y rotando, Nuyu lanzó un corto chillido penetrante pensando que había llegado su último momento. Y cuando los talones duros como rocas apesaban sus axilas gruñó, arqueó la espalda y comenzó a agitar las piernas.

—¡Tío! ¡Tío! ¡Tío!

Mbala hizo girar por último su lanza.

—Quédate quieto —dijo con irritación—. Sabes que no puedo ver.

—¡Tí-í-o!

—Ahora puedes llamarlo. Ahora temes al demonio. ¿Ahora crees, eh, ladrón? —se mofó Mbala.

Tocándolo apenas, hizo correr la aguzada punta de su arma sobre los riñones del hombre, apenas lo suficiente para rasparle la piel. Nuyu berreó abominablemente y comenzó a gemir.

—Tío, tío... —sollozó y luego abruptamente se quedó silencioso e inmóvil.

Mbala conocía ese truco y estaba preparado, pero cuando comenzó a ver que su sombra se alargaba, moviéndose sobre los arbustos y perdiéndose entre los espinos, olvidó toda trampa.

—Tío... —gimió Nuyu... había una nueva nota en su llanto; ¿esperanza, quizá? ¿Algo más?

Nuyu yacía con su cabeza hacia el sembradío de ñames, Mbala de pie en dirección inversa. El sembradío estaba burdamente cercado con cañas espaciadas al azar. Un espeso anillo de arbustos lo bordeaban por detrás de los espinos. Casi exactamente en el medio de los cuatro puntos del compás se erguían las cuatro monolíticas proas de la nave. El monte sobre el que se encontraba el sembradío debió haber sido en un tiempo casi de roca cónica, antes de que algún cataclismo olvidado lo partiera exactamente en dos, noreste y sudoeste, y otra vez en dos, noroeste y sudoeste. La sedimentación y la erosión habían ampliado las gargantas transversales hasta que tomaron la forma que el finado padre de Mbala había encontrado. En lengua nativa el lugar era llamado la Boca del Gigante, y se decía que un grito humano emitido desde el centro del sembradío podía ser oído a un día de viaje en cualquier dirección.

—Tío, oh, tío —sollozaba Nuyu, con una pasión en la voz que hizo que Mbala se inclinara con curiosidad para verlo mejor. Arqueaba la cabeza hacia atrás en un ángulo

casi imposible y sus ojos estaban dilatados en sus cuencas. Su rostro oscuro tenía un color... plateado.

Mbala brincó alejándose de él, casi girando en el aire. Se acurrucó en cuclillas, contemplando el balón plateado que flotaba descendiendo del cielo. Se detuvo a unos tres metros sobre el centro del sembradío de ñames y allí quedó inmóvil.

Nuyu emitió un sonido inarticulado. Mbala le echó un vistazo y, sin comprender porque, sin intentar hacerlo, se agachó y ayudó al otro hombre a incorporarse sobre sus pies. Se quedaron juntos allí, mirando.

—Como una luna —murmuró Mbala. Recorrió con los ojos el paisaje plateado y luego retornó al objeto. Poseía una radiación brillante y estable, que fantásticamente no dejaba imágenes sobrepuestas en la retina.

—El vino —dijo el ladrón—. Lo llamé y él vino.

—Puede ser un demonio.

—¿Dudas de tu propio padre?

—Padre... —dijo Mbala. Y la esfera se depositó en el centro del sembradío de ñames. Luego se abrió.

Había puertas en derredor del objeto, todas basculando sobre sus bordes superiores, de modo que al estar abiertas formaban una especie de marquesina que rodeaba a la esfera. Un rayo de luz se ramificó hacia el norte, pero no era como la luz que Mbala había visto siempre. Era de color malva con destellos de verde, y no obstante aclararse el aire y las paredes de las gargantas estar brillantemente iluminadas por la esfera, era imposible ver a través del rayo. No sólo eso, sino que no se desvanecía o expandía desde su fuente, ya que terminaba en forma tan cortante así incidiera sobre una pared, como si no lo hiciera. Ese curioso extremo cuadrado del rayo de luz avanzó desde la nave hasta alcanzar el margen de los arbustos, y se introdujo entre ellos. Hubo un sonido como el del agua corriendo en los rápidos, siseante, agitado, crepitante. Luego pareció que algo se movía retrocediendo por el rayo de luz hacia la nave, pero no se podía estar seguro.

La luz avanzó lentamente a través de los arbustos hasta el límite de los árboles espino del entorno y se detuvo. No, no se detuvo. Fue segándolos a medida que se movía con lentitud, y el extremo cuadrado se ajustaba a sí mismo a los límites y repliegues de los espinos.

Por donde pasaba, los arbustos desaparecían, y lo que había sido suelo desnudo quedaba espolvoreado con una sustancia blanca que no se parecía a nada de lo que ellos hubieran visto antes. Después de unos pocos minutos cambió y el suelo pareció mojado.

—¿Puedes dudar ahora? —murmuró Nuyu—. ¿Quién sino tu padre hubiera limpiado tus tierras?

Permanecieron allí reverentes, contemplando cómo la esfera limpiaba las tierras. Cuando pareció razonable largarse, retrocedieron hasta los espinos y se escabulleron a través de éstos. Si la esfera y su rayo advirtieron su presencia o su ida, no hicieron ningún signo. Continuaron recolectando y procesando tragacanto, un arbusto con gran afinidad con el selenio. Cuando obtuvieron todo lo que podían cargar, la esfera se cerró, tomó una fotografía del lugar y se lanzó a los cielos, y a unos tres mil metros conectó sus sensores, localizó otro sembradío de arbustos en el norte, y se lanzó en persecución de lo único que debía preocuparlo: el selenio del tragacanto.

Mbala y Nuyu se arrastraron cautelosamente fuera de las nuevas tierras y miraron alrededor de sí bajo la pálida luz del amanecer. Nuyu tocó el suelo con una mano. Estaba húmedo y frío. Vio un poco del material blanco en un agujero y lo levantó. Desapareció en su palma dejando unas gotas de agua. Gruñó y se limpió la mano en su faldín. ¿Podría haber algún otro milagro como éste?

Mbala aún contemplaba el cielo.

—¿Me matarás? —preguntó Nuyu.

Mbala apartó su mirada de las estrellas que desaparecían y la llevó a la cara de Nuyu. La contempló un largo rato, y todo lo que Nuyu pudo ver es que no hubo ningún cambio de expresión en Mbala; lo contemplaba como si fuera alguna de las distantes estrellas.

—Perdí a mi padre —dijo por último— porque él dejó que me robaran los ñames. De modo que no creo. Pero tú crees y él te ha salvado, y volvió. No te mataré, Nuyu.

—He muerto —exhaló Nuyu—. Nuyu el incrédulo ha muerto cuando vio a tu padre. — Se inclinó y levantó la bolsa de ñames y la extendió a Mbala.

—Nuyu el ladrón ha muerto —dijo Mbala—. Los ñames son tuyos y míos, siempre lo serán y siempre lo fueron. No ha habido ladrón, entonces, Nuyu.

Retornaron al kraal a contar a las mujeres que a partir de mañana habría mucho trabajo por hacer. Y cuando Nuyu pasó junto al doctor brujo, el viejo estiró un brazo a ciegas y tocó el faldín de Nuyu. Luego el doctor brujo llevó la mano con lo que lo había tocado al encuentro de la otra, y las apretó contra el pecho. Lo que tomó de Nuyu podría haberlo obtenido de su mera presencia. El sabía eso, sin embargo tocó el faldín. El toque era un símbolo que el viejo necesitaba, de modo que lo cogió y atesoró.

—Tu demonio ha muerto, entonces —dijo a Mbala.

Y entonces Mbala y Nuyu se sonrieron uno al otro, el devoto y el convertido, contentos y enriquecidos por la fe, y llenos de asombro.

CAPITULO 17

Gurlick yacía encapuchado e ignorante, pasivo bajo las manipulaciones submicroscópicas de la máquina que lo convertía en un miembro especial de la Medusa a través de su simiente. De modo que no observó el cambio de las poderosas operaciones a su alrededor, cuando los mineros ponedores de huevos que se deslizaban como caracoles se retraían y oscurecían sus trompas luminosas, se desarmaban pulcramente para incorporar sus sustancias a otras máquinas, más necesarias, y éstas a su vez completaban sus faenas especiales y se segmentaban y dispersaban para otras que aún las necesitaban, hasta que por último sólo permanecieron las de cuello largo, rodado de oruga, cabezas con trompetas, y cantidad suficiente de esferas plateadas como para transportar varios millares de ellas a sus destinos, cuidadosamente escogidos. No se tomaron precauciones para un fracaso porque no había fracaso posible. La naturaleza del electroencefalógrafo y de sus trazos mostraba con claridad a la ciencia trascendental de la Medusa qué era de lo que carecía la mente promedio y le impedía convertirse en una mente comunal. La red sería relativamente fácil de arrojar y de recoger, pues la Medusa había encontrado la potente base de una mentalidad colmenar viva y esperando, mostrándose dondequiera los humanos se movían ciegamente tras los pasos de otros humanos, simplemente porque otros humanos se movían así; dondequiera que amigos separados por distancias se sentaban impulsivamente a escribirse cartas simultáneas, dondequiera hombres agrupados (en monopolios, comisiones, plebe y naciones) dividían su inteligencia por el número de los agrupados y dejaban que ese coeficiente increíble guiara sus acciones. La posible o probable naturaleza de una colmena humana, una vez (re) establecida era una cuestión raramente explorada, porque raramente tenía importancia. Una vez unida, la humanidad se acoplaría con la Medusa, porque la Medusa siempre (no casi siempre, ni "virtualmente en todos los casos", sino siempre) invadía las colmenas que tocaba.

De modo que el área de fabricación fue silenciando, y las esferas insonoras volaron sobre la zona del depósito y recogieron su grupo de proyectores de cuello largo, se alejaron de allí con ellos, dispersándose por todos los rincones de la tierra, prestos a colocar los proyectores en cualquier sitio donde sus emanaciones (en parte sonoras, en parte de otro tipo) pudieran alcanzar a grandes masas humanas. No podían alcanzar a

todos los humanos, pero sí a la mayoría, y la colmena ya establecida atraería entonces a los restantes. Ningún humano escaparía, ninguno podría hacerlo; ninguno querría hacerlo. Luego, en alguna parte de esta entidad perfecta, indivisible y multi-experta, Gurlick plantaría una diminuta partícula de sí mismo, y en el momento de fusión entre aquella y un óvulo viviente, la Medusa se extendería como una cristalización a través de una solución sobresaturada.

CAPITULO 18

Brevix estaba acurrucada en la parte seca del lecho pedregoso de una corriente de agua, muñéndose. Era la segunda noche y no había llegado al mar o una ciudad o visto a alguien. Billy le había contado que las personas perdidas sólo tenían que encontrar un río y seguir su corriente para salvarse, ya que todos los ríos fluyen hacia el mar y siempre hay una ciudad o personas allí. Ella comenzó a seguir la corriente tan pronto como estuvo clara aquella primera mañana. Nunca se le ocurrió quedarse donde estaba hasta escuchar el ruido de algún coche, ya que sin duda estaba aún muy cerca de la ruta, y un coche no podía tardar en venir en cualquier momento. No pensó que si caminaba por el lecho de la corriente una hora y ésta no la conducía a la carretera, debía por lo tanto estar alejándose de ella.

Después de todo, sólo tenía cuatro años.

Hacia las diez de la mañana ya sentía hambre, y al mediodía la sensación era casi horrible. Lloriqueó y se detuvo durante un rato a llorar a los gritos, pero después de un tiempo se incorporó y continuó avanzando. El océano no podía estar muy lejos si una persona caminaba tanto como ella lo había hecho. (Aún faltaban unas doscientas millas, pero ella no podía saberlo.) A la tarde durmió un rato, y cuando despertó encontró algunas frambuesas silvestres en un arbusto.

Se comió todas las que pudo encontrar hasta que la picó una avispa de pintas amarillas y se alejó corriendo y gritando. Volvió a encontrar su pequeño curso de agua y se mantuvo caminando junto a él hasta que oscureció.

Ahora era muy tarde y ella se estaba muriendo. Se sentía mejor que lo que había estado, ya que no sentía nada de nada, excepto hambre. El hambre no había disminuido con las otras sensaciones, pero tenía la virtud de cubrirlas. Miedo y frío y hasta soledad eran inadvertibles ante la presencia del deslumbrante hambre, tal como las estrellas a mediodía. Debido a la excitación de empacar y a los dos días de viaje, ella había comido poco, bastante menos de lo que acostumbraban a hacerlo los niños de cuatro años, lo que es decir muy poco.

Eran pasadas las doce de la noche, y su sueño perturbado se había hecho más largo debido a la oscuridad y a una condición física más que peligrosa. Los miembros acalambrados ya no le hormigueaban y el aire helado no le provocaba más escalofríos. Dormía acurrucada, con la espalda y un costado contra un hueco en la roca. Más tarde, debió haberse resbalado, posiblemente demasiado débil para moverse otra vez, salvo por algunos débiles temblores. Sin embargo...

Oyó un sonido y levantó la cabeza. Vio algo que primero identificó con un árbol con adornos de Navidad, un balón plateado con chucherías colgando debajo, suspendido en el aire a unas pocas pulgadas de su rostro. Parpadeó y decidió que aquello era algo mucho más grande, mucho más alejado, que descendía del cielo de la noche. Escuchó un aullido gruñón. Miró un poco más alto y fue capaz de identificar las luces pasajeras de un pequeño aeroplano bajando vertiginosamente desde los altos cúmulos.

Sharon se incorporó, sujetándose de la pared de roca para no caerse, mientras su sangre congelada comenzaba a circular. Vio al balón aterrizar sobre campo despejado en la cumbre de una loma que se hallaba a unas tres millas. Vio al aeroplano estrellarse en

un punto ciego cuando aún estaba a unos cien metros sobre el suelo, y luego aeroplano, balón y carga se convirtieron en una confusa y flamígera ruina sobre la colina. Contempló las llamas hasta que se extinguieron, y luego volvió a acostarse para terminar su propio agonizar.

CAPITULO 19

Sólo otra proliferación de platillos avistados, pensaron los pocos observadores y los receptores de sus observaciones, en los breves minutos que les dejaron para pensar como siempre habían pensado. Algunos de los militares tuvieron, en esos minutos, una perplejidad angustiante. Cualquier objeto rastreado a la velocidad que indicaban los radares debía, con pequeñas variaciones, aparecer de algún lado a lo largo de un curso extrapolado; a mayor velocidad, extrapolación más sutil. Los pocos registros hechos del titilar y relampaguear de estos objetos producían cursos de vuelo en los cuales los objetos simplemente no aparecían. Era evidentemente imposible que frenaran su marcha y cayeran directamente en su punto de destino a esas velocidades; pese a todo lo hacían, y antes de que los teóricos pudieran modificar su redefinición de "imposible", ellos y sus colaboradores, colegas, conocidos, convecinos, herederos y beneficiarios fueron relevados de la necesidad de calcular. Sucedió muy rápidamente: en un instante una masa heterogénea de aglutinados seres comunicados; al siguiente, el fin de esa torre de Babel.

Henry, de cinco años de edad, dormía de espaldas, como de costumbre, boca arriba, los brazos rígidos, los puños cerrados y apretados bajo las nalgas, y los tobillos juntos. Tenía una pesadilla, insonora: se hallaba rodeado de padres sonrientes y amables, algunos de los cuales llevaban como máscaras los rostros de chicos de su clase, de tenderos, y perritos vagabundos, pero en realidad sólo eran padres sonrientes, disfrazados y gentiles y a punto de explotar en su rostro; y entre él y todos los padres había una diosa amorosa con suaves manos llenas de los prohibidos palillos de caramelo y bocadillos de budín con mantequilla de cacahuete, quien los entregaba a hurtadillas a los niños cuando éstos eran enviados a la cama sin cenar por ser pequeños cobardes; esa diosa estaba allí para cuidarlo y protegerlo, pero cuando llegaba la explosión, con este suspiro o el siguiente después de éste, los cachorros y los niños y tenderos y padres correrían hacia él bruscamente, como si la diosa no estuviera allí para nada; y mientras le hacían lo que le hacían, ella estaría aún allí, sonriendo y dispuesta con los prohibidos palillos de caramelo, sin saber lo que los padres le estaban haciendo... Y el fondo de esta pesadilla estaba teñido con el color de la desesperanza, la absoluta certeza de que despertar de ella sería emerger dentro de ella; y el sueño y el mundo eran uno ahora, fusionados e idénticos.

CAPITULO 20

Estas eran personas, estas son anécdotas que residen en sus distintos elementos de lo extraordinario. Pero cada hombre vive como tal cada historia, única para sí mismo, que está en su interior y es moldeada por las fuerzas que lo rodean, y en su interpretación de esas fuerzas. Aquí un hombre considera a una máquina como Dios, y allí un hombre considera a Dios como un argumento; y otro utilízalos argumentos de los hombres como si fueran una herramienta, una máquina propia. A pesar de toda su habilidad para trabajar de acuerdo con sus amigos e inducir alguna simpatía en sus vibraciones, un hombre permanece aislado; nadie conoce exactamente lo que el otro siente. En el mismo climax

de sensación, un hombre se aproxima inconsciente... ¿inconsciente de qué? ¿Por qué de todos los que lo rodean, pero nunca de sí mismo?

Estas eran personas, estas son anécdotas de la noche en que acabó el mundo; esa noche en que la gente del mundo tenía sus propios pensamientos y vivía su vida y de cuánto, cuánto estaba equivocada al pensar que el mañana era la parte delantera del hoy, el ayer la posterior, y que la forma de avanzar era avanzar hacia adelante.

Esa era la noche, y en el mismo momento, cuando Paul Sanders se levantó del sofá, alzó a Charlotte Dunsay en sus brazos y dijo:

—Bien, si no es ahora no será nunca...

Cuando el joven Guido deambulaba en una pre-amanecida Roma, los huesos doloridos por la música y un milagro bajo el brazo, esperando el ardiente alcance de su inmovible talento. Ningún amante, ningún avaro, ningún acólito sobre la tierra amaba al dinero o a una mujer más de lo que Guido amaba a ese violín; ninguna loba parturienta o búfalo de la India herido estaban tan alertas de un posible enemigo...

Cuando los primos Mbala y Nuyu, el negligente redimido y el convertido, entraban en un nuevo y glorioso día de fe y de muchos ñames...

Cuando Henry, que tenía cinco años, yacía ahogadamente en su cama y lloriqueaba a través de un sueño lleno de sonrientes crueldades en un lugar como todos los otros lugares para él, donde era despreciado...

Cuando la obediente alarma del despertador de Prudencia Carmichael precedió al amanecer y ella se levantó con su tenue camisón de algodón y estuvo dispuesta, los ojos ausentes, a tomar su ducha de la mañana...

Cuando Sharon Brevix entró en el polvoriento y oscuro segundo día de estar perdida sin refugio ni comida...

Sólo motas entre millones, destacadas por lo que tienen de destacables, diferentes sólo en la medida en que cada una de ellas es diferente de, o diferente a, un espectro de cualidades que poseen unas dos o tres mil millones de eras de vida bajo este sol.

CAPITULO 21

Se quedó inmóvil con la chica en sus brazos, a punto de depositarla sobre el sofá; y luego, sin un sobresalto, sin una palabra de asombro, Paul Sanders la puso de pie y sostuvo con brazo firme alrededor de sus hombros, hasta que se le despejó la cabeza y pudo estar de pie sola.

No había nada que decir porque no había en ese momento nada que decir. En una fracción de segundo hubo una orientación de carácter trascendente... nada rústico como la mutua lectura de mentes, sino un instantáneo y penetrante reconocimiento de relaciones: yo contigo, nosotros con el resto del mundo; la esencia de una apremiante decisión final, y la clara necesidad de actuar de inmediato y específicamente. Juntos, Paul Sanders y Charlotte Dunsay abandonaron el apartamento. El vestíbulo estaba lleno de personas en distintas etapas de vestir... todas moviéndose en silencio, con resolución. Ninguna de ellas prestó la más mínima atención a Charlotte, vestida con su camisón transparente.

Caminaron hasta la puerta del ascensor. Ella se detuvo allí junto con media docena de personas, él abrió la puerta que conducía a las escaleras de incendio y las subió brincando los escalones de dos en dos. Emergió en el techo, fue hasta la cabina que protegía el motor y los cables del ascensor, arrancó el débil candado con un movimiento sencillo, abrió la puerta y entró. Nunca en su vida había estado allí antes; no obstante, sin ninguna vacilación, giró ala izquierda y levantó una palanca de un metro y medio de largo tirada sobre el enrejado, y corrió con ella hacia las escaleras de incendio.

Sin echar siquiera un vistazo a los números de los pisos, dejó las escaleras en el cuarto, cogió a la izquierda y corrió por el pasillo. La última puerta a la derecha se abrió cuando llegó a ella; no miró a la anciana que le había abierto, ni ella le habló. Atravesó velozmente un vestíbulo, una sala de estar y un dormitorio, abrió la ventana del extremo derecho y trepó por ella, saliendo.

Había una angosta cornisa en la cual apenas pudo mantener el equilibrio y llevar además la pesada barra, sin embargo logró hacerlo. El principal enemigo de un hombre en equilibrio es el veneno del miedo que impregna su ser: ¡Voy a caer! ¡Voy a caer!..., pero Paul no sintió ningún temor. Deslizó los pies lateralmente en una rápida sucesión de movimientos de unos cinco centímetros, hasta que alcanzó el gran perno de ojo del cual pendía, hacia afuera y abajo, la enorme cadena que sostenía un extremo de la maciza marquesina del cine. Allí giró de costado y se puso en cuclillas, pasó la barra sobre su hombro y, haciéndola descender, metió la punta a través del cuarto eslabón de la cadena. Luego, esperó.

La calle, abajo —lo que podía ver de ella—, parecía a primera vista estar normalmente concurrida, con el número de gente que se podía esperar encontrar a esa hora en un sábado a la noche. Pero podía notarse que nadie paseaba... todos caminaban enérgicamente y con determinación; una o dos personas corrían, de una forma que indicaba que corrían hacia y no desde alguna parte. Vio a Charlotte Dunsay cruzar la calle, caminando con los pies descalzos y entrando en un salón donde se exponían máquinas computadoras. Aunque el lugar estaba cerrado desde el mediodía, ahora estaba abierto e iluminado, y lleno de gente trabajando silenciosa y rápidamente.

Se escuchó un sonido, y algo más que un sonido, un ulular profundo y penetrante que al principio parecía generarse por el aire y bajo la tierra, sin fuente precisa. Pero a medida que se hacía más fuerte, Paul lo escuchó más hacia la izquierda, y, finalmente, se hizo notable en la esquina del edificio. Fuera lo que fuese lo que producía el sonido, éste se arrastraba lentamente por la calle para coger su lugar en la intersección, una de las más importantes, donde se cruzaban tres avenidas. Pacientemente, Paul Sanders esperó.

CAPITULO 22

Sin un ruido, Henry despertó de su pesadilla insonora. Se deslizó fuera de la cama y salió trotando de su habitación, pasando frente a la puerta abierta de la de sus padres... estaban despiertos, pero él no dijo nada, y si ellos lo vieron tampoco dijeron nada. Henry descendió blandamente las escaleras y se internó en la noche cálida. Giró hacia el centro y con un trote perruno corrió tres calles hacia el sur, una al oeste y dos al sur. Pudo o no pudo haber notado que aunque los semáforos aún funcionaban, ya nadie los obedecía, ni siquiera él mismo. Inexplicablemente, los coches y los peatones regulaban sus cursos y velocidades y los mantenían, despreocupándose de las esquinas ciegas, pasando y volviendo a pasar sin ningún incidente ni mayor esfuerzo aparente.

Henry era consciente desde hacía algún tiempo de todo lo que ocurría, especialmente de la sirena subsónica y del rápido incremento de volumen a medida que avanzaba. Cuando llegó a la intersección mayor, vio la fuente del sonido en la misma calle por la que corría, pero pasando la esquina donde se alzaba el cine. Era una pesada máquina parecida a un tanque, coronada por un largo cuello flexible, en cuyo extremo había cuatro trompetas, como megáfonos o altavoces, que emitían sonido. El cuello serpenteaba de un lado para otro, inclinando las trompetas y cambiando su dirección con un elaborado movimiento repetitivo, que tenía el efecto de agregar al sonido un lento y perturbador vibrato.

Henry se lanzó a través de la calle y pasó bajo la marquesina de la calle lateral. Se topó con el artefacto justo cuando éste estaba a punto de entrar en la intersección. Sin

detener su carrera, Henry giró y se zambulló directamente en el pequeño espacio que había entre el eje de tracción de la parte inferior de la máquina y su rodado de oruga. Su sangre salió a borbotones y el eje patinó un momento en ella; el otro rodado, aún girando, provocó que la máquina se desviara repentinamente y tropezara con la acera, montándose en ella bajo la marquesina.

Paul Sanders, en el preciso instante en que el niño saltó, y antes de que la pequeña cabeza y las manos entraran en la transmisión de la máquina, se asomó inclinándose y enganchó con fuerza la punta de cincel de su palanca en el cuarto eslabón de la cadena. Al arrojarle haciendo fuerza hacia afuera, su empujón hizo que la barra diera una vuelta a la cadena y, con el descenso de su peso sobre ella, hizo que la cadena realizara una torcedura prodigiosa. El perno se desprendió de la pared del edificio con un chillido, la punta de la marquesina se aflojó y entonces, cuando el peso de la cadena cayó sobre ella, unida al cuerpo musculoso de Paul Sanders, se desprendió por completo y cayó pesadamente sobre la máquina. En una confusión de ladrillos sueltos, planchas de hojalata, letras de cartel cinematográfico y vigas, la máquina se esforzó pesadamente, resbalando y rechinando sobre el pavimento. Pero no pudo liberarse. Su largo cuello y la cabeza de cuatro trompetas se sacudió y golpeó contra la calle por un momento, luego el profundo bramido menguó y se desvaneció, y la cabeza cayó pesadamente y se quedó inmóvil.

Cuatro hombres corrieron hacia los destrozos, dos de ellos empujando una carreta que llevaba un equipo de oxiacetileno. Uno de los hombres se puso de inmediato a trabajar efectuando mediciones con un nivel, un micrómetro y calibres. Dos más hicieron funcionar el soplete en breves segundos y se pusieron a la tarea de buscar una porción de la máquina que pudiera ser recortada. El cuarto hombre, con escoplos abrasivos y un cortafrío, empezó a investigar el modo de desmantelar el artefacto.

En tanto, en un silencio sobrenatural y con una determinación inquebrantable, la gente pasaba y volvía a pasar, a pie o en coches, ocupada en sus asuntos. No se acumuló ninguna muchedumbre. ¿Por qué habría de hacerlo? Todos sabían.

Toda la población de la aldea estaba allí, encabezada por Mbala y Nuyu, seguidos por el doctor, a menos de doscientos metros del sembradío de ñames, cuando el artefacto descendió desde el cielo. Era la plena luz del día, de manera que faltaba el efecto fantasmal de la luna; pero la forma del proyector, sostenido por cadenas invisibles desde la esfera, era lo suficientemente impropio como para provocar un grito sofocado de asombro y miedo en los aldeanos. Mbala se detuvo, hizo una reverencia y llamó a su padre por su nombre, y todo el pueblo siguió su ejemplo.

La esfera cayó rápidamente sobre el sembradío de ñames que, de acuerdo con la fotografía tomada por el minero de selenio, parecía la posición ideal para colocar un proyector y enviar sus ondas dominantes y mesméricas.

La esfera dejó su carga y ascendió nuevamente, sin pausa, veloz como un balón que rebota. El proyector comenzó con su bajo ulular ondulante que se extendió con el eco por las hendeduras de la gran garganta de roca, cayendo sobre los aldeanos y silenciando sus cantos como si los hubiera absorbido.

Hubo un momento —apenas unos segundos— de helada inactividad, y luego la mitad de los guerreros giró como si fueran uno solo y se hundieron en la jungla. El resto, junto con las mujeres y niños, se agruparon, unos cuatrocientos de ellos, y se desparramaron velozmente por la cuesta hacia el sembradío de ñames. Nadie dijo una palabra ni emitió ningún sonido; pero cuando inundó el espacio entre dos de las agujas de piedra, la mitad de la gente corrió hacia el claro, por su borde, mientras la otra mitad se ponía en cuclillas en donde estaba, bloqueando el paso de lado a lado. Los que corrían alcanzaron la abertura norte, la llenaron, y se pusieron en cuclillas allí, silenciosos y expectantes.

Directamente enfrente del primer grupo, en la abertura oeste, hubo un movimiento, y aparecieron una, dos, una docena, una centena de cabezas, aproximándose resuelta y

tranquilamente. Eran los ngubwe, aldeanos vecinos con los cuales había una tradición, ahora sin vigencia, de raptos de esposas y guerras que databa de los días más antiguos. La gente de Mbala y los gubwe, a pesar de estar siempre pendientes los unos de los otros, se conformaban con respetar mutuamente sus propiedades y cultivar sus tierras, y durante los últimos treinta años, más o menos, había habido suficiente lugar para todos.

Ahora, tres de las salidas de la planicie rodeada de rocas estaban atestadas de silenciosos nativos en cucullas. Hasta los bebés estaban en silencio. Durante casi una hora no hubo otro sonido que el penetrante y perturbador aullido del proyector, ni movimientos, salvo la compleja e hipnótica pauta de ondulaciones y giros. Y entonces hubo un nuevo sonido.

Un sonido furioso se aproximaba entre trompetazos estridentes, y las personas que esperaban se pusieron de pie. Las mujeres se desgarraron las ropas para obtener jirones brillantes, los hombres llenaron sus pulmones y los vaciaron, y los volvieron a llenar, aprestándose.

A través del paso abierto de la abertura sur irrumpieron cuatro guerreros, aullando y dando cabriolas. Pisándoles los talones venía una manada de elefantes furiosos, tres, cuatro... siete... nueve en total, un macho viejo, dos jóvenes, cuatro hembras y otras dos más jóvenes, perturbados, irritados, fuera de sí. Los guerreros perseguidos se separaron, dos hacia la derecha, dos hacia la izquierda, corrieron a toda velocidad y desaparecieron entre la multitud que allí los esperaba. El gran macho trompeteó estridentemente, giró y cargó hacia la derecha, hasta toparse con casi doscientas personas chillando y saltando. Se desvió llevado por su impulso y, corrió a lo largo de la pared de roca y hacia la segunda entrada, donde volvió a encontrarse con la misma cacofonía. Los otros elefantes, salvo dos de los pequeños, lo seguían con gran estruendo, y cuando se detuvo como para volverse y atacar al segundo grupo, fue embestido y empujado por detrás por sus compañeros. Ya completamente enloquecido, levantó su trompa, volvió sus poderosos hombros contra los que lo empujaban, y se encontró frente a ese ruidoso y brillante artefacto ubicado en el centro del claro.

Chilló y se lanzó sobre él. El aparato se movió sobre sus incontables ruedas, pero no lo hizo con la suficiente velocidad, ni logró la suficiente distancia para evitar las toneladas de histeria que arremetían contra él. Los elefantes le arrancaron la cabeza aullante y el cuello en tres pedazos sucesivos, y lo volcaron sobre un costado y luego sobre su espalda. El aullido se apagó con una brusquedad ensordecedora cuando se desprendió la cabeza, pero las ruedas siguieron girando en el aire durante algunos minutos.

En Berlín también se utilizaron elefantes con la máquina que había aterrizado en el parque, junto al famoso zoológico, aunque esta fue una maniobra más disciplinada, realizada por animales adiestrados que hacían exactamente lo que se les ordenaba. En China, un proyector se alojó en una grieta de las montañas, bajo un puente de ferrocarril, y comenzó a aullar al viento. Un viejo nómada con artritis salió rengueando de las rocas y sacó dos refuerzos metálicos, desviando un riel. A media milla de distancia, sobre la vía, el maquinista y el fogonero de la locomotora que arrastraba una combinación de tren de pasajeros y de carga, con cuatrocientas personas a bordo, dejaron sus puestos sin una palabra, se treparon al tándem y desengancharon la locomotora del primer vagón. Al instante había un hombre junto a cada freno de mano del tren. Este se fue deslizando hasta detenerse, mientras, a lo lejos, la locomotora salía disparada sobre el borde del puente y aplastaba al proyector antes de que la máquina extraterrestre pudiera moverse un sólo metro.

Una partida de cazadores esquimales quedó anonadada en la Tierra de Baffin, observando un proyector condenadamente ubicado en una banquisa cercada e inaccesible, y haciendo resonar su mensaje en el aire fresco a través de las vastedades hasta los oídos de cuatro, y posiblemente cinco, establecimientos diseminados a bastante distancia entre sí. Los cazadores no tuvieron que esperar mucho: en lo alto de la

atmósfera se aproximaba un poderoso misil Atlas que, encontrándose aún muy por debajo del horizonte, lanzó una astilla comparativamente pequeña, el formidable Hawk. El pequeño Hawk descendió chillando desde las alturas, trazó un amplio semicírculo para eliminar algo de su exceso de velocidad, y luego hizo blanco en el proyector con una precisión de la que un bombardero veterano de la marina se jactaría diciendo: "Lo he colocado justo en la chimenea."

De ahí en adelante, fueron los misiles los que se encargaron de la mayoría de los proyectores, aunque en zonas muy pobladas se encontraron otros medios. En Bombay, un proyector causó la mayor cantidad de víctimas —ciento treinta y seis— cuando una multitud simplemente se abalanzó sobre una de las máquinas y la hizo pedazos con las manos desnudas. Y en Roma un hombre se cargó a cuatro de ellas y salió ileso.

(¿Un hombre?)

(¿Ileso?)

CAPITULO 23

Soy Guido, estoy transitando los caminos y oscuros senderos que conducen fuera de la ciudad, en busca de un lugar donde esta resplandeciente gloria de un violín pueda hacerme conocer. Ningún ser humano me oír seducirlo para extraerle un chillido, o lo mataré por saberlo. Mataré a cualquiera que le haga daño o trate de quitármelo. Esta ciudad no conocerá a Guido o verá a Guido por mucho tiempo, y se deberá quedar un largo período sin las pequeñas protestas de Guido contra la música. Contra la música... Escuchen ahora, alguien está cantando bajo los rayos de la luna, bastante lejos, un poco borracho... No, Dios, es el cambiante silbido de una sirena en la zona de aparcamiento. Ahora espera, espera, escucha, espera y escucha...

Me detengo y miro hacia abajo, hacia la colina, y escucho algo que nunca había escuchado antes, y hago un gran descubrimiento, una de esas grandes cosas que tú conoces al mismo tiempo que adviertes que otros siempre lo supieron. Cuántas veces, cuántas veces he oído a alguien hablar del canto del viento en los alambres, de una cascada musical, de la melodía de algunas risas. Pero he estado peleado con la música todos estos años, no sabiéndolo, no dejándome oír todas esas palabras, ni la música que les da su sentido.

Las oigo ahora porque, al poseer este violín, algo me ha sucedido. Oigo el canto de la ciudad mientras duerme, y escucho un canto que lloraría dulcemente entre las colinas si la ciudad no existiera, y que llorará cuando haya desaparecido.

Es como si tuviera nuevos oídos, sí, y una mente nueva y un corazón que la acompaña. Creo que, en la mañana, cuando este mundo despierte, oh, oiré, oiré... y este pensamiento se me escapa debido a su tamaño, pensando en lo que oiré de ahora en adelante.

Voy a mi guarida oculta. El estudio de Guido, pienso, riendo. Cuando construyeron la nueva autopista en la ciudad, se abrieron paso a través del final de una pequeña y estrecha calle que se retorcía al ascender la colina. Justo en la parte superior había dos pequeñas casas construidas al estilo italiano: cuatro paredes de piedra que se rellenan con tierra, encima se coloca una cúpula de yeso de cuatro lados, y luego se vacía la tierra cuando el yeso se endurece. Las casitas habían estado allí durante cuatrocientos años. Las dos que conozco están enterradas en el terraplén de la nueva ruta, que llega sobre sus pilones cerca de la cima de la colina y allí se curva cruzando a la otra colina. Encontré las casas una vez que escapaba de la policía. Salté del coche policial y rodé por la calle; al bajar por el terraplén metí la pierna en un agujero, y el agujero era una ventana. La segunda casa está detrás de la primera, hundida por completo, pero hay una puerta entre ambas. Dos habitaciones en una colina, y nadie lo sabe excepto Guido.

Camino por la nueva ruta, donde comienza a ascender hacia la colina, contemplando la ciudad y oyendo la canción urbana, y oyendo esa otra música que tocará, ciudad o no. y que será toda para mí. para Guido. Hay una sola cosa que no ha cambiado ahora: el mundo ha estado siempre contra Guido, o Guido contra el mundo: todo giraba con centro en Guido. Aún lo hace, pero mientras lo hace, lo hace con música. Me río de esto, esperando una pausa en el tránsito en la parte superior de la cuesta: siempre cuidadoso, no seré visto brincar sobre las vallas hacia el terraplén de abajo. Yo..... oigo una nota y todo resuena, todo canto se detiene por un momento: la veo también, y la toco; una onda, un dolor, una gran paz. y luego estoy de vuelta en la ruta, apoyándome en las vallas, apretando mi violín bajo la chaqueta, mirando hacia el cielo. Soy diferente. El... significado del "yo" es diferente.

Del otro lado de la ciudad, como un distante trueno llevado por el viento, se escucha un susurro de metal rompiéndose, un centelleo de explosión y fuego, y sin música. A nada de esto presto atención: estoy contemplando algo que desciende del cielo. Un balón plateado, y bajo él, cuatro máquinas parecidas a tanques, sus largos cuellos enroscados juntos, sus cuatro cabezas una sobre la otra. Excepto por el profundo ulular que sale de sus cabezas, caen silenciosamente.

Me quito mi trinchera y la dejo caer. Abro el estuche, extraigo el violín. le pego un golpe contra las vallas, quito las cuatro clavijas, arranco las cuerdas de dos rápidos manotones, hasta sostener tan sólo el lustroso mástil y el diapasón, que acaba en la ancha y trabajada voluta.

Corro cuesta abajo tan rápido como puedo, mas rápido que lo que he corrido nunca. Se lo que deberé encontrar, a quién, cómo, y exactamente cuándo. Es un viejo Hispano-Suiza, con anchos guardabarros brillantes y grandes faros amarillos, conducido por una mujer. Veo aproximarse el coche, corro directamente al centro de la ruta. Ella disminuye la velocidad pero no se detiene. Salto sobre el frente del coche, me doy vuelta, engancho una rodilla sobre la abrazadera de los faros, aferrando el adorno del radiador. El vehículo ya está aullando sobre la colina: cada vez más rápido, y más rápido, todo lo que la poderosa máquina puede.

La presión de la aceleración es menor y me libera: me muevo por mí mismo, coloco un pie sobre el capó y el otro sobre el radiador, aún sosteniéndome con una mano a la abrazadera de los faros. Todo está sucediendo muy rápidamente; he estado montado quizá veinte, veinticinco segundos. Ya hemos pasado la parte alta de la cuesta y vamos a ochenta, noventa kilómetros... ¿Quién hizo estas observaciones y cálculos de nuestra velocidad, del promedio de descenso del globo y sus máquinas, quién sabía lo cerca que debían pasar de las vallas? No importa quién... han sido hechas, y cada ligero halar de la muñeca de la mujer, cada inclinación y esfuerzo de mi cuerpo contra el viento son parte de esos cálculos: lo sé, sé que son correctos, sin curiosidad ni sorpresa... porque yo he calculado todo; yo sé cómo; debe estar correcto, yo sé muy bien cómo. (Y ese "yo" significa algo nuevo ahora.)

Ella gira hacia la izquierda y las ruedas delanteras chillan sobre el freno. Suelto la abrazadera y pongo los pies a cada lado del radiador, y cuando el frente del coche alcanza la valla salgo despedido hacia arriba y afuera, volando como los hombres siempre han deseado volar dentro de su corazón... -cada vez más arriba en la oscuridad. Sé mi velocidad por los oídos, el aire ruge al pasar, disminuyendo cuando alcanzo el punto más alto de mi arco y comienzo a descender: es en ese preciso momento que encuentro a las máquinas del cielo, aferrándome a sus enlazados cuellos de metal con el brazo izquierdo y las piernas. Abajo de mí, el Hispano acaba de dar su último vuelco sobre el terraplén. Me estiro hacia arriba con el mástil de mi violín, sosteniéndolo por la chata y protuberante parte inferior del diapasón de ébano, y encuentro que con la otra parte, la curvada y dura voluta pulida, puedo alcanzar la boca abierta de la trompeta de la cabeza que se encuentra más arriba. Se ajusta a la ligera curva tallada con exactitud: la meto hasta el

mango, la extraigo, repito el movimiento con la segunda, tercera y cuarta, quebrando algo delicado en las gargantas unidas de cada una.

Entonces ese ulular penetrante que se extingue y colgamos silenciosamente por un segundo... pero sólo por un segundo; estamos en el terreno cercano y entre dos de los pilotos que sostenían la ruta. Una especie de cortina cuelga allí; no bien tocamos tierra, esa cortina sin parte superior se proyecta hacia afuera y cae sobre el globo. Hay personas: tres mujeres y cuatro hombres. Uno de ellos ostenta nada más que una pierna de palo sujeta al muslo. Una de las mujeres lleva un abrigo de piel de armiño; los tacos altos están quebrados y le falta uno de los zapatos. Cogen una cuerda y corren, y un gancho de acero cae de las vigas del pilote. Del otro lado, una joven y un hombre, un hombre de una gordura imposible, colocan un gancho en el otro lado. La dura tela de la cortina me azota mientras lucho con ella... es una de esas enormes mallas tejidas de cable de cáñamo con núcleo de acero que se utiliza para cubrir las rocas cuando se dinamita en zona urbanizada. Han capturado el globo con ella, ¡atrapándolo como si fuera una red para pájaros! El globo lucha; lucha, se arroja hacia arriba sin hacer ningún sonido. La red aguanta, las cuerdas aguantan; oigo el crujir de los ganchos de acero deslizándose y aferrándose a las vigas. Las embestidas se detienen; el globo presiona hacia arriba, intentando una y otra vez abrirse paso. El ancla de la cuerda zumba, la red cruje de tensión. Siento calor, un calor que aumenta, proveniente del globo; cae bruscamente, se arroja hacia arriba una vez más, pero débilmente, y de repente cae sobre el suelo con la malla de cuerdas encima y echando humo. Las cuatro máquinas parecidas a tanques no se han movido desde que aterrizaron; idas sus voces carecen ahora de utilidad.

La mujer del abrigo de armiño y el gordo corren hacia una carreta de dos ruedas que se encuentra bajo la autopista. Corro a ayudarlos. Nadie habla. Es un equipo de acetileno. Lo arrastramos hasta la esfera inerte y lo encendemos. Comenzamos a cortar la esfera, abriéndola para que yo —este nuevo, amplio, profundo y omniabarcante "yo"— pueda ver cómo es, cómo funciona.

Yo —y soy "yo" ahora— pienso en lo sucedido mientras trabajo... un tipo de pensamiento distinto al que alguna vez hubiera conocido... si pensar fuera como ver, entonces toda mi vida pensé en un agujero en el suelo y ahora pienso en una cumbre de montaña. Pensar cualquier asunto es pensar la respuesta, si la experiencia existe en la experiencia de cualquier otra parte del "yo". Si me pregunto porqué fui elegido para dar ese brinco desde el coche, utilizando toda mi fuerza y su velocidad para llevarme exactamente al punto del espacio donde debieran estar las máquinas en descenso, entonces la pregunta no puede por mucho tiempo ser llamada así: yo sé porqué fui escogido, en un instante de asombro. Alguien había medido la garganta de una de las máquinas-tanques; alguien sabía qué herramienta podría ajustar allí exactamente y la forma más fácil de destruirla. Sucedió que el mástil y el diapasón de mi violín eran esa herramienta, y sucedió que yo estaba en lo alto de la ruta con él. Podría haber muerto. La mujer que conducía el Hispano ha muerto. Son asuntos sin importancia; uno se quiebra sin vacilar la uña de un dedo para arrebatar a un niño de las llamas.

De modo que todo el conocimiento del "yo" más grande está disponible para mí, así es como lo siento. La pérdida de mi violín antes de que pudiera tocar una sola nota con él es un dolor más allá de toda medida; su pérdida en una acción de tanta importancia no disminuye el dolor. Pero pensar en el dolor es saber que duele a todos, en todos lados, a todos los que ahora estamos tan extrañamente unidos. También lo estuvo el muchachito en América, que cuando llegó la hora se arrojó dentro del mecanismo de transmisión de una de las máquinas-tanques porque "yo" quería que patinara en ese momento. Ahora sé que el niño, Henry, quería vorazmente vivir, más que nunca en su insignificante vida anterior, pues él había, en menos de una hora, experimentado un instante de paz real. Sufrió, agonizando; conociéndolo como yo (como "yo") lo conozco, duele que haya muerto. Cerca de él murió un hombre, Paul, sin vacilar, sintiendo de la forma más

acentuada la pérdida de la mujer que deseaba en el momento de su muerte, y a la que casi había poseído un momento antes. Hay muchas de estas muertes en este momento, en todo el mundo, y no hay una que "yo" no pueda sentir; todos eran conocidos míos; los indefensos, los muchos que en este momento yacen aplastados en sus coches y casas, los que se arrastran aturdidamente, alejándose del fuego, no lo suficiente como para ponerse a salvo. Están agonizando también, y sufriendo, y a pesar de todo conocen a Guido y la pérdida de Guido; ¡Infeliz, infeliz, gritan mientras sangran y mueren, no deberías haber perdido tu violín tan pronto! Todos, todos se unen a mí; todos, todos comprenden. ¡Yo les correspondo, les correspondo; yo, Guido, les correspondo!

Devolvimos golpe por golpe con cualquiera que pudiese hacer el trabajo, con cualquiera que se encontrase a mano, sin medir el costo, porque no hay costo demasiado grande para combatir lo que ha caído sobre nosotros.

Cuidaremos de nosotros mismos; "yo" me defenderé a "mí mismo". Y en tanto, la presión de la música de Guido fluye sobre "mí" y enriquece la especie, y Guido es enriquecido de innumerables formas hasta un grado infinito; es una vida como nunca hubo otra antes; es una vida a defender hasta un grado y de una forma nunca conocida antes sobre esta tierra... me pregunto si alguien volverá a hablar de nuevo.

CAPITULO 24

Sharon Brevix pensó: Puedo ver todo en el mundo. Y pensó: Ellos me han encontrado.

Tienes cuatro años y estás perdida: ¿qué te preocupa? Hambre, frío, pero mucho más la desorientación... la separación; no saber dónde ir o dónde están "ellos". Sharon despertó adormecida... más, donde se había deslizado estaba muy lejos del borde deslizante de la oscuridad eterna. Ya no se deslizaría más. Tenía hambre, tenía frío, por cierto; pero no estaba perdida.

Supón que tu madre estuviera allí... ¿qué haría? ¿Estás bien? Bien, ella estaba bien. No tenía nada roto, ni cortes; ni ningún tipo de encuentro con lo bestial. Su madre lo sabía y Sharon sabía que ella lo sabía. Lo cercana que se sentía a su madre y a Billy y a los otros chicos no era tan hermoso como tenerlos aquí, y recibir calor y tener algo que comer. Pero había nuevas vías, otras vías, que eran hermosas... más hermosas que cualquier cosa que hubiera conocido. Billy ahora... vean qué contento que está, qué miedo que ha tenido. Cuánto se ha preocupado. Este ha sido siempre su secreto más reservado.

Ella sabía que debía dormir alrededor de una hora, de modo que cerró los ojos y durmió. Fue algo diferente de esos otros sueños.

Cuando despertó por segunda vez, lo hizo instantáneamente y con un movimiento instantáneo. Brincó sobre sus pies a pesar de lo endurecida que estaba, y marcó el paso, a ritmo ligero, sobre una roca plana, sacudiendo los pies hasta que le hormiguearon y respirando profundamente. Lo hizo durante tres minutos y luego apartó decididamente la aún oscura maleza, brincó sobre dos pasaderas a través del arroyuelo y sin vacilar fue hasta un tronco caído donde, la noche anterior, había visto un hongo de roca de color naranja brillante. Quebró unas grandes y codiciosas porciones y se llenó la boca con ellas. Era delicioso, y seguro, también, a pesar de que muchas personas no lo sabían, alguien, en algún lado, sabía que este píleo en particular era comestible. Volvió trotando a la semicueva donde había pasado la noche y cogió a Mary Lou, su muñeca de los pies rotos, la alimentó con el hongo y unas pocas gotas de agua del tronco. Luego, cuidando de que la muñeca no dijera una palabra, se internó entre los árboles.

En menos de una hora, y mientras la luz era aún mortecina, se encontró en el borde de un claro. Levantó un dedo llamando la atención a Mary Lou, luego se quedó inmóvil tras un tronco de árbol —un acto poco natural para un niño antes de ahora— y espió a través

de la luz del amanecer hasta que vio a un conejo. Este la advirtió y se quedó congelado de miedo en una postura similar a la inmovilidad de ella. Sharon salió de su espera, lo dejó mover, lo dejó volver a moverse, lo dejó mordisquear el tierno trébol y volverla a contemplar con fijeza y por último acercarse con curiosidad. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, ella se arrojó, no sobre el conejo, sino sobre el lugar donde el conejo estaría cuando ella se moviera. El conejo estaba allí.

Soltó su abrazo sobre la húmeda y pateadora criatura, con una mano la aferró justo sobre las articulaciones de las patas traseras y se incorporó, levantando limpiamente al conejo del suelo. Al colgar cabeza abajo, comenzó de inmediato a impulsar su cabeza hacia arriba y adelante (tal como alguien, en algún lado, sabía que lo haría). Sharon descargó el filo de su mano izquierda, con un sólo y hábil golpe de hacha, y le quebró el cuello. Se puso en cuclillas y, sin vacilar, mordisqueó la garganta del animal, haciéndole un agujero con sus afilados dientes delanteros. Bebió toda la sangre que necesitaba, ofreció un poco a Mary Lou (que no la quiso), se limpió delicadamente la boca con un puñado de hierba húmeda, levantó a la muñeca y continuó su camino determinado. Sabía en qué dirección ir. Sabía dónde estaba la ruta y dónde una autopista y dónde tres granjas y una cabaña de caza. También sabía hacia qué sitio ir, y que papito vendría a buscarla, y que ella debía estar en el lugar de encuentro antes de que papito llegara, y que ventana de la despensa podría romper para entrar, y dónde estaba el abridor de latas y cómo preparar la bomba para obtener agua. Era sensacionalmente maravilloso. Todo lo que ella tenía que hacer era necesitar conocer algo, y si alguien lo sabía, ella lo sabía.

Caminó largo trecho felizmente, compartiendo un tembloroso encogimiento de estómago con algún chico que, en algún lugar, estaba viajando en una montaña rusa, y por un rato inició un nuevo tipo de lenguaje con su padre. Era un fastidio; él le había dicho, antes: "Pensé que estabas en la camioneta y mami pensó que tú estabas en el camión. En su momento nos dimos cuenta de que nos habíamos equivocado. Había dos de vosotras, y entonces ¿quién usaba el vestido rosa?" Pero ahora llegaba una especie de cuadro, o quizás un recuerdo de dos Sharon arañándose mutuamente y arrancándose el vestido de fiesta, mientras dos Mary Lou de pies rotos contemplaban el espectáculo. Era gracioso y ella se rió. Era más que un recuerdo. Era todo el alivio de la ansiedad y profundo cariño y auto-acusación que su papito sentía por haber casi perdido a su Princesa-con-pecas-en-la-nariz.

Alcanzó la casa de campo y entró en ella sin ningún problema. Alrededor de una hora después miró hacia fuera por la ventana y vio una serpiente de cascabel en el terreno despejado que conducía al cobertizo. Corrió al armero y luego abrió un cajón en busca de una caja de municiones calibre 32, cargó el revólver, lo cogió con el caño para abajo, abrió una rendija de la ventana, levantó el arma y la apoyó sobre el marco, alineando el caño hasta que ella, o alguien, supo que estaba bien. Entonces eliminó a la serpiente de un solo disparo que le hizo volar la cabeza. Descargó el arma e hizo pasar una escobilla a través del caño y lo dejó a un lado, y luego recogió el casquillo; entonces construyó una casa de juegos volcando un mueble y utilizando los almohadones del sofá, en el que ella y Mary Lou durmieron hasta que Tony Brevix estuvo allí. Con todo, ella tuvo una magnífica experiencia. Ni una sola vez tuvo que preguntarse si era capaz de hacer esto o aquello... ella sabía. Mucho más importante, estuvo librada a sí misma y en un lugar extraño, pero no estuvo perdida. Nunca volvería a perderse. Si algo no arruinaba el asunto, nadie en el mundo volvería a estar perdido otra vez, no, ni se preguntaría si alguien lo amaba de verdad o pensaría que se irían y lo abandonarían porque no lo querían.

ASÍ había sido siempre entre Sharon y Mary Lou, porque Mary Lou sabía que Sharon la amaba a pesar de que algunas veces la dejara bajo la lluvia o la arrojara por las escaleras. Ahora los niños comprendían esa clase de cosas tan bien como las muñecas, y nunca más un niño volvería a preguntarse si alguien se preocupaba por él, o crecería pensando que ser amado es un privilegio. Es un privilegio sólo para los adultos. Para

cualquier niño es una regla básica, que si es negada lo condena a toda una vida de búsqueda y a una incapacidad para aceptar algo que no sea un tipo de amor infantil. El sabía que ella era consciente de él y sabía que su consciencia no interrumpiría su dormir, ni por un segundo. Ella dormía con una sonrisa y él la cargó hasta la camión.

CAPITULO 24

Allí estaba ella, de pie, el agua perlando su cuerpo brillante, la cabeza a un lado, el agua centellando al caer de sus cabellos, sonríe, dice Muy bien, cariño, ¿qué vas a hacer ahora?

¡Crash!

Un retumbar suave y un fulgor de luz: cielo. ¡Crash! Un relámpago de luz enceguecedora, muy intensa, un olor acre a productos químicos quemados, una sofocante nube de polvo y humo y el pat-pat de los escombros al caer. Confusión, desconcierto, desorientación y un enojo creciente ante la privación del sueño.

La orden perentoria a todo ente sensible, mecánico o no, de toda la cumbre de la colina: ¡Saquen a Gurlick de aquí!

Una ráfaga de plata en lo alto, luego una extraña sensación pegajosa de asfixia en todo el cuerpo, como la de ser bañado con aceite tibio, y abajo, la colina desgarrada va desapareciendo. Aún hay cientos de proyectores, hilera tras hilera de ellos, pero a juzgar por el tamaño del terraplén donde están aparcados, debieron haber sido cientos de miles más. ¡Crash! Media docena de proyectores saltan por el aire y vuelven a caer hechos añicos. Mira allí, una escuadra de jets. Se ven dos esferas plateadas, esquivando, bailoteando: luego la amplia curva de un misil rastreador apunta a una, y el rastro y la explosión dibujan en el cielo una bola brillante con una estela de humo. ¡Crash! ¡Crash! A pesar de que la colina desaparece velozmente a lo lejos, se puede ver una docena y otra de proyectores despegando hacia el cielo, y un buen número de ellos abriéndose paso a través de la lluvia de piezas de los que han sido derribados un suspiro o un parpadeo antes: y era...

No. no hay crash esta vez, sino un punto, una tronera, un ojo de buey mirando al corazón del infierno, todos los colores y demasiado brillantes, creciendo, mucho, demasiado grande para crecer tan rápido, abarcando la cumbre, la ladera, la colina entera perdida en una bola luminosa.

Y algunos minutos después, sostenido pegajosamente por algo invisible, espeluznante, en medio del espacio bajo la esfera plateada, pero sin sentir ni el viento ni la aceleración ni ninguno de los giros imposibles mientras la esfera se desliza a gran velocidad, saltando los setos, manteniéndose cerca del suelo, retrocediendo y elevándose en busca de un lugar donde esconderse: pues muchos minutos después, aún se puede ver, a través de las partículas deslumbrantes que se mueven bajo los párpados, la columna color pastel que eleva cada vez más su chata cabeza sobre el paisaje, cientos y cientos de metros, construyendo un techo con aleros, aleros que se rizan cada vez más, estirándose y curvándose, o acaso son las garras de filas y filas de demonios que han trepado por el interior del surtidor, dispuestos a asomar quien sabe qué rostros infernales.

—Joputas —gimoteó Gurlick—. han tratado de pegarme un bombazo atómico. ¡A mí! ¿Les has dicho quién soy?

Sin respuesta. La Medusa estaba calculando, por una vez, a máxima capacidad... con su inmensa, infinitamente variada

capacidad. Había esperado tener éxito en unificar la mente de la humanidad... había predicho correctamente la seguridad del éxito y la imposibilidad del fracaso. ¿Pero un éxito como éste?

Como éste: en los primeros cuarenta minutos la humanidad destruyó el setenta y uno por ciento de los proyectores y el cuarenta y tres por ciento de las esferas. Para hacerlo había utilizado cualquier cosa que tuviera a mano, sin considerar el costo en vidas o materiales: apagó el fuego con su abrigo de visón. Mató a la cobra golpeándola con el bebé. Se movió, rápida y precisa y casi por reflejo, como un hombre que sostiene una tea ardiente, y que al sentir el calor acercársele a los dedos, la suelta y se retira y busca conseguir otra mientras piensa en otras cosas. Arrojó un niño dentro de la transmisión de un proyector porque él cabía allí y porque contenía la cantidad justa del tipo justo de lubricante que justo se precisaba en ese momento. Pudo comprender en microsegundos que el elemento más aproximado a la herramienta exactamente necesaria para desgarrar la garganta de un proyector eran el mástil y la voluta de un violín.

Y como esto: a partir del minuto cuadragésimo primero, la humanidad lanzó la primer arma de precisión contra los proyectores, ideando y produciendo primero un mecanismo de localización que buscaba y destruía infaliblemente a los proyectores (a pesar de que éstos no emitían radiaciones en el espectro electromagnético, ni siquiera en el infrarrojo), y luego logró hacerlo lo suficientemente compacto como para que encajara en la ojiva de combate de un Hawk, y, lo que es más, anexó el Hawk al Atlas. Y esto fue sólo el principio. En el minuto quincuagésimo segundo —es decir, menos de una hora después de que la Medusa apretara el botón para unificar la mente del hombre— la humanidad estaba utilizando elementos improvisados de eficacia pasmosa, artefactos que invertían el mecanismo de comando de los proyectores (como el de aquel proyector que, bajo su propio impulso, se arrojó del puente Hell Gate en veinticinco metros de agua) y otros que retransmitían las señales de los proyectores desfasadas 180 grados, anulándolos. Y al alcanzar el minuto noventa la humanidad estaba derribando dos de cada tres esferas que divisaba, no por la exactitud de la puntería (porque la humanidad aún no tenía herramientas para contramedir giros sin inercia a seis millas por segundo), sino por medio de una ingeniosa aplicación de la teoría de los números aleatorios, por medio de la cual dirigían los proyectiles de proximidad hacia donde la esfera no estaba, pero casi seguramente estaría... y demasiado frecuentemente estaba.

La Medusa había anticipado el éxito. Pero resumiendo: ¿un éxito como éste? ¿Acaso la humanidad no había aplastado cada uno de los instrumentos operables de la invasión de la Medusa (salvo Gurlick, a quien no podían conocer) en apenas dos horas y ocho minutos?

Esta especie increíble, la única que poseía una defensa contra la Medusa (la Medusa aún insistía tercamente) que consistía en la instantánea y total fragmentación ante el primer roce del invasor, parecía poseer además otras cualidades únicas. Por tanto sería prudente —es más: era imperativo— que la Tierra fuera devuelta al redil para recibir órdenes. De ahí... Gurlick.

Ganó otra vez la confianza en Gurlick, diciéndole que a pesar de la brusquedad de su despertar, estaba ahora listo para salir solo. Le describió su misión, que le hizo lanzar una risita disimulada, como la de un crío de ocho años oculto en el granero, y le aseguró que le prepararía la mejor oportunidad que sus poderosas computadoras pudieran ofrecer. La velocidad, sin embargo, era lo esencial... lo cual estaba de acuerdo con Gurlick, que se escupió las manos, e hizo unos chasquidos soplando entre dientes, y arrugó la mitad de su cara con un guiño obscuro, y volvió a lanzar risitas para demostrar su consentimiento.

La esfera estaba ahora suspendida a nivel de la copa de los árboles, en un terreno de espesos bosques, manteniéndose fuera de la vista mientras esperaba la computación extra-terrestre que determinaría las mejores circunstancias concebibles para el proyecto de Gurlick. Esta bien podría llevar un largo tiempo, pues estaba basada en la información parcial, errónea, romántica, engañosa y manifiestamente pornográfica de Gurlick. y quizá hubiera suministrado algunas conclusiones bastante divertidas, ya que éstas estarían basadas en la lógica, y la mayor parte de las de Gurlick decididamente no. Estas

graciosas computaciones se perdieron, sin embargo, y se perdieron para siempre cuando la esfera cayó vertiginosamente, liberando a Gurlick en forma tan abrupta que éste se tambaleó, e informándole que estaba librado a sus propios medios... la esfera había sido detectada. Gruñendo y refunfuñando, Gurlick se tendió bajo los árboles y contempló a la esfera, que salió disparada hacia arriba como un proyectil, alejándose. Un instante después hizo su aparición un Hawk, o mejor dicho su estela, rayando el cielo en veloz avance, como la rajadura en un cristal.

No vio el fin inevitable, pero escuchó en la dirección exacta —el estruendo lejano y casi imperceptible contra el techo del mundo que indicaba el fin de la esfera— lo que muy probablemente indicaba el fin de los artefactos de la Medusa sobre la tierra. Dijo unas sílabas irreproducibles, giró sobre su espalda y examinó las tierras boscosas con desconfianza. Esto no iba a ser lo mismo que volar sobre ellas como un insecto sobre una alfombra, con algún cabezota encargándose de pensar por uno. Por otra parte... esta era la recompensa. Allí era donde Gurlick obtendría su... donde por último podría desquitarse de ese mundo lleno de joputas.

Se puso de pie y comenzó a caminar.

CAPITULO 26

Llena de asombro, la colmena humana se contemplaba a sí misma y a sus obras, sus ganancias, sus pérdidas y su nueva naturaleza.

En primer lugar, estaba la intercomunicación... algo tan enorme, tan distinto, que pocas mentes podían haberlo imaginado anteriormente. Ninguna analogía resultaba suficiente; ningún concepto de infinitos intercambios telefónicos o receptores multibandas podría dar una pauta de la cualidad de ese gigantesco conocimiento. Describirlo en términos de su complejidad sería imposible —y tan miope— como intentar describir un fino encaje refiriéndose a cada una de sus hebras. Tenía, más bien, textura. Tu memoria, y la de él y la de ella, y la de ella más allá del borde del horizonte... todas tus memorias son mías. Aún más: tu orientación personal en el marco de tus propias experiencias, tu yo-en-el-pasado, también es mío. Aún más: tus talentos siguen siendo tuyos (¿acaso pierde la música su grandeza al ser compartida?), pero tu sensibilidad hacia cualquier tema en particular es mía ahora, y tu orgullo por tu habilidad es mío ahora. Aún más: aunque la Humanidad está ahora dirigida por el organismo como nunca antes, yo soy Yo como nunca antes. Cuando el Hombre me necesita, estoy totalmente dedicado a los propósitos del hombre. De otro modo, dentro de los amplios, amplios límites de los mejores intereses de la humanidad, soy un ente libre como nunca lo fui antes: yo soy yo en el más alto grado, y con menos obstrucciones internas y externas de lo que antes jamás fue posible. Pues se marcharon, se marcharon juntas todas las huestes de maldiciones y demonios de cada hombre, que con sus extrañas combinaciones nos han acosado a todos en el pasado: el demonio del No-me-quieren, el demonio del Y-si-se-enteran, los duendes gemelos del Me-están-mintiendo y Tratan-de-engañarme; se marcharon, se marcharon los Tengo-miedo-de-probar y No-me-dejan y No-sería-amado-si-lo-supieran.

Junto con estos duendes y demonios, desaparecieron otras cosas, cosas consideradas como básicas a través de la historia humana, temática y claves de las estructuras de vidas y culturas. Ahora bien, si un objeto real desaparece, una roca o un árbol o algo de agua, habrá truenos y vientos y otras violencias, dependiendo de la forma, que la masa en desaparición posea. O si un gran hombre desaparece, hay una tremenda confusión en la prisa para llenar el vacío de sus funciones. Pero las cosas que ahora desaparecían probaban su irrealdad por el silencio tranquilo con que desaparecían. Dinero. El sentido de la propiedad. Patriotismo jingoísta, tarifas, impuestos, límites y fronteras, beneficio y pérdida, odio y sospecha de humanos por humanos, y el lenguaje mismo (excepto como

parte de un arte) con todas las dificultades de comunicación entre los lenguajes y su estructura interna.

En resumen, era posible de repente para la humanidad vivir consigo misma en salud. La glándula séptica de la humanidad, cuyas secreciones (llamando así a todo, desde la terquedad hasta el Pecado Original) envenenaban el cuerpo desde que nacía, distorsionando buenas costumbres como supervivencia y amor, en codicia y lujuria, trocando Logro ("He construido") en Posición ("Tengo poder"), había sido ahora removida.

Tan así era el nuevo estado de ser de la humanidad. En cuanto a sus habilidades, éstas tenían una base simple y honesta. Siempre hay muchas maneras de lograr algo, pero sólo una de ellas es realmente la mejor. Cuál es la mejor... esa es la fuente de todo argumento sobre la producción de algo, la creadora de bandos entre los creadores, y la principal enemiga de la velocidad y eficiencia. Pero cuando la humanidad se convirtió en una colmena, y necesitó algo —como, por ejemplo, la adaptación del veloz misil de caza Hawk al gigantesco portador Atlas—, el dispositivo fue producido sin ninguna consideración de orgullo o lucro, sin pérdida de movimientos y sin ningún tipo de fricciones personales. La decisión se tomaba, la faena se realizaba. En esos precipitados minutos iniciales, se utilizó —pero con precisión— cualquier cosa que se tenía a mano. Más tarde (unos minutos) se utilizaron algunos recursos menos ingeniosos, se produjeron elementos más perfeccionados con los materiales de que se disponía. Y más tarde aún (unas horas) había una producción total de nuevos modelos. La humanidad usaba ahora exactamente la herramienta correcta para el trabajo que debía hacer...

Y dentro de ella, cada individuo florecía, encontrando la libertad para ser, para actuar, para enriquecerse y gozar como nunca lo había hecho antes. ¿Cuáles eran las cosas que Prudencia (¿Salomé?) Carmichael siempre necesitó, siempre quiso hacer? Podía hacerlo ahora. Un muchacho italiano, Guido, lleno de talento, esperaba la llegada del más grande de los violinistas vivos, procedente de la ahora derrumbada Cortina de Hierro; en adelante vivirían y trabajarían siempre juntos. Los padres de un pequeño y erguido muchacho llamado Henry, contemplaban —junto con el resto del mundo— lo que le había sucedido y por qué, y cuán totalmente imposible era que eso volviera a suceder. Era necesario que hubiera sacrificios de tiempo en tiempo, aún ahora; pero nunca más uno inútil. Todos sabían ahora, como si fuera un recuerdo personal, con cuánta fiereza había querido vivir Henry durante ese destello de agonía que lo eclipsó. Toda la Tierra compartía los dos tipos de experiencia religiosa descubiertos por los africanos Mbala y Nuyu, en el que uno había confirmado su fe y el otro la había hallado. Lo que, específicamente, les entregó no era de importancia; su devoción era el hecho importante que debía ser compartido, pues el sentimiento religioso es una de las mejores características humanas, aunque a veces se luce por ella. El universo es lo que es, siempre hay plus ultra, plus ultra... poderes y formas más allá de la comprensión, y otros más allá cuando los primeros son comprendidos. Allí afuera está el llamado cuya respuesta natural es la fe y cuyo acercamiento natural es la devoción. Tal era la humanidad cuando se convirtió en colmena: una entidad hermosa, equilibrada y noble y maravillosamente viva. Era una lástima, en cierto modo, que una obra de arte semejante, tan autosuficiente, hubiera de existir en esta forma durante tan breve lapso de tiempo...

CAPITULO 27

Gurlick, el único de los humanos aislados de la colmena humana, miembro de otra, no sintió nada de esto. Dirigido, hambriento de todo un espectro de apetitos, lleno de resentimiento, se arrastró a través del bosque. Tenía la vaga conciencia de haber visto las afueras de una ciudad no lejos de donde la esfera plateada lo había depositado; supuso que encontraría allí lo que deseaba, aunque ese deseo era lo único que tenía en claro.

Cómo obtenerlo era algo inseguro; pero debía lograrlo. Era consciente de la presencia de la Medusa dentro de él, observando, computando, pero... no dirigiendo, ya que advertía que los detalles delicados de tal operación debían ser realizados por la especie misma. Si hubiera tenido sus esferas y otras máquinas a su disposición, podría haber ayudado mucho a Gurlick. Pero ahora... él estaba librado a su propia suerte.

Ahora estaba en un bosque virgen, el follaje entrelazado en lo alto oscurecía la luz brillante del mediodía, convirtiéndola en ese tipo de verde visible bajo el agua, y el caminar era fácil, pues había pocas malezas y un ligero declive. Gurlick era arrastrado cuesta abajo, sabiendo que tarde o temprano se toparía con un sendero o un camino, y monótonamente maldecía a su estómago vacío, a sus pies doloridos y a sus enemigos.

Escuchó voces.

Se detuvo, se emboscó detrás del tronco de un árbol y espió. Durante unos segundos no pudo ver nada, y luego, a la derecha, escuchó una súbita risa cantarína. Volvió la vista hacia el sonido, y vio el leve movimiento de algo azul. Salió de su escondrijo y, escurriéndose con torpeza de árbol en árbol, fue a investigar.

Había tres muchachas adolescentes, vestidas con corpiños y shorts, lanzando risitas mientras se dedicaban a encender un fuego en un pequeño claro. Tenían una ristra de pescados, lucios y truchas de lago, y una sartén, y parecían estar total e hilarantemente ocupadas.

Gurlick, situado en un ventajoso lugar por sobre ellas, se mordisqueó el labio inferior y se preguntó qué hacer. No se hacía ninguna ilusión de aproximarse abiertamente y hacerse un lugar con palabras melosas. Sería mucho más prudente, lo sabía, alejarse subrepticamente y buscar en otro lado algo más seguro, menos arriesgado. Aunque por otra parte... escuchó el crepitar del tocino cuando una de las chicas dejó caer las tiernas rodajas en la sartén. Contempló a los tres ágiles y jóvenes cuerpos, y la invitadora ristra de pescados, la mitad de los cuales habían sido descamados y descabezados, y gimió en voz baja. Había demasiado de lo que él quería, allí abajo, como para darle la espalda.

En ese momento el aroma del tocino lo alcanzó y echó por tierra sus reparos. Se levantó de entre las malezas y en tres saltos había bajado la cuesta y estaba entre ellas, gimiendo y babeando. Una de las jóvenes se escabulló hacia la derecha, otra hacia la izquierda. La tercera cayó en sus manos, chillando.

—Quédate quieta —jadeó, tratando de sujetar a su víctima, tratando de protegerse de sus histéricos manotazos, contorsiones y rasguños—. No te lastimaré si sólo te qued...

¡Uhh! Perdió el equilibrio al recibir un fuerte empujón en el hombro de una de las que había escapado. Cayó al suelo rodando sobre el mismo y se encontró contemplando a la segunda chica que había huido, de pie junto a él, con una piedra del tamaño de un pomelo alzada entre las manos. La hizo descender; golpeó a Gurlick en el pómulo izquierdo y sobre el puente de la nariz y llenó su mundo con estrellas y brillantes jirones de dolor. Cayó hacia atrás, sacudiendo la cabeza, palpándose la cara, tratando de recuperar la visión y alejar la sensación de mareo: y cuando pudo al fin volver a ver, estaba a solas con el fuego, la sartén y la sarta de pescados.

—Joputas —gruñó, sosteniéndose la cara. Se miró la mano, con trazas de su propia sangre, lanzó un fuerte taco, dio una vuelta como para buscarlas y luego se agachó ante el fuego, cogió dos pescados limpios y los echó en la sartén siseante.

Bueno, al menos había sacado algo de provecho.

Había comido cuatro de los pescados y estaba cocinando dos más, cuando volvió a oír voces, una de ellas profunda como la de un hombre.

—¿Por dónde ahora? ¿Por aquí?

—Sí, de donde sale aquel humo —respondió una muchacha.

Mierdas de tías... pero claro, ¡claro que habrían de ir por ayuda! Gurlick las maldijo a todas ellas y se deslizó cuesta abajo pesadamente, alejándose de las voces. Muchacho,

se había metido en un lío, en un buen lío. Toda la colina se llenaría de gente a la caza de él. Tenía que largarse de allí.

Se movió con la mayor cautela posible, con plena certeza de que estaba siendo contemplado por cientos de ojos, sin ver empero a nadie hasta que divisó dos hombres a su izquierda y más abajo. Uno tenía unos binoculares en una correa alrededor del cuello, y el otro una escopeta. Gurlick, casi desvanecido de miedo, se tumbó entre un tronco de árbol y una roca, y se escondió allí hasta que pudo oír sus voces, y mientras las oía, y después que jas hubo oído, con sus sílabas de seguridad cortante y su fría falta de misericordia. Cuando todo volvió a estar en silencio otra vez, se levantó, y en ese momento advirtió el ruido de un aeroplano. Se aproximaba rápidamente, y volvió a tumbarse en su escondrijo, temblando, espiando furtivamente entre los brillantes huecos azules del techo de hojas. La máquina volaba directamente sobre su cabeza, muy baja, demasiado baja: era un helicóptero. Lo oyó azotar el aire hacia el norte, hacia abajo de la colina, y por un rato no pudo juzgar si iba o venía o simplemente estaba dando vueltas. Su orgullo lo convencía de que venían en busca de Gurlick y solamente de Gurlick, y su ignorancia le aseguraba que lo habían visto a través del espeso follaje. Al final se fue y el bosque retornó a su silencio murmurante. Escuchó un grito apagado detrás de él y se escabulló alejándose del sonido. Hizo una pausa, un momento más tarde, para recobrar el aliento, y volvió a vislumbrar al hombre con la escopeta a su izquierda, de modo que escapó hacia la derecha y cuesta abajo.

Y de esta forma, perseguido y acosado, llegó hasta la orilla del agua.

Había un sendero polvoriento y nadie a la vista; y todo era cálido y soleado y pacífico. Lentamente, el pánico de Gurlick se desvaneció y, mientras recorría el sendero, sintió un profundo estremecimiento de anticipación en su interior. Los había burlado por completo; había dejado atrás a sus enemigos y ahora, enemigos, ¡cuidado!

El sendero se fue curvando hacia la orilla del lago. Los alisos se erguían frondosos allí y había olor a musgo. El sendero doblaba y las sombras eran algo más profundas en ese lugar y al borde de la cascada de sol sobre el agua. Y allí, junto al sendero, había un montoncito de tela, de rojo intenso, negro satinado, diáfano blanco de las orlas heladas del encaje.

Gurlick se detuvo, contuvo la respiración hasta que el pecho le dolió. Luego pasó lentamente junto a esta increíble, imposible materialización de su sueño, y llegó hasta los arbustos del borde del agua.

Ella estaba saliendo de allí... ella.

El lanzó un sonido cortante y sin palabras, y avanzó erguido a un costado de los arbustos. Ella se dio vuelta en el agua y lo contempló fijamente, los ojos examinadores.

Emancipada ahora, con la libertad de ser lo que siempre quiso ser, y hacer lo que necesitaba hacer sin miedo o vacilación; nadando desnuda bajo el sol, segura y sin temor, desvergonzada; completamente orientada dentro de sí misma y ella misma dentro de la matriz de la humanidad y conociendo toda su información procesada, Salomé Carmichael emergió del agua, bajo el sol, y dijo:

—Hola, cariño.

CAPITULO 28

Así terminó la humanidad dentro de sus límites planetarios; así terminó la especie colmena, autosuficiente y consciente que durante tan breve tiempo había logrado conocer los límites de su Tierra, de su ser multifacético. El fin había llegado algunas horas después de que el helicóptero —el mismo que la había hecho descender en el estanque— viniera a buscar a Salomé Carmichael. cosa que hizo en el instante en que Gurlick abandonaba la escena. Gurlick lo había visto desde donde se encontraba

agazapado culpablemente entre los arbustos. Después que se hubo ido, se levantó con lentitud y regresó al estanque. Se puso en cuclillas, la espalda contra un árbol y contempló la escena imperturbable.

Había estado allí mismo, sobre el musgo.

Allí había estado el bonito montoncito de ropas, tan pulcra, tan suave, tan roja, de negro aterciopelado, el blanco tan bonito. La cosa más extraña que le había ocurrido en toda su vida había ocurrido allí, más extraña que la llegada de la Medusa, más extraña que la fábrica sin obreros tras las montañas, más extraña, inclusive, que el hecho abrumador de ese sitio, de que ella estuviese allí, de la increíble coincidencia de todo ello con su sueño. Y la cosa más extraña de todas era que, una vez, estando ella allí, ella había gemido y él había sido tierno. Había sido tierno con todo su corazón y su mente y su cuerpo, y por un instante inundado, derretido y arrastrado por esa ternura. Ninguna pasa de uva arrugada del espacio exterior, ningún concepto como el de la existencia de un ser viviente que por sí solo era tan enorme que penetraba dos galaxias y parte de una tercera, podía ser tan apabullante-mente ajeno a él, a todo lo que era y había sido, como esa oleada de ternura. Su semilla microscópica podía haber estado enquistada dentro de él toda su vida, sin encontrarse jamás con una sola cosa, grande o pequeña, que pudiera darle el calor de la germinación. Ahora había estallado, lo había reventado, y él se sentía golpeado, sacudido y macerado como nunca antes en su magullada existencia.

Se acuclilló contra el árbol y observó el musgo y el lago y el lugar donde habían estado el rojo y el negro y el encaje, y se preguntó por qué él había escapado. Se preguntó cómo la había dejado ir. La ternura lo estaba consumiendo, aún ahora... tenía que hallar dónde depositarla, pero no habría nadie más, nadie ni nada, a quien dirigir su ternura, en ninguna parte del mundo.

Comenzó a llorar. Gurlick siempre había llorado con facilidad, sus lágrimas superficiales eran su único desahogo para el miedo y la ira y la humillación y el rencor. Esto, sin embargo, era diferente. Esto era muy difícil de hacer, extremadamente penoso e imposible de detener hasta que quedó despedazado, molido, exhausto. Lo tumbó al suelo y lo dejó arrastrándose por el musgo. Luego se durmió, bruscamente, su conciencia flagelada huyendo hacia la oscuridad.

CAPITULO 29

Qué puede viajar más rápido que la luz?

Quédate a mi lado, amigo, sobre la ladera de esta colina, bajo el cielo negro y moteado. ¿Qué estrellas conoces...? ¿La Polar? Y aquella que brilla a lo lejos, ésa es Sirio. Míralas ahora: a la Polar y a Sirio. Con rapidez ahora: Polar, Sirio. Y otra vez: Sirio, Polar.

¿A qué distancia se encuentran una de otra? En el libro dice miles de años luz. ¿Cuántos? Demasiados: no importa. Pero, ¿cuánto tardas en pasar la vista de una a otra, ida y vuelta? ¿Un segundo? ¿Medio segundo la vez siguiente, y luego una décima?... No puedes decir que nada, absolutamente nada, ha viajado entre las dos."Tu vista lo ha hecho; tu atención lo ha hecho.

Ahora entiendes, tienes los rudimentos para entender lo que es trasladar una parte de ti mismo de estrella en estrella, así como (si tienes el don) puedes trasladarte de alma en alma.

Con una velocidad tal, con un abismo así, fue como la Medusa llegó en el instante de sus esponsales con la humanidad. En toda la historia de la humanidad, el instante (salvo la muerte) de mayor importancia es el momento de la singamia, el momento de la penetración del esperma en el óvulo. Pero, sin embargo, casi nunca hay un anuncio de ese instante, ni una señal; ocurre en silencio y oscuridad, y nadie se entera nunca, salvo las partículas sin mente de compleja gelatina que intervienen en forma directa.

No era así ahora; ni nunca antes, y nunca después habría un casamiento tan explosivo. Un microsegundo después del encuentro de la semilla alterada de Gurlick con un acogedor óvulo humano, la Medusa del espacio disparó su cable de conexión, un arpón certero que llevaba una línea hasta sí misma, y toda Ella misma se deslizó a través de la línea, dispuesta a alcanzar y llenar a la humanidad, para hacer de ella unseudópodo, el miembro más nuevo de un cuerpo en extensión.

Pero si el rayo de la Medusa puede equipararse a un arpón, entonces puede decirse que la desbordante corriente con la que se enfrentó era como el de un volcán. La Medusa no tuvo un microsegundo para darse cuenta de lo que había sucedido. No murió; no murió, como no hubiera muerto la humanidad si se hubiera realizado el plan de la Medusa. La humanidad se hubiera convertido en una "persona" de la ilimitable criatura. Ahora...

Ahora, en lugar de esto, la humanidad se transformó en la criatura; la inundó, llenó hasta sus huecos más recónditos, empapó sus más remotas células con el Ser de la humanidad. ¿Morir? Nada de eso: la Medusa estaba viva como nunca lo había estado antes, con un tipo de vida nuevo y diferente, en el cual sus esclavos fueron liberados pero sus motivaciones unificadas; donde el individuo era cortejado y honrado y donde su cuerpo y alma eran nutridos en forma especial, libremente, y donde el "querer hacer" reemplazaba para siempre la "obligación de hacer".

Y todo por la falta de un dato: el desconocimiento de que la inteligencia puede existir en individuos, y que esos individuos disociados pueden cooperar sin ser una colmena. Pues no hay ninguna estructura sobre la Tierra que no pudiera haber sido construida por las ratas, de haber sido éstas dirigidas y propiamente motivadas desde una central. ¿Cómo podía haberlo sabido la Medusa? Miles de millares de especies y culturas a través de las galaxias poseen un progreso técnico tan avanzado como aquel de la Tierra, y sin embargo, están compuestas por individuos no más evolucionados que las termitas, los lémures o las musarañas. ¿Cómo podía la Medusa tener un indicio de que la humanidad-colmena era algo diferente de una super-rata?

La humanidad había traspasado las barreras del lenguaje y del aislamiento individual en su planeta. Había pasado las barreras de la especie y del aislamiento de su cosmos. La fe de Mbala era accesible a Guido, y así lo eran también las sinfonías del cristal de oscuros planetas más allá de Ofiuco. Charlotte Dunsay, cruzando el mundo para alcanzar a su esposo en Hobart, Tasmania. podría compartir con él un triple amanecer en el centro de la gran Nebulosa de Orion. Así como un hombre podía compartir el ser de otro aquí en la tierra, ambos, y tal vez un pequeño niño junto con ellos, podían fusionar sus seres internos con alguna mente antigua y contemplativa adherida a las rocas de alguna rugiente catarata de metano, o remontarse a alguna forma de vida insustancial a la deriva, allí donde ésta naciera en las altas capas de la atmósfera que rodeaba algún planeta desconocido.

Así terminó la humanidad, para renacer como colmena; así terminó la colmena de la tierra para convertirse en hombre estelar, el inconmensurable, el ilimitado, el expansivo: hacedor de música más allá de la música, de poesía más allá de las palabras, y lleno de asombro, lleno de adoración.

CAPITULO 30

Así también terminó Gurlick, el aislado, el único en toda la humanidad a quien se le negó participación en la fusión de los humanos, lleno de una niebla vaporosa, incandescente con sus ramalazos de odio y el dócil lustre de la corrupción, miembro de algo distinto a la humanidad. Pues, mientras la humanidad había sido capaz de leer en él

(y su sueño) y guiarlo a través del bosque a su realización, nunca había podido alcanzar su conciencia, bloqueada como lo estaba por las tramas del pensamiento de la Medusa.

Estas tramas, sin embargo, estaban aún abiertas, y cuando la humanidad se convirtió en Medusa, fluyó hasta Gurlick y le dio la bienvenida. ¡Ven! llamaba, y lo hizo remolinear hacia arriba y hacia el exterior, mostrándole y compartiendo con él su alegría y fuerza y orgullo, empapándolo con las maravillas de un millar de más alias y un centenar de más acás; mostrándole cómo reírse de la más sutil broma del técnico más especializado y cómo entender la estructura de sextillas y sonetos, de puentes y de Bach. Le habló, diciéndole Nosotros y otorgándole el derecho de observarlo todo y decir Yo. Es más: le había sido prometido un reino, y ahora lo tenía, pues toda esa inmensidad sensitiva reconocía su deuda con él. Lo dejaba actuar, pero ante la menor sombra de un deseo consciente, éste sería realizado. ¡Ven! lo llamaba. ¡Ven!

Pero el valor del hombre de combate está en su mente. ¡Ocúltate! pensó. No llames la atención. Si se salía de la línea, el hombre de combate podría aplastarlo como un insecto. Pero la humanidad, que se había transformado en la Medusa, insistió, tratando de vencer su resistencia, y finalmente Gurlick no pudo soportar esa fuerza por más tiempo. Se dio vuelta y encaró a la humanidad tal cual ésta se había transformado, llena de trascendencia, omniabarcante, concedora de todo, persuasiva... encaró una humanidad como nunca antes había encarado en su vida.

La humanidad había cambiado.

Su primera reacción fue ¡Por Dios, está llena de gente!

Esto era extraño, pues él se encontraba al borde de un risco púrpura que dominaba un valle por el que corría la cinta de plata de un río. No la plata como la que menciona el poeta, que es tan sólo un reflejo del blanco cielo; el río era de color metálico, fluido, rápido. Advirtió sin sorpresa que estaba sentado sobre la punta de su columna, que era larga, oscura y ahusada, con dos enormes patas, articuladas en el centro como paja quebrada, y casi hermosas por lo esbeltas, tomando los otros dos puntos de su trípode. Estaba masticando una piedra, sosteniéndola entre sus negros labios de mármol (que se abrían lateralmente) con cuatro manos (con dedos como pinzas de escorpión) y la encontraba deliciosa. Hizo girar su cabeza a todo su alrededor (toda la trayectoria, sin ningún esfuerzo) y vio a Salome Carmichael tras él, y ella estaba hermosa a más no poder, lo que era curioso, porque parecía tener doce patas, como la mantis religiosa azul negra. Pero, entonces, también las tenía él.

Ella habló, pero no hubo en realidad palabras, sino una especie de semáforos de emociones. Él se sintió contento y le dio una alegre bienvenida (Hola, oh hola, Prudy, sabía que vendrías, tenías que venir) y luego hubo una invitación: al lugar para contemplar aquel juego. Ella se acercó a él de modo que sus cuerpos se tocaron, y él de alguna manera sabía casi exactamente qué hacer para estar con ella: en un parpadeo estuvieron en algún otro lado, sobre la punta de un árbol verde (la corteza era parcialmente verde), y él tenía una redonda frente roma parecida a la de la rana toro y cuatro diáfanas alas, y dos largas patas con pies palmeados como un ave acuática. Salomé estaba allí también, era de la misma especie y totalmente encantadora; y juntos contemplaron el juego, comprendiéndolo por completo en todas sus interrupciones y convoluciones, de forma tan completa como cualquier jugador de hockey o baloncesto o ajedrez terrestre puede seguir el de sus favoritos. Los equipos eran colmenas enteras y podían, todos juntos, crear ondas de sonido y enfocarlas; y en el punto focal danzaba un cristal verdiazul, sosteniéndose al girar en medio del rayo de sonido. Había tres equipos - colmena, no dos, y si dos de ellos enfocaban al mismo tiempo el cristal, éste se hacía musicalmente añicos, y era una falta, y el tercer equipo ganaba el punto, y podía disponer de todo el campo de juego para danzar en él. Y cuando la danza acababa (había puntos para la danza también), sería proyectado otro cristal a lo alto del aire rosado...

Desde un tintineante y refrescante lugar, Gurlick sabía de algún modo que allí donde ellos nadaban, bajo un techo de roca azul, la temperatura sobrepasaba los mil grados centígrados, y que las brillantes paletas óseas y los destellantes y bruñidos flancos con los cuales nadaba y con los cuales sentía el tintineo, no eran de carne como siempre había sabido que lo eran. Y que en un lugar volante toda la gente —donde cualquiera era bienvenido, y algunos le eran conocidos como gente que había encontrado en la Tierra—, todas estas personas tenían delicadas telas de araña y pasaban sus vidas a la deriva en los tenues desplazamientos del aire sobre los más altos picos neblinosos de un planeta tan cubierto de nubes como su suelo...

Y Salomé le contó su historia de envidias y su necesidad de tener a otros dependiendo de ella.

Los dos eran antagonistas ideales, armas ideales del conflicto entre la Medusa y la humanidad. La Medusa había ganado las batallas; la humanidad había ganado la guerra. Y todo había comenzado con Gurlick... De alguna forma, en esa comunión entre ellos, todo fue conversado. Fue probablemente en el primer par de segundos de su primer encuentro, sobre el río de plata. Si hubiera que ponerlo en palabras, Gurlick fue herido completamente por el descubrimiento (en su soledad) de que lo que había pasado en el lago no tenía que ver con él en realidad, sino que era tan solo un movimiento estratégico de una guerra entre un gigante y un behemot; con este descubrimiento, con todo lo que había sido en su harapienta vida, ahora no había dentro de él nada con un alma completa como para un intercambio de amabilidades accidental; ahora está avergonzado de haber ido tan lejos, de haber traspasado el punto donde podía mantenerse limpio y pensar bien y ser un hombre... en resumen, todo Gurlick, con todas sus razones y sus porqués, en un rápido pantallazo.

Gurlick, atontado y pasivo, zarandeado como una brizna de hierba en su océano de maravillas, tuvo por último un deseo, y lo obtuvo, y lo obtuvo.

En verdad, nada de todo esto podía haber sucedido sin él.

Este resultado no se hubiera obtenido con cualquier otro en su lugar, de modo que era suficientemente cierto, había una deuda con él.

A pagarla, entonces.

Pagar la deuda... Uno no recompensa a un catalizador convirtiéndolo, inalterable como es, en otra cosa. Cuando un hombre es lo que Gurlick es, lo es porque quiere serlo; porque él se ha hecho a sí mismo así; en cuanto a lo que su ambiente le había hecho, no debía culparse demasiado al ambiente, ya que éste no era lo suficientemente insensible como para mantenerlo adentro. De modo que si le quitas el hambre y la pobreza (de cuerpo y alma), las privaciones y las incomodidades y las humillaciones, le quitas la misma razón de su ser, su única pretensión de superioridad.

Le quitas su odio. Le quitas toda su razón para odiar a alguien o a algo... como a la humedad, como al frío.

No le pidas que se asome entre las estrellas, y que se una a juergas de gigantes. No le agradezcas, no lo convides, y por sobre todo no lo emasculas al quitarle los motivos para odiar: se han convertido en su vida.

Así que le pagaron, meticulosamente, siguiendo las instrucciones que él mismo (aunque sin saberlo) preparó.

Y mientras él viviera, habría una esquina de la ciudad con calles opacas y llenas de gases, peatones malhumorados y conductores de camiones y taxis descuidados y peligrosos; un calor insoportablemente húmedo y un frío penetrante; y tabernas a donde Gurlick podría ir y apoyar la cabeza pidiendo quejumbrosamente un trago, y taberneros que lo echarán obedientemente a la lluvia, junto con su odio, de regreso a su camión en ruinas en un desguace donde podría recostarse en la oscuridad y tener ese sueño tan suyo.

—Joputas —murmuraría Gurlick entre dientes, en la oscuridad, odiando... feliz—:
Sucios joputas.

FIN